

# Presentación

María, por su parte,  
guardaba todos estos recuerdos  
y los meditaba en su corazón  
(Lc 2,19-51).

El presente volumen sobre *El leccionario mariano* se plantea como icono de la actitud mariana señalada por la cita de Lucas que aparece en el exergo: hace memoria de la presencia de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia, y se propone acompañar al discípulo de Jesús, devoto de la Virgen, en la oración y la meditación de la Palabra de Dios iluminada por la liturgia.

Las memorias, fiestas y solemnidades marianas constelan el calendario litúrgico. Mientras que los volúmenes 16 y 17 de la colección *Lectio divina para cada día del año* contienen la *lectio* bíblica (correspondiente a esos días), el presente volumen, octavo de la colección *Lectio divina para la vida diaria*, ayuda a completar y a profundizar en el conocimiento de la bienaventurada Virgen María, madre de Dios, a través de los formularios marianos presentados en el libro litúrgico *Misas de la Virgen María II: leccionario*. Estos formularios marianos para la eucaristía constituyen una preciosa catequesis, así como una vía contemplativa y orante para el conocimiento de la verdadera identidad de María y la devoción a la misma, tal como la revela la Palabra de Dios, la enseña el magisterio y la tradición de la Iglesia y la siente la piedad popular.

Los formularios para la celebración eucarística en memoria de la Virgen María durante los distintos tiempos litúrgicos son 46 (los formularios recogidos en el leccionario son 49, porque tres son dobles). Aquí reco-

gemos 34, y lo hacemos valorando toda su riqueza posible y sin eliminar lecturas ni aproximaciones a las perícopas bíblicas. La opción por dar prioridad a algunos formularios ha sido guiada exclusivamente por el intento de evitar repeticiones, haciendo este instrumento más manejable por los destinatarios.

En cuanto a la estructura de la *lectio*, sigue manteniendo la fórmula característica de este método bíblico, alabado en la vida y en la espiritualidad de la Iglesia. La palabra bíblica que ilumina todo título mariano se comenta atendiendo a uno o dos mensajes y, después, es objeto de meditación y de oración por parte de autores ligados a los siervos de María. Las páginas dedicadas a la contemplación y a la lectura espiritual constituyen una antología de firmas, nunca repetidas, de Padres de la Iglesia, maestros espirituales y autores contemporáneos.

Por lo que respecta a los destinatarios, este libro se dirige a todos los devotos de María que se recogen en el retiro de su propio corazón, en el silencio meditativo y en comunión orante con ella; se ofrece a la familia, santuario doméstico de la Iglesia, que experimenta, como amor visible, su propia comunión de fe y devoción a María; se dirige a los catequistas y a los agentes de pastoral, avezados en la mediación del mensaje mariano transmitido por la liturgia.

Cada ámbito de celebración de la palabra y de la eucaristía constituye un espacio para la utilización de este libro: la parroquia enriquecerá su propio servicio pastoral y la vida litúrgica de la comunidad con uno u otro de los formularios; las comunidades religiosas y los institutos de vida consagrada, muchos de los cuales llevan en su denominación una memoria mariana, reforzarán su propio carisma de vida con el que Cristo eligió para sí y su madre abrazó (*LG* 46); los centros de peregrinación y los santuarios marianos, desde la gran basílica a la humilde capilla rural, encontrarán, en la

materna presencia de la que creyó, la consolidación de su propia fe (*RM* 28).

Este libro constituye, por medio de los formularios marianos, un contacto vivo con la Palabra de Dios de cara a una preparación eficaz y a un verdadero enriquecimiento de la celebración eucarística. También es viático para enriquecer la inspiración mariana en la vida y en el culto, porque María es la virgen oyente, la virgen orante, la virgen madre oferente (*MC* 16-20).

*Luigi M. de Candido*



# La bienaventurada Virgen María, linaje escogido de Israel

El tiempo de Adviento recorre en la liturgia la historia de la salvación anunciada por Dios al pueblo de Israel. María es una mujer que pertenece a este pueblo; es hija de Adán por nacimiento, descendiente de Abrahán por la fe, proclamada por la Iglesia alegría de Israel y excelsa hija de Sión. Las promesas divinas de la salvación en la historia se cumplen cuando el Hijo de Dios asume la naturaleza humana en el seno de María. El formulario número 1 conmemora y celebra este designio de la misericordia de Dios.

## LECTIO

### Primera lectura: Génesis 12,1-7

En aquellos días, <sup>1</sup> el Señor dijo a Abrán:

–Sal de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, y vete a la tierra que yo te indicaré.

<sup>2</sup> Yo haré de ti un gran pueblo, te bendeciré y haré famoso tu nombre, que será una bendición.

<sup>3</sup> Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan. Por ti serán benditas todas las naciones de la tierra.

<sup>4</sup> Partió Abrán, como le había dicho el Señor, y Lot marchó con él. Tenía Abrán setenta y cinco años cuando salió de Jarán. <sup>5</sup> Tomó consigo a su mujer Saray y a su sobrino Lot, con todas sus posesiones y los esclavos que tenía en Jarán, y se pusieron en camino hacia la tierra de Canaán. Cuando llegaron, <sup>6</sup> Abrán atravesó el país hasta el lugar santo de Siquén, hasta el encinar de Moré. (Los cananeos vivían entonces en el país.) <sup>7</sup> El Señor se apareció a Abrán y le dijo:

–A tu descendencia le daré esta tierra.

Y Abrán levantó allí un altar al Señor, que se le había aparecido.

La aparición del Señor en la vida de Abrahán inaugura el recorrido de la milenaria «historia sagrada»: la historia de una alianza entre YHWH y el pueblo que descien- de de este patriarca. Este comienzo está marcado por el anuncio de una descendencia custodia de la bendición divina y por la invitación, que equivale a una orden, a ponerse en camino tras la guía de una palabra divina decidida, aunque proyectada en la lejanía de lugares desconocidos y de futuro incierto. El día de este anuncio, cuando Abrahán tenía ya setenta y cinco años, junto con su clan familiar (incluida su esposa Saray, no más joven y afligida por la esterilidad), había emigrado de Ur, su ciudad de nacimiento, situada en la orilla derecha del Éufrates, en la circunscripción de Babilonia: había subido a Jarán, localidad de la Mesopotamia septentrional (Gn 11,27-31).

Tras el anuncio, el patriarca se pone de nuevo en movimiento, bajando a través de Galilea, y planta sus tiendas provisionales en Siquén, aglomeración situada en el territorio de la franja cananea central, entre Nazaret y Jerusalén. Aquí recibe el segundo anuncio por parte del Señor: la confirmación de que esa tierra será la morada estable de su descendencia. Sin embargo, Abrahán levanta muy pronto las tiendas y reemprende la vida ambulante del pastor acaudalado, pero necesitado de pastos abundantes (Gn 12,8-10).

La perícopa, situada en el contexto de los capítulos 12 y 13 (relato yahvista con añadidos sacerdotales o redaccionales), remarca –incluso con el género literario de la crónica simbólica, es decir, con la intención de garantizar la historia de la verdad más que la verdad de la historia– la importancia decisiva de la fe en un Dios presente en el propio acontecer, así como el apoyo determinante de la confianza en la palabra que ese Dios entrega a la persona que elige como su propio siervo.

### Evangelio: Mateo 1,1-17

<sup>1</sup> Genealogía de Jesús, Mesías, Hijo de David, Hijo de Abrahán:

<sup>2</sup> Abrahán engendró a Isaac;  
Isaac engendró a Jacob;  
Jacob engendró a Judá y a sus hermanos.

<sup>3</sup> Judá engendró, de Tamar,  
a Farés y a Zara;  
Farés engendró a Esrón;  
Esrón engendró a Arán;

<sup>4</sup> Arán engendró a Aminadab;  
Aminadab engendró a Naasón;  
Naasón engendró a Salmón.

<sup>5</sup> Salmón engendró, de Rajab, a Booz;  
Booz engendró, de Rut, a Obed;  
Obed engendró a Jesé;

<sup>6</sup> Jesé engendró al rey David.  
David, de la mujer de Urías,  
engendró a Salomón.

<sup>7</sup> Salomón engendró a Roboán;  
Roboán engendró a Abías;  
Abías engendró a Asá;

<sup>8</sup> Asá engendró a Josafat;  
Josafat engendró a Jorán;  
Jorán engendró a Ozías;

<sup>9</sup> Ozías engendró a Joatán;  
Joatán engendró a Acáz;  
Acáz engendró a Ezequías;

<sup>10</sup> Ezequías engendró a Manasés;  
Manasés engendró a Amón;  
Amón engendró a Josías.

<sup>11</sup> Josías engendró a Jeconías  
y a sus hermanos,  
cuando la cautividad de Babilonia.

<sup>12</sup> Después de la cautividad de Babilonia,  
Jeconías engendró a Salatiel;  
Salatiel engendró a Zorobabel;

<sup>13</sup> Zorobabel engendró a Abiud;  
Abiud engendró a Eliaquín;  
Eliaquín engendró a Azor;

<sup>14</sup> Azor engendró a Sadoc;  
Sadoc engendró a Ajín;  
Ajín engendró a Eliud;

<sup>15</sup> Eliud engendró a Eleazar;  
Eleazar engendró a Matán;  
Matán engendró a Jacob.

<sup>16</sup> Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Mesías.

<sup>17</sup> Así pues, son catorce las generaciones desde Abrahán hasta David, catorce desde David hasta la cautividad de Babilonia, y catorce desde la cautividad de Babilonia hasta el Mesías.

El evangelista Mateo coloca el nacimiento de Jesús en la conclusión de cuarenta y dos generaciones, divididas en tres etapas de catorce generaciones cada una, marcadas por tres acontecimientos históricos premonitorios del nacimiento de Cristo: Abrahán, el padre en la fe; David, fundador del reino del que el Mesías, descendiente suyo, será el continuador; la deportación en Babilonia, símbolo de la esclavitud de la que Cristo vendrá a liberarnos.

La lista genealógica supuesta por el primer evangelio recoge cincuenta y cuatro nombres masculinos, parte de los cuales han dejado huellas en las Sagradas Escrituras, unas veces nobles y otras reprobables. A cada uno de estos hombres, esposos y padres, le corresponde una mujer, la madre; sin embargo, sólo se nombra a cuatro

mujeres, y entre ellas existe una correspondencia en las páginas veterotestamentarias. Todas están cerca unas de otras: se encuentran entre el final de la primera etapa y el comienzo de la segunda.

Se trata de Tamar, una viuda decidida a asegurarle descendencia a su casa, algo que obtiene de su propio suegro con una estratagema (Gn 38,6-30); Rajab, prostituta de Jericó, que salva a los exploradores judíos (Gn 2,1-21), apreciada por su fe y sus obras (Heb 11,31; Sant 2,25); Rut, la moabita, viuda joven, fiel al linaje adquirido, que acompaña a su suegra Noemí a Belén, donde se casa de nuevo; Betsabé, esposa de Urías el hitita, eliminado por David para ocultar su adulterio, madre de Salomón, su segundo hijo (2 Sam 11,3; 12,24 y correlativos contextos).

Al final de todo el recorrido por las estirpes de Israel brilla María, esposa de José y madre de «*la cual nació Jesús, llamado Mesías*». Después de ella, madre virgen, ya no se cuentan las generaciones según el número de los que nacen de la sangre y de la voluntad de la carne, sino según el número de los que han nacido de Dios (cf. Jn 1,13).

## MEDITATIO

Abrahán es el hombre a quien Dios dirige su propia palabra, mediante la cual pretende concretar su propio proyecto en la historia humana. *Dios tiene necesidad de mediadores*. Abrahán es un mediador silencioso al comienzo de su itinerario de fe obediente; después dialogará con Dios. Abrahán es el hombre de la escucha.

Dios, en cambio, es el personaje que habla: sólo él expresa palabras creativas y decisivas en la progresión de su proyecto, que, infaliblemente, se desarrolla gra-

dualmente benéfico hacia su conclusión escatológica. Esa conclusión está marcada por etapas admirables en cuyo interior es indispensable la mediación de la diacnía de personas situadas en el centro del acontecimiento guiado por el mismo Dios: hombres y mujeres llamados y enviados, el mismo Hijo de Dios enviado al final de una genealogía y al comienzo del nuevo planteamiento de la alianza ofrecida a toda persona viva.

La Palabra de Dios siempre enseña: él no tiene necesidad de escuchar, algo que sí es necesario, en cambio, a todos los hombres y todas las mujeres en la tierra. Dios escucha cuando acoge y juzga palabras humanas.

Cada uno de nosotros está animado por una parte abrahamita. Dios se aparece en el umbral de toda vida, una vida que él mismo ha dado: nos anuncia a cada uno de nosotros su proyecto de maduración de nuestra individualidad y de asociación a sí mismo para la realización de su propósito salvífico. Es él quien nos llama a la insustituible conciencia de cada uno de nosotros.

## ORATIO

Virgen, hija de Adán por nacimiento, hija de Abrahán por la fe, planta de la raíz de Jesé y de la que brotó la flor, Cristo Jesús, a ti nos dirigimos. Tú eres la voz del antiguo Israel, exultación del pequeño resto fiel, seno sagrado que engendró a Aquel en quien se han cumplido todas las antiguas promesas.

Danos tu corazón de pobre para que lleguemos a ser capaces de una espera ferviente. Danos tu escucha atenta dirigida al Dios de las Escrituras, a fin de que también pueda germinar en nosotros la semilla de la Palabra depositada en las profundidades de nuestro ser. Te damos gracias, Virgen bendita, madre del Fruto bendito.

## CONTEMPLATIO

Isaías, ¿por qué estás tan silencioso? Coge el arpa y convoca a los profetas: sus profecías se han realizado, sus visiones se han cumplido. Mirad, una hija nuestra, más excelsa que los ángeles y más pura que los elegidos, perfumada como el arrayán, ha sido elegida por el Creador del universo. Es más bella que el sol y que la luna, más alta que los cielos. Bendito el que en ella se encarnó y la engrandeció.

Su rostro es más resplandeciente que la primavera en flor, las estrellas son su corona, el cielo nuevo resplandece en ella, el astro luminoso. Santo es el que durante nueve meses se estableció en su vientre, el que se encarnó para salvar a los hombres (de la liturgia de la Iglesia siro-maronita, citado en *Prière du croyant*, III).

## ACTIO

«Regocíjate, hija de Sión; grita de júbilo, Israel» (*antífona de entrada*). Trasládate con la mente y el corazón a Palestina y a la Ciudad Santa, a la luz de las palabras del profeta colocadas al comienzo de la celebración eucarística.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

[María] fue capaz de algo en la tierra que, desde la perspectiva del cristiano, es más importante que la comprensión; de algo que sólo puede realizarse desde la misma fuerza de Dios que, a su tiempo, concede también la capacidad de comprender: María creyó, y creyó en un tiempo en el que nadie creía aún, en el sentido más pleno y auténtico de la palabra.

Lo que mejor revela su grandeza es la exclamación de su prima: «¡Dichosa tú, que has creído» (Lc 1,45). En esa palabra

se resumen las otras dos observaciones: «Pero ellos no comprendieron lo que quería decir», y también: «María conservaba en su interior el recuerdo de todo aquello» (Lc 2,50-51). María creyó. Y tuvo que renovar continuamente su fe; cada vez con más fuerza, cada vez con más decisión. Su fe fue más grande que la que haya tenido jamás un ser humano. Abrahán se distingue por la formidable altura de su fe; pero a María se le exigió más que a Abrahán, pues «el Santo», que había nacido en ella, que había crecido a su lado y se había alejado de ella, elevándose por encima de ella y sustraído a ella, vive en una distancia infinita. La grandeza de María consiste no sólo en no perder confianza, como mujer, en sus posibilidades, porque ella había dado a luz a Jesús, lo había alimentado y lo había visto en su indefensión..., sino también en no perder la confianza en su amor cuando él abandonó su tutela maternal..., en creer, a pesar de todo, que eso era lo justo y que así se cumplía la voluntad de Dios..., en no desfallecer, ni achicarse, sino más bien en perseverar y secundar desde la fuerza de la fe cada paso que daba su hijo en su incomprendibilidad. En eso consistió su inconmensurable grandeza (R. Guardini, *El Señor*, Rialp, Madrid 1965, 43-44).

## 2

## La bienaventurada Virgen María, en la anunciación del Señor

La liturgia romana conmemora el anuncio del ángel no sólo en la solemnidad del 25 de marzo, sino que lo hace también al acercarse la Navidad del Señor, el día 20 de diciembre y, sobre todo, el domingo IV de Adviento del ciclo B. El formulario, presente también en otros días durante el año, especialmente los sábados y en los santuarios marianos, representa una reevocación de la encarnación e incrementa la fe en el Verbo encarnado en el seno de María, virgen madre por obra del Espíritu Santo. El formulario número 2, excepto el prefacio, se encuentra en el *misal romano* (común de la bienaventurada Virgen María en el tiempo de Adviento)

### LECTIO

#### Primera lectura: Isaías 7,10-14;8,10

En aquel tiempo, <sup>7,10</sup> el Señor volvió a hablar a Acáz y le dijo:

<sup>11</sup> –Pide al Señor, tu Dios, una señal, en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo.

<sup>12</sup> Respondió Acáz:

–No la pido, pues no quiero poner a prueba al Señor.

<sup>13</sup> Isaías dijo:

–Escucha, heredero de David, ¿os parece poco cansar a los hombres, que queréis también cansar a mi Dios? <sup>14</sup> Pues el Señor mismo os dará una señal: Mirad, la joven está encinta y da a luz un hijo, a quien pone el nombre de Emmanuel, <sup>8,10</sup> Dios-con-nosotros.

El arquitepe del anuncio que el profeta Isaías transmite a Acáz (736-721 a. C.), rey del reino meridional del Judá, haciéndolo en nombre del Señor, se encuentra en la palabra «señal». El *cursus* literario de la perícopa se desarrolla como una escaramuza entre Dios y el hombre, entre el ínfimo y el excelso, entre la determinación de dar una señal y la renuencia a pedir la señal. La señal era la modalidad acostumbrada y constante a través de la cual el Señor se hacía presente desde su trascendencia en la historia de su antiguo pueblo Israel: toda teofanía constituía una cita con la manifestación del invisible YHWH, aunque de una manera velada e indirecta, porque nadie puede ver a Dios cara a cara y seguir vivo sobre la tierra.

Es el Señor en persona quien deja a Acáz la elección de la señal: ésta confirmaría su propio compromiso de liberar el reino del medroso rey chantajeado en aquella época por los reyes aliados de Israel (Reino del Norte) y de Damasco, y amenazado por el temible rey de Asiria. La negativa de Acáz a buscar una señal coincide con la coartada del comprometerse a interpretar, no sin el trabajo del discernimiento, la señal que obtendría y seguirla, aunque no sin la implicación de la indefectible fidelidad de Dios. La negativa de Acáz, más que una tentación tendida al Señor, se configura como un reto perdido para su fe. Sin embargo, Dios no se rinde: con tenacidad –un antropomorfismo que equivale a una fidelidad firme e incansable– relanza el reto y él mismo dará una señal: la mujer joven, conocida del reacio monarca, tal vez incluso su propia esposa, concebirá y dará a luz un hijo. Este hijo será también señal de la presencia de Dios con su pueblo, o sea, el Emmanuel; «señal» que, en la

historia del linaje de David, «señalará» algún tiempo después la liberación de los reyes temidos y que, en la plenitud de los tiempos, «señalará» la presencia de aquel a quien la virgen concebirá, dará a luz y llamará Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados (cf. Mt 1,21s; Lc 1,31).

### Evangelio: Lucas 1,26-38

<sup>26</sup> Al sexto mes, envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, <sup>27</sup> a una joven prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la joven era María. <sup>28</sup> El ángel entró donde estaba María y le dijo:

–Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo.

<sup>29</sup> Al oír estas palabras, ella se turbó y se preguntaba qué significaba tal saludo. <sup>30</sup> El ángel le dijo:

–No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. <sup>31</sup> Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. <sup>32</sup> El será grande, será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, <sup>33</sup> reinará sobre la estirpe de Jacob por siempre y su Reino no tendrá fin.

<sup>34</sup> María dijo al ángel:

–¿Cómo será esto, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?

<sup>35</sup> El ángel le contestó:

–El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios. <sup>36</sup> Mira, tu pariente Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que todos tenían por estéril; <sup>37</sup> porque *para Dios nada hay imposible*.

<sup>38</sup> María dijo:

–Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices. Y el ángel la dejó.

El arquitepe del anuncio que el arcángel Gabriel transmite «a una virgen prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David» (v. 27), son las palabras de María de Nazaret: «¿Cómo será esto...?» (v. 34). Estas palabras equivalen a la petición de una señal.



La joven nazarena conocía las etapas fisiológicas de la maternidad, en ninguna de las cuales se encontraba ella el día del sorprendente anuncio: dado que se halla en una situación prematrimonial, que no impedía una maternidad legítima, dice: «*No tengo relaciones con ningún hombre*». Se trata de una afirmación que resume otras: «Entonces, ¿cómo puedo concebir y dar a luz? Dame una señal de la veracidad de tu anuncio y de las modalidades de una, por ahora, no prevista maternidad por mi parte».

A decir verdad, una señal –aunque sólo fuera en beneficio del destinatario de todos los tiempos de la catequesis del evangelista– es la presencia del mensajero celestial. En su nombre, «Gabriel», reverbera su propia identidad de «fuerza de Dios», y en su título tradicional de «arcángel» (palabra ausente en la Biblia: el texto de Lucas le llama «ángel») interpreta su propio servicio, importante y singular, en el proyecto de Dios.

El anuncio que el ángel presenta a María necesita verdaderamente una explicación: ¿cómo puede una virgen concebir y dar a luz un hijo? El mensajero angélico concede una doble señal: una palabra y un acontecimiento. La palabra es un reto para la fe: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti*» (v. 35); el acontecimiento invita a verificar su comprobación: «*Mira, tu pariente Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que todos tenían por estéril*» (v. 36). Se trata de unas señales convincentes. La fe sostiene la disponibilidad: «*Aquí está la esclava del Señor*» (v. 38). La confianza da alas a la solicitud del servicio en la casa de Zacarías.

## MEDITATIO

Las teofanías no han cesado: Dios tampoco se cansa hoy –*nuestro* hoy– de sembrar señales de su presencia.

Aunque con los límites de un procedimiento esquemático, se detecta que el Antiguo Testamento estaba habitado por un Dios velado, perceptible más allá del velo agitado por sus acciones: algunas de ellas plácidas como caricias maternas, otras inquietantes como la indignación de un padre preocupado; unas veces robustas en el servicio de guía de todo el pueblo y de toda su historia, otras una fidelidad provocadora en el amor como un amante decepcionado y tenazmente fiel. Acciones principales más allá del velo que filtraba palabras un día indescifrables y confiadas a la fe, otro día ineludibles como un pacto de alianza. Y, procediendo aún de manera esquemática, se detecta que el Nuevo Testamento está habitado por el Hijo de Dios, que ha plantado su tienda en la historia humana, porque el Verbo se hizo carne en el seno de María por obra del Espíritu Santo.

La visibilidad de Dios es el Emmanuel, el Dios-connosotros que no abandona el mundo de los hombres; es el Señor Jesús muerto, resucitado y sentado a la derecha del Padre. Ahora bien, a lo largo del recorrido de la historia, cargada de contradicciones, pero salvada por el amor que sostiene la vida, en espera de la parusía, cada discípulo del Señor Jesús es testigo de él y de su Evangelio de conversión y misericordia (Lc 24,47). Y cada comunidad reunida en su nombre es señal de su presencia (Mt 18,20).

## ORATIO

¡Ave María, humilde sierva del Señor, gloriosa Madre de Cristo! Virgen fiel, morada santa del Verbo, enséñanos a perseverar en la escucha de la Palabra, a ser dóciles a la voz del Espíritu Santo, atentos a sus llamadas en la intimidad de la conciencia y a sus manifestaciones en la vida de los hermanos, en los acontecimientos de la historia, en el gemido y en el júbilo de lo creado.

Virgen de la escucha, criatura orante, acoge la oración de tus siervos (*de la liturgia de la orden de los siervos de María*).

## CONTEMPLATIO

«*La virgen se preguntaba qué significaba tal saludo*» (Lc 1,29). La Virgen se para a reflexionar, porque responder enseguida es facilonería humana, mientras que reflexionar es, por el contrario, signo de máxima ponderación y de juicio maduro. Por consiguiente, el que no se sorprende de la actitud asumida por la Virgen y no admira su ánimo, ignora en gran medida la grandeza de Dios. En efecto, mientras que ante Dios se espanta el cielo, tiemblan los ángeles, la criatura no rige, la naturaleza no le sostiene, una muchacha está en condiciones de contener a Dios en su seno, de acogerle, de ofrecerle una morada hospitalaria, a fin de que obtenga la paz en la tierra, la gloria en el cielo, la salvación a cuantos se desesperan, la vida a los muertos, un vínculo de parentesco entre el cielo y la tierra, la unión del mismo Dios con la carne, para recompensarla, por así decirlo, del préstamo de su seno. De este modo se cumple lo que había dicho el Profeta: «*Mirad, el don del Señor son los hijo; su gracia, el fruto del vientre*» (Pedro Crisólogo, *Sermón 140*).

## ACTIO

«*No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor*» (Lc 1,30). Vuelve a meditar hoy sobre situaciones personales o colectivas en las que el miedo haya triunfado, e intenta buscar en ellas también razones de esperanza.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La página de la anunciación pertenece al género literario de la «vocación». El paralelismo con las correspondientes vocaciones narradas por el Antiguo Testamento se extiende desde la estructura de la composición a las mismas formulaciones lingüísticas. Todo es iniciativa soberanamente gratuita de Dios. ¿Quién es María? Ella misma puede responder: «La que ha encontrado la plenitud de la gracia ante Dios». También ella recibe un nombre nuevo como Sara, como la verdadera «hija de Sión», como «la reina esposa y madre». «La benevolencia de Dios me ha llenado; por tanto, soy; el Señor está conmigo, he aquí *quién soy*». La vocación engendra una nueva identidad, introduce en una historia nueva, nos hace partícipes del plan secreto de Dios.

Toda vocación nos obliga a separarnos de lo que ya sabemos de nuestra propia vida y Dios nos dice lo que él piensa y lo que quiere hacer de ella. La fe es la respuesta de la libertad a la gracia. De este modo, el don sagrado se vuelve en nosotros santidad. María deja hacer a Dios; el *hágase* griego es un aoristo de deseo, más fino que el volitivo «hágase tu voluntad» del padre-nuestro. La discípula María tiene un solo deseo: la venida de la Palabra a ella.

Dejarse educar por Dios significa reconocer que somos una «gracia» suya y responder a ella con la fe.

La confrontación de María con la Palabra de Dios, que por su fe se encarnó en ella, continúa también cuando ella viaja. Al salir de su casa y meterse por los caminos de los hombres, María no se separa de Dios. La virgen en camino lleva siempre al Señor consigo y sigue siendo la «llena de gracia». Todo discípulo es también un enviado por los caminos del mundo, pero su andar entre la gente no comporta un alejamiento progresivo del que le envía; al contrario, en el contacto personal genera un retorno progresivo de la humanidad a su Señor y Salvador (G. Saldarini, *María di Nazaret*, Milán 1998, 74-77, *passim*).



## La visitación de la bienaventurada Virgen María

La liturgia romana celebra una y otra vez el misterio de la Salvación, abundante en dones celestiales y dentro del cual la bienaventurada Virgen María, cubierta con la sombra del Espíritu Santo y fecundada por el Verbo divino, visitó a Isabel. Lo celebra en la fiesta del 31 de mayo y en la natividad de Juan el Bautista (24 de junio) y, por una íntima correlación y necesidad, lo celebra también, durante el tiempo de Adviento, el día 21 de diciembre y principalmente el domingo IV del ciclo B, ya muy próximo el nacimiento del Señor. El formulario número 3 contempla a María como nueva hija de Sión que lleva en su seno al Señor, rey de Israel; como arca de la nueva alianza que lleva alegría y salvación, como criatura nueva plasmada por el Espíritu Santo, como madre de Dios y mujer santa por haber creído.

### LECTIO

#### **Primera lectura: Sofonías 3,14-18**

<sup>14</sup> ¡Regocíjate, hija de Sión;  
grita de júbilo, Israel;  
alégrate de todo corazón, Jerusalén!

<sup>15</sup> El Señor ha anulado la condena  
que pesaba sobre ti,

ha barrido a tus enemigos;  
el Señor es rey de Israel en medio de ti,  
no tendrás que temer ya ningún mal.

<sup>16</sup> Aquel día dirán a Jerusalén:

«No tengas miedo, Sión,  
que tus brazos no flaqueen;

<sup>17</sup> el Señor, tu Dios, en medio de ti;  
es un salvador poderoso.

Dará saltos de alegría por ti,  
su amor te renovará;  
por tu causa danzará y se regocijará,  
<sup>18</sup> como en los días de fiesta».

Sofonías lleva la Palabra de Dios al pueblo de Judá y a los pueblos limítrofes durante el reinado de Josías (640-609 a. C.), el rey que recuperó el culto al Dios único de Israel. Los oráculos del profeta vibran con sus laamentos proferidos para llamar a la conversión de la vida y a la fidelidad en la fe. La minúscula colección de sus mensajes concluye con el cántico de alegría, porque el Señor renueva el compromiso de su benevolencia, aunque proyectado en el futuro: «*En aquel tiempo os traeré, en aquel tiempo os reuniré y os daré honor y fama entre todos los pueblos de la tierra, cuando cambie vuestra suerte ante vuestros propios ojos*» (Sof 3,20).

El meollo de la perícopa de la lectura –que algunos exégetas consideran tardía– es la certeza de que «*el Señor, tu Dios, en medio de ti, es un salvador poderoso*» (3,17). Con el modesto y pequeño pronombre «ti» se alude a Sión, la colina situada en el corazón de Jerusalén sobre la que se levanta el templo, la espléndida casa que Salomón había dedicado a Dios unos tres siglos y medio antes y que el pueblo visitaba para el culto (cf. Sal 48). Sión –que se declina en femenino, como nombre de amiga y de esposa– es una metáfora del mismo pueblo de Israel, que Dios renueva con su amor. La presencia del Señor, que habita la que constituye su única casa con la convicción de la fe, queda adquirida como su opción

preferencial y, en consecuencia, es espontánea la alegría, agradecida la exultación, cordial el júbilo.

En cada circunstancia de la historia humana aparecen múltiples condenas inminentes que oscurecen nuestra existencia, irrumpen enemistades que empobrecen nuestras relaciones, surgen avalanchas de desventuras que desaniman nuestro futuro hasta conseguir que bajemos los brazos. La convicción de que «*el Señor, tu Dios [está], en medio de ti*» (vv. 15.17) y la disponibilidad activa a la renovación en su amor nos autorizan a no temer y distribuyen la alegría «*como en los días de fiesta*» (v. 18).

### Evangelio: Lucas 1,39-56

<sup>39</sup> En aquellos días, María se puso en camino y se fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. <sup>40</sup> Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. <sup>41</sup> Y cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño empezó a dar saltos en su seno. Entonces Isabel, llena del Espíritu Santo, <sup>42</sup> exclamó a grandes voces:

–Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. <sup>43</sup> Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? <sup>44</sup> Porque en cuanto oí tu saludo, el niño empezó a dar saltos de alegría en mi seno. <sup>45</sup> ¡Dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

<sup>46</sup> Entonces María dijo:

<sup>47</sup> Mi alma glorifica al Señor  
y mi espíritu se regocija  
en Dios, mi Salvador,

<sup>48</sup> porque ha mirado  
la humildad de su sierva.

Desde ahora me llamarán  
dichosa todas las generaciones,

<sup>49</sup> porque ha hecho en mí  
cosas grandes el Poderoso.

Su nombre es santo,  
<sup>50</sup> y es misericordioso siempre  
con aquellos que le honran.

<sup>51</sup> Desplegó la fuerza de su brazo  
y dispersó a los de corazón soberbio.

<sup>52</sup> Derribó de sus tronos a los poderosos  
y ensalzó a los humildes.

<sup>53</sup> Colmó de bienes a los hambrientos  
y a los ricos despidió sin nada.

<sup>54</sup> Tomó de la mano a Israel, su siervo,  
acordándose de su misericordia,

<sup>55</sup> como lo había prometido  
a nuestros antepasados  
en favor de Abrahán  
y de sus descendientes para siempre.

<sup>56</sup> María estuvo con Isabel unos tres meses; después, volvió  
a su casa.

La «visitación» (un vocablo bastante inusual en el idioma castellano, transliteración del término latino *visitatio*) de María a Isabel, si leemos con atención el contexto lucano e interpretamos la intención del evangelista, no exalta la condescendencia de un personaje de rango elevado que se abaja a visitar a una persona modesta.

En efecto, el contexto evidente, exento de la fijeza de la lectura enfática, es el simple y, al mismo tiempo, extraordinario encuentro de dos madres agraciadas por Dios. Cada una de ellas lleva en su seno el don de Dios: María, el don apenas germinado; Isabel, el don ya maduro. El «don» es el hijo «dado» a cada una: a la joven virgen de Nazaret el hijo inesperado y acogido en la disponibilidad al Espíritu Santo; a la anciana esposa del sacerdote Zacarías el hijo obtenido y casi arrancado después de innumerables súplicas.

La presencia de María en Ain Karin (nombre presumido de la región en la que habitaban Zacarías e Isabel) tiene un sentido inmediato y un sentido recóndito, ambos convergentes en la perspectiva del servicio. Este encuentro le sirve a María como oportunidad para constatar la veracidad del signo trazado en el anuncio reciente –Isabel ha concebido un hijo en su vejez– y, en consecuencia, le sirve para constatar la veracidad de su propia maternidad virginal.

La disponibilidad de «*la esclava del Señor*» se prolonga en el servicio a su pariente. No ya como si ésta fuera pobre y estuviera necesitada de cuidados que le hubieran faltado si María no hubiera venido a su casa, donde contaba a buen seguro con numerosos familiares y vecinos serviciales. El servicio que ofrece María es compartir su propia experiencia de Dios que se iba iluminando en la fe.

## MEDITATIO

Dios está presente en medio de su pueblo: la fe y la experiencia lo atestiguan. Dios está presente en la vida de las personas; más aún, se hace presente en cada identidad personal. Los oráculos de los profetas y algunas grandes personalidades constituyen signos sublimes de la presencia del Señor *en medio*, pero también los acontecimientos ordinarios y algunos individuos sencillos irradian la verdad de la presencia de Dios *en medio*. Por una parte, impiden el encuentro con la presencia de Dios *en medio* las indiferencias cultivadas, las hostilidades seleccionadas, el menosprecio inconsciente de los valores inmutables, la miríada de desenfrenos graves. Por otra parte, alientan el compromiso con la búsqueda y la experiencia de Dios *en medio* el discipulado respecto al Espíritu, que dispone para la verdad, habilita para la *parresía*, enseña a nuestro propio corazón a decir a Dios «Padre», y nos enseña la verdad de nuestra propia identidad humana y la luminosidad de nuestro propio seguimiento evangélico, así como la cualidad diaconal en las relaciones interpersonales, eclesiales y sociales.

La necesidad de la presencia de Dios la ponen de manifiesto las hirientes y progresivas pobreza de humanidad –la «ausencia de valores» que vuelve a menudo como un estribillo– y la disminución de testigos robustos. Con todo, la presencia de Dios *en medio* está salvaguardada

también por los pequeños testimonios ordinarios que expresan cómo el Señor mira la humildad de sus siervos y se acuerda de su misericordia.

## ORATIO

«¡Dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá». Esto es lo que proclamó Isabel, iluminada por el Espíritu, mientras recibía la visita de su prima, reconociéndola, por su caridad atenta, como madre del Señor.

Virgen María, también yo te proclamo bienaventurada y pido tu intercesión: que yo pueda reconocer, por ti, en los acontecimientos de cada día a Aquel que visitó y redimió a su pueblo; que pueda yo llevarle a mis hermanos y alcanzar con ellos una comunión de amor más intensa; que pueda yo engrandecer su misericordia y cantar la alegría de la vida y la salvación.

## CONTEMPLATIO

María fue a casa de Isabel, que era inferior a ella, como también nuestro Señor fue a ver a Juan: «¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme?» (Lc 1,43). María sabía que se glorifica al autor de un don. También ella rindió una alabanza: «Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones» (Lc 1,48).

Cuando le hubo revelado a Isabel lo que el ángel le había dicho en secreto y ésta la proclamó bienaventurada por haber creído en la realización de las profecías y de la enseñanza que había escuchado, María hizo madurar aquel fruto suave de las palabras del ángel y dijo a Isabel: «Mi alma glorifica al Señor» (Lc 1,47). A Isabel, que había dicho: «Dichos tú que has creído», le respondió María:

«Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones». María empezó a predicar ya entonces el nuevo Reino (Efrén el Sirio, *Comentario al Diatesarón*, I, 27s).

## ACTIO

«¡Dichosa tú, Virgen María, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá». Que el eco de las palabras evangélicas suscite un interrogante sobre el que detenernos en más ocasiones: ¿cuál y cuánta es mi fe?

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La visitación es la escena del contagio de la alegría y del don del Espíritu Santo. Apenas ha recibido el mensaje del ángel, María parte apresurada a visitar a su pariente y a vivir con ella una efusión inaugural del Espíritu profético. Su partida es también una respuesta de su fe a la gracia. Cuando Isabel recibe el saludo de María, el movimiento de su hijo, Juan al Bautista, es un salto de alegría, un estremecimiento de bienaventuranza (cf. Lc 6,23). La primera voz humana que profetiza en el Nuevo Testamento es una voz de mujer, del mismo modo que también las mujeres serán las primeras mensajeras de la resurrección.

La palabra profética de Isabel es, en primer lugar, una bendición. María es objeto de una bendición especial entre todas las mujeres, la bendición que hace de ella la madre del Mesías, el Bendito por excelencia. Isabel realiza también, por su parte, un acto de fe, puesto que ve ya en la madre de Jesús a la madre de su Señor. A continuación, profiere la primera bienaventuranza, la de su fe: María es bienaventurada porque creyó que se convertiría en la madre del Mesías (Grupo de Dombes, *María nel disegno di Dio e nella comunione dei Santi*, Magnano [Bi] 1998, 89s; edición española: *María en el designio de Dios y la comunión de los santos*, Universidad Pontificia de Salamanca. Servicio de Publicaciones, Salamanca 2001).

## Santa María, Madre de Dios

Este formulario, el número 4, es el primero entre los propuestos para el tiempo de Navidad y recoge las lecturas de la solemnidad del 1 de enero: Gál 4,4-7 (Dios envió a su Hijo, nacido de mujer) y Lc 2,15b-20 (encontraron a María, a José y al niño puesto en un pesebre).

### LECTIO

#### Primera lectura: Gálatas 4,4-7

Hermanos: cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de mujer, nacido bajo el régimen de la ley, <sup>5</sup> para liberarnos de la sujeción a la ley y hacer que recibiéramos la condición de hijos adoptivos de Dios.

<sup>6</sup> Y la prueba de que sois hijos es que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «*Abba*», es decir, «Padre». <sup>7</sup> De suerte que ya no eres siervo, sino hijo, y, como hijo, también heredero por gracia de Dios.

El tema central de este texto paulino hemos de buscarlo en el «admirable misterio» del Padre, que envió a su propio Hijo desde el cielo, «nacido de mujer, nacido bajo el régimen de la ley, para liberarnos de la sujeción a la ley» (vv. 4s). En el centro de la mirada contemplativa y de la escucha vital de la Iglesia orante se encuentra,

por tanto, este «sacramento inefable» del Padre. La celebración litúrgica lo recuerda y lo hace presente, aplicando su alcance salvífico a los presentes.

La expresión «nacido de mujer» hemos de leerla tanto en referencia a Rom 1,3 y Flp 2,7, donde se habla de la encarnación de Cristo, como a la luz de Job 14,1s y 25,4s y Mt 11,11, donde se repite la expresión «nacido de mujer». El Hijo de Dios se hizo hombre naciendo como todos de una mujer: un hacerse hombre marcado por la fragilidad y la debilidad inherentes a toda carne y que Jesús hizo suyas de raíz, excepto el pecado, asumiendo la forma y la condición del esclavo.

Ahora bien, ¿por qué la encarnación? Para convertir a los esclavos, sometidos a la ley, en hijos rescatados de la misma. Es una redención con un precio elevado, el precio de la cruz. La perspectiva paulina se va aclarando: el Padre, por medio de su Hijo, nacido de mujer y sometido a la ley, conduce a los esclavos de la ley a la libertad de la filiación, a través de la cual tienen acceso sin temor a Dios (Heb 7,15), a la comunión con él y con su Hijo Jesucristo (cf. Jn 1,3).

El favor divino desciende sobre la asamblea celebrante: el Hijo, el Espíritu, la libertad y la dignidad de hijos de Dios, la herencia. Ahora bien, la asamblea es asimismo recuerdo de la «mujer» cuyo nombre, María, revelará el evangelista Lucas (1,27). Se trata de una referencia fugaz, aunque importante, destinada a subrayar el realismo de la encarnación del Hijo, contra toda futura relectura doceta, a precisar de manera vigorosa que el enviado del Padre, él mismo también Dios, tomó carne de una verdadera mujer.

### Evangelio: Lucas 2,15b-19

En aquel tiempo, los pastores se decían unos a otros:

–Vamos a Belén a ver eso que ha sucedido y que el Señor nos ha anunciado.

<sup>16</sup> Fueron de prisa y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. <sup>17</sup> Al verlo, contaron lo que el ángel les había dicho de este niño. <sup>18</sup> Y cuantos escuchaban lo que decían los pastores, se quedaban admirados. <sup>19</sup> María, por su parte, guardaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón.

El fragmento de la visita de los pastores (Lc 2,15-20) forma parte del relato del nacimiento de Jesús, un episodio característico del tiempo de Navidad. Los pastores, movidos por el deseo de comprobar el anuncio angélico, se dirigen al lugar indicado y encuentran que los hechos corresponden plenamente a lo que se les había dicho (vv. 15s). Admirados por lo sucedido, se ponen a divulgarlo entre todos los vecinos. A continuación, reemprenden su trabajo «*glorificando y alabando a Dios porque todo lo que habían visto y oído correspondía a cuanto les habían dicho*» (v. 20).

A la admiración de los que oían el relato de los pastores a propósito del Niño corresponde en el v. 19 la discreción de su madre. El evangelista Lucas subraya en María la memoria de su corazón: «*María, por su parte, guardaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón*» (v. 19). En la nota de Lucas, María permanece atenta para indagar las palabras y los gestos de Jesús. Lo que para los otros es motivo de asombro y admiración, para ella es objeto de meditación. Una meditación que consiste en poner juntos los signos recogidos a lo largo del camino, las palabras que han desgarrado el silencio de Dios, los acontecimientos que marcan la vida de su Hijo, en espera de disponer de la clave para descifrar su significado justo.

María, acostumbrada a reflexionar en la fe sobre la Palabra de Dios y sobre los acontecimientos de la salvación, compara lo que Dios ha hecho con su pueblo en el pasado y lo que sucede ahora en torno a su Hijo. De este modo, María crece también en el conocimiento del misterio de Cristo: es la Virgen sabia. Ella es testigo y pro-



tagonista de un misterio que le pide una incesante investigación propia del sabio bíblico. La sede de esta operación la pone Lucas en el «*corazón*», que, bíblicamente, representa la sede del intelecto y del conocimiento y, sobre todo, el centro de la interioridad y de la espiritualidad humana.

## MEDITATIO

La figura de la «*mujer*» (Gál 4,4), madre del Hijo de Dios en el tiempo, salta al primer plano en la lectura evangélica (Lc 2,15b-19), que tiene el valor de poner de manifiesto no sólo el «privilegio» de María, sino también su actitud existencial y contemplativa (cf. v. 19), en el interior de un acontecer que la implica y la sobrepasa. Y esto la hace más imitable por nosotros.

El Altísimo eligió el camino de la generación humana para hacerse el Emmanuel, Dios-con-nosotros. El Verbo se hizo carne por obra del Espíritu Santo en el seno de María, mujer que colabora en la «*plenitud de los tiempos*». Ella es mediadora en el paso histórico de la ley a la gracia. Glorificada en cuerpo y alma, marca el paso escatológico de la gracia a la gloria.

El «*corazón*» adquiere un valor absolutamente particular en la nota de Lucas: «*María meditaba en su corazón*». Ésta es una de las frases más misteriosas del evangelio. Siglos de contemplación no la agotan, y hacen de este versículo algo así como un guijarro alisado por el río, que se vuelve semejante a una piedra preciosa. El tercer evangelista da testimonio de que María descubre el misterio de su Hijo sólo en la celda de su corazón.

San Beda († 735), con una claridad incomparable y con arte erudito, al comentar Lc 2,19 en una homilía, presenta a María «en silencio, pero con el corazón atento, en la búsqueda solícita del significado de los misterios

de Cristo». Si su boca calla por obsequio obligado hacia los secretos divinos, el corazón de la Virgen vela, escrutando en actitud de adoración la divina Palabra contenida en el libro sagrado y encerrada en su seno virginal.

En su gestación espiritual del corazón, María no sólo crece en sabiduría, sino que se vuelve «*exégeta*». Desarrolla esa tarea no con la técnica del investigador que explica la Escritura con la Escritura, sino como mujer santa, que compara las palabras leídas en los profetas con las palabras oídas de Gabriel y con los hechos acaecidos en su vida, de los que sólo ella tenía experiencia.

María, mujer de fe (Lc 1,45), no tiene miedo de convivir con una Palabra que resulta a veces misteriosa y enigmática (Lc 2,48-50), persuadida como estaba de que llegaría el día en el que «lo que estaba escondido se habría de manifestar en Cristo» (Orígenes).

De este modo, el corazón sabio de la Virgen se convierte en figura del corazón de los hijos de la sabiduría (Lc 7,35) y en primera manifestación de la vocación de toda la Iglesia y de cada creyente respecto a la divina Palabra, para acoger, custodiar, meditar, orar y vivir, a fin de que se apresure el tiempo en el que quede superada toda oscuridad. En la escuela de este corazón bueno y perfecto, sede de la Sabiduría encarnada, aprendemos a dirigirnos al Padre con confianza y a suplicarle: «Haz que siguiendo su ejemplo custodiemos y meditemos siempre en el corazón los tesoros de gracia de su Hijo».

## ORATIO

«Exulta, Virgen santa, que llevaste en tu seno al que los cielos no pueden contener y diste vida al Señor que te creó. Todos los coros de los ángeles se quedaron admirados frente al misterio de tu concepción: ¿cómo es que Aquel que con un solo gesto domina las cosas estu-

vo entre tus brazos como mortal? ¿Cómo puede recibir un comienzo el que es anterior a los siglos y cómo fue alimentado el que, con su bondad, alimenta a todo viviente? Por eso te aclamamos y te glorificamos como verdadera Madre de Dios» (*de la liturgia bizantina*).

Haz que, mirándote, podamos recibir con un corazón virgen al Verbo eterno y darle carne en nuestra historia. Que se realice así como una prolongación de su encarnación, misterio de salvación para toda la humanidad.

## CONTEMPLATIO

Verdaderamente ha aparecido un prodigio nuevo y maravilloso, un prodigio que jamás se había visto desde el comienzo del mundo: el parto de la Virgen, la novedad del Salvador, la infancia del Creador. Nace de la Virgen el que antes había nacido del Padre; el Creador, que había hecho a los ángeles y todas las cosas, mora con su carne en el útero; el que es Dios se muestra como hombre. Aparece como niño el que es el Señor de la gloria, aparece pequeño en su cuerpo el que es sublime en su majestad, y al que sostiene el mundo entero y los siglos le lleva en brazos su madre.

Finalmente, pues, es Dios el que ha nacido de la Virgen. Lo declara el evangelista según el testimonio del profeta; dice, en efecto: se llamará Emmanuel, que significa Dios-con-nosotros (Cromacio de Aquileya, *Homilías sobre el evangelio de Mateo*, II, 1-6).

## ACTIO

«María guardaba todo en su corazón» (cf. Lc 2,19). Profundiza hoy en tu meditación sobre el ámbito de las «cosas» que la madre de Jesús guardaba en su corazón,

incluso releendo los «evangelios de la infancia» y los pasajes paralelos.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«Ave, llena de gracia, el Señor está contigo». La expresión «llena de gracia» denota la presencia total y absoluta de Dios en María. Ella está *llena* de Dios. Lo que había acontecido en la tienda y en el templo acontece ahora en ella: Dios la llena por completo de él.

«Concebirás en tu seno». La Jerusalén madre tiene, como su útero, el templo, donde engendra hijos para Dios. El «concebirás en tu seno», y todas las otras alusiones veterotestamentarias, dicen que Lucas considera a María como la tienda, como el templo donde Dios habita en este mundo y donde realiza las promesas hechas a los padres. El encuentro personal de salvación entre Dios y el hombre tendrá lugar, como encuentro personal, en María. Puesto que Dios habita personalmente en ella, en ella se realizará, de una manera única y admirable, todo cuanto estaba prefigurado en el símbolo y en la imagen de la tienda y del templo.

«El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra». María está *llena* de Dios y, al mismo tiempo, cubierta y envuelta por él y por su Espíritu, totalmente *sumergida* en la realidad divina. Ella, llena de Dios, es también su *pleroma* en los dos sentidos: Dios llena de sí a María y María llena de sí a Dios. Ambos son, al mismo tiempo, continentes y contenidos. Toda de Dios y toda en Dios. Dios se convierte para María en el Señor único, en el guía de su camino, en el criterio último de todas sus decisiones. Y esto a través de Cristo, al que ella ha concebido, engendrado, dado al mundo, y a cuya misión ha consagrado su vida, llegando a ser para ella, progresivamente, la referencia total y absoluta (F. Castellana, *Una tenda per Dio. Lasciarsi abitare dal divino*, Milán 2004, 25-27, *passim*).



## Santa María, en la presentación del Señor

El formulario número 7, que retoma las lecturas bíblicas del 2 de febrero: Mal 3,1-4 («Entrará en el santuario el Señor a quien vosotros buscáis») y Lc 2,27-35 («Y a ti una espada te traspasará el alma»), es muy oportuno emplearlo, observadas las prescripciones establecidas, en los sábados o en las ferias más próximas al día 2 de febrero.

### LECTIO

#### Primera lectura: Malaquías 3,1-4

Así dice el Señor:

<sup>1</sup> «Mirad, yo envió a mi mensajero para que prepare el camino ante mí. De pronto entrará en el santuario el Señor a quien vosotros buscáis, el mensajero de la alianza que vosotros deseáis. Miradlo entrar –dice el Señor de los ejércitos–.

<sup>2</sup> ¿Quién podrá resistir el día de su venida?, ¿quién quedará en pie cuando aparezca? Será un fuego de fundidor, una lejía de lavadero:

<sup>3</sup> se sentará como un fundidor que refina la plata, como a plata y a oro refinará a los hijos de Leví, y presentarán al Señor la ofrenda como es debido.

\*Entonces agradará al Señor  
la ofrenda de Judá y de Jerusalén,  
como en los días pasados, como en los años antiguos».

Para captar el significado de estos cuatro versículos es bueno situarlos en el contexto de Mal 2,17-3,6, la unidad estructural a la que pertenecen. El tema principal es el del «*día del Señor*», esto es, el día de la manifestación del Señor a su pueblo para llevar a cabo el «*juicio*». El fragmento se presenta, efectivamente, con la forma típica de la «*discusión*» entre Dios y el pueblo, a través de la mediación del profeta.

En primer lugar, el pueblo expresa su desconcierto preguntándose: «*¿Dónde está la justicia de Dios?*» (2,17). YHWH parece alejado de la vida de su pueblo, indiferente a su conducta moral, e incluso se muestra connivente con el que hace el mal: «*El Señor no rechaza, sino que acepta complacido a quien hace el mal*» (2,17).

Dios da su respuesta a esta pregunta angustiada (precisamente el texto bíblico que acabamos de escuchar en la celebración litúrgica) anunciando el envío de un mensajero que prepara su inminente «*venida al templo*», tan deseada por el pueblo (3,1). La llegada de YHWH como «*el mensajero de la alianza*» será al mismo tiempo una fuerza que destruye las escorias malas de su pueblo y una virtud que purifica y elimina toda impureza. Sólo después de esta obra de purificación podrá el pueblo volver a ofrecer al Señor «*la ofrenda como es debido*» (3,3).

El heraldo, que los monarcas enviaban por delante y del que también se servía Dios (cf. Is 52,7; Abd 1), ha sido identificado con Juan el Bautista (cf. Mt 11,10; Lc 7,27), el mensajero que precede y prepara el camino al ungido de Dios, el Mesías. De este modo, el Nuevo Testamento nos invita a leer e interpretar el fragmento de Mal 3,1-4 en clave cristológica.

## Evangelio: Lucas 2,22-40

Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «*Todo primogénito varón será consagrado al Señor*», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «*un par de tórtolas o dos pichones.*»

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel, y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

—Ahora, Señor, según tu promesa,  
puedes dejar a tu siervo irse en paz.  
Porque mis ojos han visto a tu Salvador,  
a quien has presentado ante todos los pueblos:  
luz para alumbrar a las naciones  
y gloria de tu pueblo Israel.

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño.

Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre:

—Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti una espada te traspasará el alma.

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana; de jovencita había vivido siete años casada, y luego, viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo día y noche y servía a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.

Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.

El niño iba creciendo y robusteciéndose; se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios lo acompañaba.

En el Hijo de Dios, «*luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel*», se cumple la profecía de Mal 3,1-4. María y José presentan a Jesús en el templo para consagrarlo a Dios, y con ello queda inaugurada la nueva economía del culto agradable a Dios. Y en el templo tiene lugar el encuentro del niño divino con su pueblo, representado por Simeón, hombre justo (como Zacarías e Isabel), piadoso y temeroso de Dios. El evangelista Lucas añade a este retrato de Simeón dos declaraciones solemnes (vv. 29-32 y 34s) pronunciadas por este anciano a propósito de Jesús. La primera es una bendición que le muestra como «*salvación*», «*luz*» de las naciones (cf. Is 49,6), «*gloria*» de Israel (cf. Éx 19,21; Sab 6,22s) y «*liberación*» de Jerusalén; la otra es un oráculo severo sobre la historia futura, que le verá como «*puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida*».

Mientras Simeón recibe al niño en sus brazos y eleva al Señor los dos oráculos, sus ojos desgarran el futuro remoto y ven la salvación que el niño traerá a los gentiles y a Israel; como auténtico profeta, ve también el rechazo y la catástrofe. El segundo oráculo de Simeón preanuncia los efectos que provocará la presencia-misión del mesías Jesús en Israel: caída-ruina y resurrección para muchos. Cristo, como salvador y redentor, no encontrará una acogida y un reconocimiento unánimes, sino que, al contrario, será signo de contradicción, vivirá rodeado de hostilidad y de incompreensión hasta alcanzar el culmen en el Calvario. El «no» de muchos a Cristo en Israel manifestará el pensamiento escondido de sus razones, la incredulidad.

También la madre de Jesús se verá envuelta en el drama del Hijo contestado-rechazado-contradicho y verá su alma atravesada por una espada. En efecto, Simeón, después de haber proclamado la bendición sobre los padres, se dirige directamente a María y pronuncia el llamado «segundo anuncio», que, a diferencia del primero,

lleno de alegría (Lc 1,28), preconiza «la concreta dimensión histórica en la cual el Hijo cumplirá su misión, es decir, en la incompreensión y en el dolor» (*Redemptoris Mater*, n. 16).

## MEDITATIO

La figura de María aparece, como en otros episodios de la infancia, en primer plano junto con la de Jesús. Es la Virgen oferente que devuelve el hijo a aquel del que proviene, consagrado totalmente a él como sacerdote y víctima. Recibe de Simeón, junto con José, la revelación de la misión de su hijo: también ella se verá implicada en el sacrificio de la cruz. «Y ahora te sangra una espada en el corazón», parafraseó David M. Turoldo.

Entre las múltiples interpretaciones de la espada, la más difundida vislumbra en ella la unión de la madre a la pasión del hijo. María, que, a partir de la anunciación participó en esa misión, compartirá su destino hasta la cima suprema de la muerte. Asociada a él, está completamente de su lado y compartirá su suerte. Ahora bien, la profecía de Simeón va mucho más allá de todo esto. La hostilidad no sólo continúa después del misterio pas-cual, sino que comienza mucho antes.

El evangelista Lucas presenta en la escena inaugural del ministerio de Jesús algunos elementos que, por una parte, recuerdan la infidelidad del pueblo de la antigua alianza (cf. Éx 18,16; Nm 20,13; 27,14; Dt 32,51; 33,8; Sal 81,7; 106,32) y, por otra, anticipan la oposición de los que, expulsando a Jesús de la ciudad (Lc 4,29; cf. Heb 13,12), buscan su muerte. El rechazo del pueblo no se limita a Jesús, sino que llega también a quienes hablan en su nombre, los apóstoles, que anuncian el misterio de Cristo muerto y resucitado y constituido Señor (cf. Hch 13,45; 28,19.22). En consecuencia, la

hostilidad no se circunscribe a la existencia terrena del Mesías, sino que prosigue en el tiempo de la Iglesia, en el que Jesús sigue siendo perseguido como en el pasado (cf. Hch 9,4s).

Nos vemos reconducidos así a la «espada»: la participación de la Virgen Madre en la misión del Hijo se prolonga en la comunidad de los creyentes. El papel de María, asociada a Cristo en la misión, perdura, por consiguiente, en la Iglesia: la comunidad de los verdaderos creyentes comparte la suerte del Maestro y, como la madre de Jesús, también se siente traspasada por la espada del dolor. María encuentra, por primera vez, junto con su Hijo y por su causa, la oposición que más tarde llegará a los discípulos.

A un cántico que celebra la salvación universal de Cristo (Lc 2,29-32) le sigue un anuncio dramático que muestra a través de qué camino –el del sufrimiento y el rechazo de Israel– verán las naciones la salvación y se convertirán en pueblo de Dios. La Iglesia en oración está llamada a ver en la «espada» de María el arquetipo de su propio dolor.

## ORATIO

Santa María, Virgen pura, por amorosa fidelidad a la ley, presentaste a Jesús en el templo. Virgen pobre, ofreciste al Padre el Cordero sin mancha, signo de contradicción, que manifiesta los pensamientos de los corazones. Virgen sencilla, te sorprendiste por la bendición de Simeón, te turbaste por su profecía de dolor, gozaste por el encuentro del Salvador con su pueblo.

Por el misterio de la hora –anticipo de la cruz– que te contempló asociada a tu Hijo en el amor y en el dolor, haznos acoger a la Palabra de la vida para adherirnos siempre a la voluntad del Padre y serle gratos.

## CONTEMPLATIO

María acepta en el Calvario la redención mediante la cruz. Y esto también en beneficio de todos los hombres. Ella es, en el sentido pleno de las palabras, madre de Cristo crucificado y madre del cuerpo místico nacido de la cruz. Ésa es la razón por la que Pío XII habló de «consagración» de María en el Calvario, un título renovado de su maternidad respecto a nosotros. Su concepción espiritual y corporal del hombre Dios constituye el fundamento de esta maternidad más comprometida. Todos nosotros, en cuanto cristianos, hemos nacido de este amor sacrificial y sufriente de Jesús y de su madre. La maternidad virginal de María respecto al Redentor representante de toda la humanidad, después de haber comenzado en la alegría extática de la anunciación, alcanza aquí su consumación en el amor (E. Schillebeeckx, *María, Madre de la redención*, Fax, Madrid 1971).

## ACTIO

«El Dios de la paz ha reconciliado en sí mismo la tierra y el cielo». Reza con redoblada participación el cántico de Simeón que aparece en el fragmento evangélico de Lucas (2,29-32), y hazlo parte de tu vida durante esta jornada.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Simeón quiere decir que Dios asociará la madre al destino doloroso de su Hijo de una manera excepcional. La Virgen no puede saber todavía, como el evangelista y como el lector, que conocen la sucesión de los acontecimientos, que su herida metafórica estará provocada por heridas reales, las de la pasión de su Hijo. Pero ahora ya no ignorará el lado doloroso de la mi-

sión mesiánica de Jesús. A partir de este momento, toda su existencia discurrirá en esta perspectiva, y por eso será una cooperación en el sacrificio redentor. La metáfora de la espada, evocadora de un intenso dolor del alma, era lo suficiente elocuente como para no tener necesidad de explicación. Los textos bíblicos que emplean esta metáfora (Ez 14,17; Is 53,5; Zac 12,10), y que tal vez inspiraron al anciano Simeón, prueban en todo caso que ésta era común en Israel.

Cuando con excesiva facilidad nos inclinemos a encontrar razones para rechazar la obediencia a nuestros deberes, pensemos en María, que acepta el viaje de ida y vuelta de Belén a Jerusalén, un viaje de unos veinte kilómetros, para recuperar una pureza que nunca había perdido, y eso únicamente porque la Ley no preveía excepciones y, en consecuencia, se lo imponía. Y pensemos también en la aprobación divina que recibió su obediencia, en la forma de la intervención del anciano Simeón. Obedecer a Dios no disminuye a nadie. Si en la tierra no disponemos de todas las luces que nos gustaría tener sobre la religión y si, a pesar de nuestra vida virtuosa, experimentamos en ocasiones el dolor, pensemos en María, instruida de una manera progresiva sobre el papel preciso de su Hijo y prometida al sufrimiento en el mismo momento de su perfecta obediencia. Conservemos, con el anciano Simeón, la certeza de que el mesiazgo de Jesús, a pesar de los asaltos enemigos, iluminará siempre a la humanidad para mayor gloria del nuevo Israel, la Iglesia (J. Cantinat, *La Madonna nella Bibbia*, Milán 1987, 134s).

## 6

## Santa María de Nazaret

El formulario número 8 propone dos lecturas bíblicas: Gál 4,4-7 («Dios envió a su Hijo, nacido de mujer»), que nosotros hemos sustituido por Nm 24,15-17 («Una estrella sale de Jacob»), lectura tomada del número 4 del apéndice, y Lc 2,41-52 («Bajó con ellos a Nazaret y vivió bajo su tutela»).

## LECTIO

**Primera lectura: Números 24,15-17a**

En aquellos días, <sup>15</sup> Balaán pronunció este oráculo:

Oráculo de Balaán, hijo de Beor;

oráculo del varón clarividente;

<sup>16</sup> oráculo del que escucha palabras de Dios

y conoce los designios del Altísimo;

que ve la visión del Poderoso,

y cae en éxtasis con los ojos abiertos.

<sup>17</sup> Lo veo, pero no para ahora;

lo contemplo, pero no de cerca:

una estrella sale de Jacob,

un cetro surge de Israel.

Son los tres primeros versículos del último oráculo de Balaán, el mago convocado por Balac, rey de Moab, para maldecir a los judíos que marchaban por su territorio

hacia la tierra prometida (cf. Nm 23–24). Este cuarto oráculo se abre de una manera semejante al tercero, pero con una diferencia sensible respecto a los tres primeros: Balac no lo ha pedido, puesto que a partir de este momento es Balaán quien toma la iniciativa. Su visión se refiere al futuro de Israel; existe, efectivamente, en todo el oráculo un aire de misterio, una proyección en el futuro: «*Lo veo, pero no para ahora; lo contemplo, pero no de cerca: una estrella sale de Jacob, un cetro surge de Israel*» (v. 17). Surge de Israel un personaje que derrotará a sus enemigos.

¿Quién es este misterioso personaje? Hay dos imágenes en el texto que nos ayudan a identificarlo. Se habla de una «estrella» (*kokab*) que «*sale de Jacob*» y de un «cetro» (*sebet*) que «*surge de Israel*». Las palabras de bendición pronunciadas por Balaán en Nm 24,17 fueron traducidas de este modo en la antigua traducción aramea de la Biblia (llamada Targum): «Un *rey* sale de Jacob, un *mesías* surge de Israel». Basándonos en esta interpretación, la «estrella», símbolo real en Oriente, se convierte en símbolo del mesías. Por su parte, el «cetro», símbolo del poder real, se interpreta como un signo mesiánico (cf. Gn 49,10).

El significado mesiánico de la estrella está atestiguado también en la historia judía por el acontecimiento de Bar Kosheba, cabecilla de la última revuelta judía antirromana (132 d. C.), rebautizado por el rabí Aqiba con el nombre de Bar Kochba, es decir, «hijo de la estrella», con una referencia evidente a Nm 24,17. Esta relectura mesiánica ha pasado de los judíos a los cristianos.

Los autores del Nuevo Testamento siguen la línea del mesianismo tradicional cuando ven en el mesías una luz nueva que saldrá de Oriente. Pensemos en la estrella de los magos que aparece en Mateo (2,9-11) y en el título «*estrella de la mañana*» atribuido a Cristo por el Apocalipsis (2,28; 22,16).

## Evangelio: Lucas 2,41-52

<sup>41</sup> Los padres de Jesús iban cada año a Jerusalén por la fiesta de Pascua. <sup>42</sup> Cuando el niño cumplió doce años, subieron a celebrar la fiesta, según la costumbre. <sup>43</sup> Terminada la fiesta, cuando regresaban, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres. <sup>44</sup> Éstos creían que iba en la comitiva y, al terminar la primera jornada, lo buscaron entre los parientes y conocidos. <sup>45</sup> Al no hallarlo, volvieron a Jerusalén en su busca.

<sup>46</sup> Al cabo de tres días, lo encontraron en el templo sentado en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas. <sup>47</sup> Todos los que le oían estaban sorprendidos de su inteligencia y de sus respuestas. <sup>48</sup> Al verlo, se quedaron perplejos, y su madre le dijo:

–Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado angustiados.

<sup>49</sup> Él les contestó:

–¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?

<sup>50</sup> Pero ellos no comprendieron lo que les decía. <sup>51</sup> Bajó con ellos a Nazaret y vivió bajo su tutela. Su madre guardaba todos estos recuerdos en su corazón. <sup>52</sup> Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en aprecio ante Dios y ante los hombres.

El episodio de la aparición de Jesús en el templo, al decir de los exégetas, constituye un ejemplo narrativo único en el evangelio: el evangelista, más que referir los *orígenes* de Jesús (como el resto del evangelio de la infancia), habla de un episodio de *juventud*. Jesús, hasta este momento destinatario pasivo de alabanzas y de reconocimientos por parte de los ángeles, de los pastores y de los profetas, manifiesta ahora una inteligencia extraordinaria y precoz, así como una relación filial única con el Padre. La densidad teológica del fragmento es tal que proyecta una luz nueva sobre todos los títulos atribuidos precedentemente a Jesús.

En el centro de la narración figura el diálogo mantenido entre María y Jesús cuando éste tenía doce años



(vv. 48s). Este diálogo, construido con una esmerada estructura concéntrica, marca el punto culminante del relato y refiere la interpretación dada por el mismo Jesús (v. 49): «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?». Y señala Lucas también: «Al verlo, se quedaron perplejos» (v. 48). Aunque no se dice de una manera explícita, el sujeto de los verbos son los padres, son ellos los que se quedaron perplejos. ¿De qué? ¿Se trata de una reacción de admiración, de sorpresa?

Es preciso evitar interpretar la perplejidad de los padres, así como la pregunta de María, únicamente desde el punto de vista psicológico. La perplejidad es la reacción humana de quien se encuentra frente al poder divino (Éx 3,6; Is 6,5; Mt 13,54; Mc 6,2; 7,37). María y José están perplejos, como antes todos los que habían entrado en contacto con la extraordinaria sabiduría del niño (v. 47), pero su perplejidad y sorpresa se convertirá en silencio de fe, en incomprensión adoradora del misterio (v. 50) por las palabras proféticas de Jesús (v. 49). La atención de Lucas se concentra, por tanto, en la relación de Jesús con sus padres, es decir, en la cuestión de su filiación. Y aquí debemos subrayar el contraste ínsito en la respuesta de Jesús. Al «*tu padre*» de María, Jesús opone el «*mi Padre*». María habla de los deberes del niño con sus padres; Jesús habla de sus deberes con Dios.

Los padres estaban además «*angustiados*». Este término indica en la Biblia sufrimiento y tortura al mismo tiempo. Así, esta palabra se emplea para expresar los tormentos del rico Epulón entre las llamas del infierno (Lc 16,24s), el dolor de los discípulos de Pablo cuando les anuncia su próxima muerte (Hch 20,38) o el dolor que experimenta Pablo por el pueblo judío (Rom 9,2). María y José, profundamente apegados a su hijo, se encuentran sumergidos en este sufrimiento-tormento. María, a través de su reflexión de fe, ilumina el sentido y

el alcance de la no comprensión en la que se encuentran implicados ambos padres (v. 51b).

## MEDITATIO

La perícopa evangélica recuerda la *revelación* de Jesús a los doce años en el templo. El fragmento no es un relato biográfico ni una narración edificante, sino una profunda página teológica que pretende llevarnos a comprender dos aspectos esenciales de Jesús: su inteligencia (vv. 46s) y su pertenencia al Padre (v. 49). En el centro de la narración tenemos las primeras palabras pronunciadas por Jesús, que atestiguan tanto la relación única que existe entre Jesús y Dios como su total obediencia filial al Padre.

Los padres no pueden responder a la respuesta-pregunta de Jesús más que con el silencio, como en otro tiempo hizo Job frente a la revelación del Omnipotente (cf. Job 40,4ss; 44,2ss). Con todo, la no comprensión está destinada a disolverse gradualmente a la luz de los acontecimientos futuros gracias a la reflexión de fe, algo que Lucas presenta como una característica de la madre de Jesús (v. 51b; cf. 2,19). Frente al primer corte que lleva a cabo Jesús en los afectos humanos, es evidente el desconcierto de María y José: «*Al verlo, se quedaron perplejos [...] ellos no comprendieron lo que les decía*» (vv. 48.50). La misma fatiga experimentarán los discípulos: «*Ellos, sin embargo, no entendieron nada de esto; aquel lenguaje les resultaba totalmente oscuro. Y no podían comprender el sentido de sus palabras*» (Lc 18,34). Evidentemente, esta oscuridad forma parte del camino de fe de cada uno de nosotros.

María, sin embargo, señala Lucas, «*guardaba todos estos recuerdos en su corazón*» (v. 51). A través de la meditación en la fe y el don de la sabiduría revelada se pue-

de penetrar en el misterio de Cristo, un misterio que «sobrepasa todo conocimiento» y cuya amplitud, extensión, altura y profundidad sólo pueden ser reveladas por Dios (Ef 3,18). Ni siquiera la extraordinaria elección de María podía iluminar el misterio último de este niño. Igual que los discípulos de Jesús y que el pueblo sencillo de Galilea, María forma parte de los creyentes que, a través de pruebas y dificultades, están llamados a fiarse y a confiarse al único Padre. Y a esto estamos llamados también nosotros hoy.

### ORATIO

Tú, oh María, eres la mujer que, en la plenitud de los tiempos, diste carne humana al Verbo eterno. Con él viste durante años en la casa de Nazaret y, junto con José, le viste crecer, trabajar, obedecer... En aquella casa acogiste y meditaste las primicias del Evangelio, cantaste los salmos, adoraste en silencio el misterio, glorificaste a Dios con la laboriosidad de tus manos,

Revélanos la fecundidad de esta vida escondida, misterio de la levadura con la que renace el mundo. Haz que, a tu imagen, podamos ser «custodia viviente» de la Palabra y vivirla en incesante coloquio con el Padre.

### CONTEMPLATIO

La vida de María es una vida de silencio en adoración a la Palabra eterna. Al ver ante sus ojos, en su seno, en sus brazos, esta misma Palabra, la Palabra sustancial del Padre muda y reducida al silencio en su condición de infante, entra en un nuevo silencio y es transformada por él a ejemplo del Verbo encarnado, que es su hijo, su Dios, su único amor. Y su vida transcurre así

de silencio en silencio, de un silencio de adoración a un silencio de transformación; su espíritu y sus sentidos colaboran para plasmar y custodiar en ella esta vida de silencio.

Y, sin embargo, un tema tan grande, tan próximo y tan suyo sería muy digno de sus palabras y de sus alabanzas. ¿Quién tiene más derecho que ella a hablar de su hijo, más derecho que ella, que ocupa el sitio del padre y de la madre y no comparte con nadie la nueva sustancia de que le ha revestido? Sin embargo, ella permanece en silencio, arrebatada por el silencio de su hijo Jesús. Uno de los frutos santos y divinos del silencio de Jesús es el de hacer entrar a la santísima madre de Dios en una vida de silencio, un silencio humilde y profundo, que adora a la Sabiduría encarnada de un modo más santo y más elocuente que las palabras de los hombres y de los ángeles (Pierre de Bérulle, *Opusculi di pietà*, 38).

### ACTIO

«Guarda mi alma en la paz, junto a ti, Señor» (antífona del salmo responsorial). Inspirándote en la peregrinación pascual de José, María y Jesús (recordada en la perícopa evangélica de Lc 2,41-51a), entra en una iglesia y mantente en actitud de adoración.

### PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La fisonomía humana de María trazada por los evangelios canónicos tiene los rasgos de una sencilla mujer judía que vive en una provincia perdida del inmenso Imperio romano. Su mismo nombre es de lo más común entre las mujeres de su tiempo, y lo había llevado la célebre hermana de Moisés: en lengua egipcia significaba tanto «bella» (*mara'*) como «amada» (*meri*), mientras que en hebreo equivalía a «exaltada», «glorificada».



Como mínimo, otras seis mujeres de la primitiva comunidad cristiana llevaban ese nombre: María de Magdala, María la hermana de Lázaro y Marta, la madre de Santiago, María de Cleofás, que fue testigo también de la crucifixión de Jesús, la madre de Juan Marcos y una fiel saludada por Pablo en su Carta a los Romanos (16,6).

Su residencia está ligada a un oscuro pueblo de Palestina. En una visita de Jesús a este pueblo, Nazaret, murmuraba la gente: «¿De dónde le vienen a éste esa sabiduría y esos poderes milagrosos? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María...? (Mt 13,54s). Así pues, María «escandaliza» tanto como su hijo por su humanidad común y sencilla. Esta vida cotidiana anónima fue truncada por una revelación que marcó el destino de esta María nazarena: «Concebirás un hijo y le pondrás por nombre Jesús» (Lc 1,31).

[Durante la construcción de la basílica de Nazaret] salió a la luz una de las primerísimas «iglesias» cristianas, que en el siglo II contemplaba recogidos en oración a los que el evangelio llama «hermanos de Jesús», es decir, los miembros del clan familiar de María y José, que se habían pasado a la fe proclamada por su famoso pariente. En una de las paredes de aquella cueva-iglesia habían grabado en grafito la invocación con la que se habría de saludar a la madre del Mesías a lo largo de los siglos: *cháire, María*, una frase en caracteres griegos que significa «Ave, María» (G. Ravasi, *I Vangeli di Natale*, en *Famiglia cristiana* 1992, 44s).

## 7

## La bienaventurada María, la Virgen de Caná

El presente formulario, el número 9, que tiene en su centro el episodio joánico de las bodas de Caná como misterio de alianza sponsal, nos propone estas lecturas bíblicas: Éx 19,3-8 («Nosotros haremos todo lo que el Señor ha dicho») y, naturalmente, Jn 2,1-11 («Haced lo que él os diga»).

### LECTIO

#### Primera lectura: Éxodo 19,3-8

En aquellos días, Moisés subió al encuentro de Dios y el Señor lo llamó desde el monte y le dijo:

–Así hablarás a la estirpe de Jacob, así dirás a los hijos de Israel: <sup>4</sup> Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. <sup>5</sup> Ahora bien, si me obedecéis y guardáis mi alianza, vosotros seréis el pueblo de mi propiedad entre todos los pueblos, porque toda la tierra es mía; <sup>6</sup> seréis para mí un reino de sacerdotes, una nación santa. Esto es lo que dirás a los hijos de Israel.

<sup>7</sup> Cuando Moisés regresó del monte, llamó a los ancianos del pueblo y les expuso todo lo que el Señor le había ordenado. <sup>8</sup> Y todo el pueblo a una respondió:

–Nosotros haremos todo lo que el Señor ha dicho.

Moisés transmitió al Señor las palabras del pueblo.

Según los exégetas, esta perícopa es la mejor síntesis del libro del Éxodo. El fragmento se compone de dos partes (vv. 3-6 y 7s), cuyo comienzo está marcado por la expresión «y el Señor lo llamó» (v. 3b). La primera parte incluye el discurso de YHWH al pueblo (vv. 4-6a) y se cierra con la inclusión «vosotros» y con la expresión «*hijos de Israel*»; la segunda incluye la respuesta del pueblo a YHWH (vv. 7s). El discurso está enmarcado en ambos casos por la intervención del «mediador», Moisés. Dios le llama a su lado para encargarle que lleve al pueblo su palabra, y él hace volver al Señor las palabras del pueblo.

YHWH había hablado ya antes con frecuencia a Moisés en el libro del Éxodo. Sin embargo, en esta sección del libro, debe subir a la montaña para que Dios le hable. La estructura subraya de este modo que Moisés es verdaderamente el mediador. «*Sube*» hacia Dios en el monte, desde donde Dios le llama y le «*habla*», entregándole un mensaje que deberá llevar al pueblo. Moisés «*baja*», «*llama*» a los ancianos y les expone «*todo*» lo que YHWH le ha dicho. Y el pueblo promete hacer «*todo*».

Las palabras que Dios le dirige están regidas por dos pronombres fundamentales. Está, en primer lugar, el «*yo*» de Dios, que evoca sus actos de liberación, lo que he hecho con los egipcios: os he llevado sobre alas de águila [...] si me obedecéis y guardáis mi alianza, [...] mi propiedad [...] toda la tierra es mía; seréis para mí. Israel debe responder al don divino. Y está el «*vosotros*» que marca la adhesión en la fe, en la alianza, en la consagración al Señor. De la esclavitud al servicio de Dios: éste es el desenlace de toda vida. Se nos conduce al interior del sentido de una relación vital entre Dios y su pueblo. Y esta relación constituye una gran novedad: hasta ahora se ha hablado de «*alianza*» entre Dios y una persona singular, Abrahán, nuestro «*padre en la fe*»; ahora, en el Sinaí, tenemos el nacimiento de Israel como «*pueblo de Dios*», como «*pueblo de la alianza*». Israel conoce ahora el fin y el sentido de la libertad que se le ha

dado, y con pleno conocimiento de causa asume el compromiso que Dios le propone: «*Nosotros haremos todo lo que el Señor ha dicho*». Israel ha visto el don y ahora debe vivirlo. La *propuesta* llama a la *respuesta*.

### Evangelio: Juan 2,1-11

En aquel tiempo, <sup>1</sup> hubo una boda en Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba invitada. <sup>2</sup> También lo estaban Jesús y sus discípulos. <sup>3</sup> Se les acabó el vino y entonces la madre de Jesús le dijo:

–No les queda vino.

<sup>4</sup> Jesús le respondió:

–Mujer, no intervengas en mi vida; mi hora aún no ha llegado.

<sup>5</sup> La madre de Jesús dijo entonces a los que estaban sirviendo:

–Haced lo que él os diga.

<sup>6</sup> Había allí seis tinajas de piedra de las que utilizaban los judíos para sus ritos de purificación, de unos ochenta o cien litros cada una. <sup>7</sup> Jesús dijo a los que servían:

–Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta arriba. <sup>8</sup> Una vez llenas, Jesús les dijo:

–Sacad ahora un poco y llevádselo al maestresala.

Ellos cumplieron sus órdenes.

<sup>9</sup> Cuando el maestresala degustó el vino nuevo sin saber su procedencia (sólo lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al novio <sup>10</sup> y le dijo:

–Todo el mundo sirve al principio el vino de mejor calidad y, cuando los invitados ya han bebido bastante, se saca el más corriente. Tú, en cambio, has reservado el de mejor calidad para última hora.

<sup>11</sup> Esto sucedió en Caná de Galilea. Fue el primer signo realizado por Jesús. Así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él.

Esta perícopa contempla el conocido episodio del misterio de las bodas de Caná. El relato comienza de manera solemne (vv. 1s). Juan presenta la *circunstancia*:

«hubo una boda». El texto bíblico precisa asimismo el tiempo: «tres días después», alusión simbólica al tercer día en el que Dios bajó sobre el Sinaí (Éx 19,11.16) y al cumplimiento del misterio pascual de Jesús resucitado al tercer día. Señala el lugar de las bodas: «Caná de Galilea», un pueblo pequeño cerca de Nazaret. Indica las personas que protagonizarán el hecho: «la madre», «Jesús» y «sus discípulos».

A esta introducción ambiental le siguen tres diálogos que dividen el episodio: el diálogo entre María y Jesús (vv. 3-5), que concluye con la exhortación a los siervos: «Haced lo que él os diga»; el diálogo entre Jesús y los siervos (vv. 6-8) y el diálogo entre el maestresala y el esposo (vv. 9s). El punto de partida del diálogo entre Jesús y María es una constatación: «Se les acabó el vino». La madre de Jesús se lo notifica a su Hijo y éste interviene: el agua contenida en las seis tinajas de piedra se convierte en vino abundante y de una calidad superior. Ante ese don gratuito, sobreabundante, no queda más que la respuesta de la fe: «y sus discípulos creyeron en él» (v. 11). Los discípulos se adhieren a la persona de Jesús y reciben de María un mensaje que exige ser conservado y observado: «Haced lo que él os diga» (v. 5).

María exhorta a la confianza en su Hijo y en sus palabras, y los que le acogen se convierten en siervos/discípulos a los que les será dado comprender, en la hora de la Pascua, el misterio de las bodas entre Dios y la humanidad en el Cristo esposo. María cree en este momento sin comprender: «Mujer, no intervengas en mi vida; mi hora aún no ha llegado». Hay una divergencia entre Jesús y su madre: ella habla del vino material, y Jesús de la plena revelación que se manifestará en la hora establecida exclusivamente por el Padre. Es ésta una situación que no turba a María, acostumbrada a conservar y a rumiar lo que no comprende, en la espera paciente de la plena revelación, que también para ella será el tercer día de la resurrección.

## MEDITATIO

Juan dice en la primera parte del relato: «La madre de Jesús estaba invitada» (v. 1a). María es la primera persona que aparece en la escena y lo hace sin nombre propio, sólo con el título de «madre»: todo en ella se resuelve en la relación con su hijo Jesús, que constituye el principio, el centro y el fin del relato. María estaba ya ahí, aguardando la venida de su Hijo y de los discípulos de éste, en espera de las «bodas».

En aquel día de alegría grande, bendecido por Dios, falta el vino (v. 3). Es María quien toma la iniciativa (el único caso en el evangelio de Juan): se da cuenta de que falta vino y se lo dice a su Hijo. Jesús, con su autoridad de Señor, de *Kyrios*, interviene siempre en primer lugar. La intervención de María no es un simple aviso, sino una petición en favor de una fiesta que corre el riesgo de verse comprometida. Le señala una necesidad a Jesús, el único capaz de realizar una intervención resolutoria, y como madre le pide que intervenga. Jesús lo hace valiéndose de la colaboración de los criados. Se afirma en la *Redemptoris mater*: «En el texto joánico, por el contrario, se delinea en la descripción del hecho de Caná lo que concretamente se manifiesta como nueva maternidad según el espíritu y no únicamente según la carne, o sea, la solicitud de María por los hombres, el ir a su encuentro en toda la gama de sus necesidades. En Caná de Galilea se muestra sólo un aspecto concreto de la indigencia humana, aparentemente pequeño y de poca importancia (“No tienen vino”). Pero esto tiene un valor simbólico. El ir al encuentro de las necesidades del hombre significa su introducción en el radio de acción de la misión mesiánica y del poder salvífico de Cristo. Por consiguiente, se da una mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. Se pone “en medio”, o sea, hace de mediadora no como un persona

extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede –más bien, “tiene el derecho de”– hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por tanto, tiene un carácter de intercesión: María “intercede” por los hombres» (n. 21).

Según la descripción del evangelista, no hay duda de que María se pone entre Jesús y los criados. «*La madre de Jesús le dijo: No les queda vino. [...] La madre de Jesús dijo entonces a los que estaban sirviendo: Haced lo que él os diga*» (vv. 2.3.5). Del mismo modo que Moisés al «*tercer día*» de la alianza del Sinaí se puso entre el Señor y sus hermanos (Dt 5,5), María en las bodas de Caná, el «*tercer día*», se encuentra entre Jesús y los criados. La dinámica imprimida al conjunto de la escena permite reconocer a la madre de Jesús en un papel de mediación. El sentimiento materno mueve a María a hacerse cargo de las carencias de los hijos y a presentarlas a su Hijo.

## ORATIO

Tu presencia, Santa María, discreta y vigilante,  
es amiga de los hombres.

Intercede también por nosotros  
con esos ojos atentos y socorredores,  
capaces de intuir por anticipado  
el agotamiento del vino de las bodas,  
y que saben implorar que nunca cese el canto,  
ni se apague la danza en la fiesta de los pobres.

Permanezca así la Iglesia como esposa fiel  
en la alegría  
y que la ebriedad del convite se transforme  
en servicio a la Palabra  
y al Signo del único Señor  
(D. M. Montagna).

## CONTEMPLATIO

En la comunidad nupcial para la cual el hombre Dios cambia el agua de la naturaleza humana en el vino de la sangre divina, y en el convite comunitario de Jesús a través de los tiempos, o sea, en la santa Iglesia, María es la Madre. En ella se continúa el misterio de la Encarnación y, por la oración maternal de la Virgen María, los llamados se convertirán en comensales de Jesús transformados divinamente. Por eso Efrén el Sirio canta así en uno de sus himnos sobre los misterios del Señor: Que Caná te alabe, porque tú has alegrado este convite. En la Esposa has simbolizado a la santa Iglesia, en los convidados has visto a los llamados, y en el triunfo (de este milagro) has anticipado la figura de tu grandiosa venida.

Esta profunda interpretación de las bodas de Caná comprende, por tanto, todo el desarrollo de la historia de la salvación, hasta el retorno glorioso del Señor al fin de los tiempos. En todo este proceso de transformación secular de la humanidad en el vino de la vida divina de la gracia está presente María como madre solícita y orante, como compendio que se da en la Encarnación de Dios continuada en la humanidad que proviene de la raza de Eva. María es la Madre de todos los que son santificados por la fe en esta venida de Dios (H. Rahner, *María y la Iglesia*, Cristiandad, Madrid 2002, 81-82).

## ACTIO

«*Haced lo que él os diga*» (Jn 2,5). La invitación de María podría equivaler para ti a esto: «Haz lo que Jesús te está diciendo ahora». Encuentra, por tanto, en tu interior la respuesta más verdadera a lo que ahora te está pidiendo.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Según el *kerygma* del Nuevo Testamento, recibido también por Juan, «el tercer día» es por excelencia el día (el *kairós*) de la resurrección (cf. 1 Cor 15,3s y Jn 2,19-21). En el episodio de Caná, en particular, la mención del «tercer día» está en relación con la «hora» de Jesús (v. 4), o sea, «*aquel día*» (Jn 14,20; 16,23.26) y «*aquella hora*» (Jn 19,27b) en que Jesús pasa de este mundo al Padre con la muerte-resurrección. Nos encontramos, por consiguiente, en el tema escatológico, el que interesa a las realidades últimas inauguradas por la Pascua. Si el evangelista ha querido insertar Caná en la óptica pascual, eso significa que todo lo que se narra en ese episodio es figura profética de lo que sucederá de manera continuada y completa cuando haya llegado la «hora» de Jesús.

En realidad, *la Iglesia* nace con el misterio pascual. Ella es la continuidad mesiánica de la nueva alianza, reunida en Jesús y en el Padre (Jn 14,20; 17,21). Éste es el banquete nupcial del Cristo-Esposo con su Iglesia (cf. Jn 3,29; Ap 19,7.9; 21,2). Para tener parte en la intimidad de esta mesa y conocer quién es Jesús, es necesario obedecer —a semejanza de los criados de Caná (Jn 2,7-8.9c)— a la Palabra-mandamiento del mismo Jesús (Jn 15,14; 14,21; Ap 19,8), palabra de la que es figura el vino nuevo entregado por él. Por otra parte, así como los discípulos creyeron en la manifestación de su gloria (Jn 2,11), así también, una vez que se ha realizado el signo de la Pascua (cf. Jn 2,18-22), es preciso reconocer en Jesús resucitado al Mesías-Hijo de Dios, glorificado por el Padre (Jn 20,31; 17,1). Y María, que desde «*aquella hora*» se convierte en madre de todos los hijos de la nueva alianza (Jn 19,25-27), *será en la Iglesia lo que fue en Caná* (A. Serra, *E c'era la madre di Gesù...*, Roma 1989, 367s).

## 8

### La bienaventurada Virgen María, junto a la cruz del Señor

La participación de la Virgen en la pasión de Cristo es la expresión máxima de su adhesión a la palabra y a la persona de su Señor en el hecho de dar comienzo a una nueva humanidad. La comunidad de los creyentes, contemplando a María «junto a la cruz del Señor» (son dos los formularios que aparecen con este título: el número 11 y el número 12), hace suya la misma decisión de estar de parte de la vida para experimentar la gloria de la resurrección.

## LECTIO

### Primera lectura: Judit 13,17-20

En aquellos días, <sup>17</sup> el pueblo quedó totalmente estupefacto, se postró, adoró a Dios y exclamó unánime:

—Bendito eres, Dios nuestro, que en este día has aniquilado a los enemigos de tu pueblo.

<sup>18</sup> Ozías le dijo:

—Hija, que te bendiga el Dios Altísimo entre todas las mujeres de la tierra. Bendito sea el Señor Dios, que creó el cielo y la tierra y te guió para que golpearas la cabeza del jefe de nuestros enemigos. <sup>19</sup> Cuantos recuerden esta hazaña de Dios jamás perderán la esperanza que tú inspiras. <sup>20</sup> Que Dios te engrandezca eternamente y te colme de bienes, ya que no



has temido poner en peligro tu vida al ver la humillación de tu pueblo; al contrario, has acudido a remediar nuestra ruina, actuando así rectamente ante Dios.

Y todo el pueblo respondió:

–¡Así sea, así sea!

La figura de Judit es la imagen del pueblo inerme que consigue derrotar al poderoso enemigo. Judit representa el ideal de la mujer no remisiva, que denuncia tanto la prepotencia del adversario como la infidelidad de sus paisanos. A pesar de que se trate de un personaje caracterizado por su marginación e impotencia (una mujer y, además, viuda), la perícopa pone de relieve cómo el débil se hace fuerte manteniendo la confianza en Dios. La intervención de Judit se dirige a contestar el poder absoluto que no tolera oposición y pretende imponer su dominio sobre toda la tierra. Con su belleza, sabiduría y valor (atributos propios del Israel fiel), la viuda Judit obtiene la victoria sobre el enemigo.

El pueblo, una vez liberado de la catástrofe, la exalta por la prontitud con la que puso en riesgo su propia vida por el bien de su gente. A Judit, «la judía», se la llama «hija bendita» (cf. v. 18), pero, en realidad, es como una madre que ha reengendrado a su pueblo en la fe del Señor, poniéndolo de nuevo en condiciones de alabar a YHWH como único, verdadero Dios.

### **Evangelio: Juan 19,25-27**

En aquel tiempo, <sup>25</sup> junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás, y María Magdalena. <sup>26</sup> Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto amaba, dijo a su madre:

–Mujer, ahí tienes a tu hijo.

<sup>27</sup> Después dijo al discípulo:

–Ahí tienes a tu madre.

Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa.

Jesús, que cargó él mismo con la cruz (Jn 19,17), lleva hasta el final su compromiso de amor. En el Gólgota se muestra como el hombre plenamente libre que entrega su vida por el bien de todos los hombres. Esta demostración tan grande de amor fue acogida y atestiguada por el grupo de mujeres que estuvieron presentes junto a la cruz. María, a quien Jesús llama «mujer» –y a quien presenta al discípulo amado como su «madre»–, representa a la comunidad de la antigua alianza que ha mantenido su fidelidad a Dios.

Como en las bodas de Caná (Jn 2,1), María está presente también en la crucifixión para atestiguar el paso a la nueva alianza: del agua al vino, del mérito a la gracia. Ella misma señala, con su presencia, que ha terminado el tiempo de la ley y se inaugura la era del Espíritu, tiempo nuevo en el que se realiza el designio de Dios sobre toda la humanidad. Estar junto a la cruz es para María la conclusión lógica de un itinerario trazado en Caná de Galilea, donde había constatado la falta del vino-amor y había intervenido ante su hijo para poner remedio a la situación. Aquellas bodas fueron fecundadas por el amor incondicionado que Jesús, el verdadero esposo, derrama desde la cruz.

En el patíbulo, lugar de ejecución para los parias, tiene su comienzo la comunidad mesiánica, caracterizada por un único signo que la hace reconocible: el amor que llega hasta la entrega de la propia vida. A los pies de la cruz se revela María como madre espiritual que da a luz la Iglesia: así demuestra que la actitud del verdadero creyente –simbolizado aquí por el discípulo Juan– es la de permanecer junto a Jesús para dar la vida con él (cf. Jn 11,16). No podemos estar con Jesús si no estamos dispuestos a tomar sus mismas decisiones, a morir no «por él», sino «con él», manifestando su mismo compromiso de amor por la humanidad.

## MEDITATIO

La principal característica que distingue la vida de la Virgen, a lo largo de toda su existencia, es su creciente e inquebrantable fe, que le lleva a confrontarse continuamente con dos realidades diferentes e inconciliables: lo que los representantes de la institución religiosa enseñan como voluntad de Dios y la enseñanza nueva que Jesús, Hijo de Dios, proclama. Creer contra toda evidencia es el acto de fe que distingue la existencia de María y la conduce a permanecer siempre junto a su Hijo y Maestro.

Frente al rechazo y al escarnio de las autoridades religiosas respecto a la predicación y a la persona de Jesús, María confirma su total adhesión a él incluso cuando le ve colgado en el patíbulo entre otros dos condenados. Jesús, moribundo en la cruz, es considerado por todos como un fracasado, como un maldito de Dios; a pesar de lo que se manifiesta, la discípula no retira su adhesión a su Maestro, al que dio a conocer al mundo al único y verdadero Dios. Con esta opción, María contesta el poder religioso, que mata a su hijo en nombre de la ley, y continúa creyendo en el Dios que está de parte de los últimos y derriba a los poderosos de sus tronos.

Del mismo modo que Judit hizo frente al enemigo poderoso y puso en riesgo su vida para la salvación de su pueblo, también María desafió a las instituciones de su pueblo al ponerse de parte del condenado, a fin de demostrar que el hombre colgado en el patíbulo era el salvador del mundo. Judit fue llamada *«bendita más que todas las mujeres»* (Jdt 13,18) porque liberó a su pueblo cortándole la cabeza al enemigo; María es *«la bendita entre las mujeres»* (Lc 1,42) porque engendró en la carne y en la fe al liberador de toda la humanidad, al que obtiene la victoria no con la fuerza, sino con la entrega total de sí mismo».

## ORATIO

*«Estaban junto a la cruz su madre,  
María de Cleofás y María Magdalena...»  
¿Pequeño resto de todas las muchedumbres,  
el verdadero resto del gran Israel?*

La Mujer esperada desde el alba del mundo,  
y una pariente y la amiga del llanto...  
*¿Así terminaba en el monte la historia de gracias  
y culpas de todo Israel?*

Sé tú, oh Madre, el anillo que une los siglos  
y los tiempos antiguos y futuros:  
Hija de Sión, planta que lleva la savia viva  
del pueblo elegido.

También la creación en dolores de parto  
espera aún nacer del mundo:  
en la obediencia del nuevo Adán  
y por ti, Mujer, que vives de la fe.  
(David M. Turolde).

## CONTEMPLATIO

La madre de Dios –que amó más que todos, del mismo modo que fue amada más que todos– padeció hasta tal punto con su hijo moribundo que casi vivió su pasión. La grandeza de su dolor fue pareja a la grandeza de su amor. Dado que amaba a su hijo más que a sí misma, las heridas que el hijo recibió en el cuerpo las soportó ella en el alma con un profundo sentido del dolor, por lo que la pasión de Cristo fue un martirio para ella. La carne de Cristo era, efectivamente, en cierto sentido su carne; después de que Cristo la asumiera, la amó en él más que en sí misma. Y cuanto más amaba, más sufría; sufrió en el alma más que lo que un mártir sufre en el cuerpo. Los otros mártires consumaron el martirio con su propia muerte; María, en cambio, preparó con su propia carne

la carne que debía sufrir para la salvación del mundo y, en la pasión de Cristo y por esta pasión, su alma fue alcanzada por un dolor tan violento que se consumó su martirio en el mismo Cristo, hasta el punto de que se considera que, después de Cristo, mereció la gloria del sumo martirio (Balduino de Ford, *Tractatus*, 6).

## ACTIO

«Estad alegres cuando compartís los padecimientos de Cristo, para que, cuando se manifieste su gloria, reboseis de gozo» (*antífona de la comunión*). Fijando los ojos en una cruz, recorre con la memoria momentos personales de dolor, o de enfermedad, o de infidelidad, recordando si te han enseñado a llevar cada día tu cruz y a confiar en la misericordia del Señor crucificado.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

A este hijo que ella dio a luz, al que crió y amó, para el que esperó la realeza mesiánica prometida, debe verlo en el colmo del fracaso, crucificado como un malhechor. Aquí su alma de madre se vio traspasada más que nunca por el dolor de la espada, su alma de creyente se vio puesta ante el acto de la fe más pura: creer, contra toda evidencia, que Dios será fiel a sus promesas. La oscuridad que envuelve materialmente el mundo, envuelve también su amor materno y su fe cristiana. Es menester que ella pase, con su hijo, a través de la angustia del abandono, a fin de conocer con él la alegría de la resurrección.

Será al pie de la cruz donde conocerá el dolor más agudo de la espada predicha por Simeón, que no cesó de penetrar en su alma y de poner a prueba su fe (M. Thurian, *Marie, mère du Seigneur, figure de l'Église*, Taizé 1963, 272; edición española: *María, Madre del Señor, figura de la Iglesia*, Hechos y Dichos, Zaragoza 1966).

## 9

# La Virgen María, confiada como madre a los discípulos

En las palabras que dirige Jesús desde la cruz a su madre y al discípulo amado encuentra su fundamento el perenne vínculo de amor que une a la Virgen con el pueblo cristiano. Como «madre de los creyentes», María es modelo vivificante para cuantos se dirigen a ella con total confianza, sintiéndola particularmente cerca en las tribulaciones y persecuciones a causa del Evangelio. Es el formulario número 13.

## LECTIO

### Primera lectura: 2 Macabeos 7,1.20-29

En aquellos días, 'siete hermanos apresados junto con su madre fueron forzados por el rey a comer carne de cerdo prohibida por la ley y fueron azotados con látigos y nervios de toro. <sup>20</sup> La madre, mujer admirable y digna de gloriosa memoria, al ver morir a sus siete hijos en un día, lo soportaba con valor gracias a su esperanza en el Señor. <sup>21</sup> Exhortaba a cada uno en la lengua materna llena de un noble valor y, uniendo la fuerza varonil a la ternura femenina, les decía:

<sup>22</sup> –Yo no sé cómo habéis aparecido en mi seno, pues no he sido yo la que os he dado el aliento vital, ni he tejido yo los miembros de vuestro cuerpo. <sup>23</sup> Dios, creador del universo, que hizo el género humano y ha creado todo lo que existe, os devolverá misericordiosamente la vida, ya que por sus santas leyes la despreciáis.



<sup>24</sup> Antíoco pensó que le insultaba y que se burlaba de él con esas palabras. Y como todavía quedaba con vida el más joven, intentó convencerlo, prometiéndole con juramento que lo haría rico y feliz, que lo haría su amigo y le daría un alto cargo si renegaba de sus tradiciones. <sup>25</sup> Pero como el muchacho no le hacía caso, el rey llamó a la madre y la exhortó para que le diese consejos saludables. <sup>26</sup> Tanto le insistió el rey, que la madre accedió a convencer a su hijo. <sup>27</sup> Se inclinó hacia él y, burlándose del cruel tirano, dijo al niño en su lengua materna:

—Hijo mío, ten piedad de mí, que te he llevado en mi seno nueve meses, te he amamantado tres años, te he alimentado y te he educado hasta ahora. <sup>28</sup> Te pido, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra y lo que hay en ella; que sepas que Dios hizo todo esto de la nada y del mismo modo fue creado el hombre. <sup>29</sup> No temas a este verdugo; muéstrate digno de tus hermanos y acepta la muerte, para que yo te recobre con ellos en el día de la misericordia.

La historia de una madre y sus siete hijos, que chocan con el poder del rey, tiene un fuerte carácter didáctico. El episodio muestra que una mujer y sus hijos tuvieron el valor de oponerse al poder extranjero que les había sometido, que se identifica con la figura del rey Antíoco. La madre y sus hijos son unos personajes anónimos, en cuanto imagen del Israel que se mantiene fiel a Dios y que no se pliega ante los poderosos. La madre y los hijos, pese a su debilidad, hacen frente a la muerte con coraje, y aquí es donde aflora ya su victoria.

La madre, remitiéndose a la fidelidad al Dios único, que creó el mundo y plasmó al hombre, profesa su fe insertando un elemento completamente nuevo para la mentalidad de la época: Dios, que es fuente de misericordia, no abandona a sus hijos frente a la muerte, sino que les restituirá el espíritu y la vida. La muerte física no puede privar al hombre de su destino de salvación.

En los siete hermanos se manifiesta el poder del Dios de sus padres, que hace fuertes a los inermes y provee a

la generación de todos haciéndoles partícipes de su misma vida. Profesar la fe en el Dios creador significa estar siempre de su parte, a fin de adherirse a su Palabra, que anula todo designio de muerte.

### Evangelio: Juan 19,25-27

En aquel tiempo, <sup>25</sup> junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás, y María Magdalena. <sup>26</sup> Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto amaba, dijo a su madre:

—Mujer, ahí tienes a tu hijo.

<sup>27</sup> Después dijo al discípulo:

—Ahí tienes a tu madre.

Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa.

La denominación «*mujer*» con la que Jesús, colgado en la cruz, se dirige a su madre nos ayuda a comprender el significado teológico de esta escena. El término «*mujer*», impropio para dirigirse a su propia madre, tiene la connotación de «*esposa*». El evangelista presenta a María como figura del pueblo-esposa, que se ha mantenido fiel a las promesas de Dios y ahora ha sido confiado a la nueva comunidad del Reino, representada por el «*discípulo amado*». De ahí que Jesús no pretenda con sus palabras buscar un refugio seguro para su madre, sino que le pide al discípulo que reconozca en María su origen (madre), y a la madre que reconozca en el discípulo su continuidad (hijo).

Jesús, moribundo en la cruz, usando una fórmula de recíproca acogida, revela hasta el final el designio del Padre: comunicar vida y amor a toda la gente, a fin de convertirla en un solo pueblo (cf. Jn 10,16). Esto tiene lugar a la hora en la que el hijo es glorificado (cf. Jn 12,23), cuando él mismo entrega generosamente su vida por amor, sin dejarse condicionar por el violento rechazo del hombre. Fortalecida por este amor mediante el vínculo

de la fe, la madre de Jesús, esposa fiel de la antigua alianza, se convierte en madre de los creyentes. El discípulo, al acoger a la madre entre lo suyo, tiene en María el modelo de fidelidad a la palabra divina que fomenta e incrementa la vida de la nueva comunidad creyente.

### MEDITATIO

María se confirma, junto a la cruz de su hijo, como ejemplo atrayente de confianza y de abandono en Dios. Fue el amor lo que persuadió a la madre para hacer frente al momento más difícil de su vida y para no abandonar a su Señor. Esta fidelidad suya hizo fuerte a la mujer débil y le permitió realizar su vocación a la vida. Una vez inaugurado el tiempo de la gracia, María es fecunda de nuevo mediante el Espíritu, derramado por Jesús desde la cruz, y se convierte en madre de la comunidad de los creyentes.

María, reconociendo en la figura del discípulo amado a su descendencia, dirige la atención sobre la comunidad, donde se regeneran nuevos hijos a la fe. Esta nueva comunidad no se basa ya en la ley, en un código de normas y de preceptos arduos de observar, sino que se constituye en torno a la cruz, signo del amor incondicionado que todos pueden acoger. Jesús en la cruz es la nueva Escritura en la que la comunidad reconoce el rostro de un Dios nuevo que viene al encuentro del hombre no para imponerle reglas escritas, sino para ofrecerle su amor personal.

Del mismo modo que la madre de los Macabeos persuade a sus hijos para que se enfrenten a la prueba, María invita a todos los componentes de la comunidad a llevar hasta las últimas consecuencias el compromiso de amar como Jesús nos amó. En este sentido, la presencia de María y la del discípulo en el Gólgota se manifiestan

como la coronación de un largo seguimiento bajo la bandera de la palabra y del ejemplo del Maestro.

### ORATIO

Padre, tú quisiste hacer de la Virgen María, la mujer que recibió a Cristo y lo dio al mundo, el modelo de fidelidad a tu Palabra. Envía sobre nosotros tu Espíritu Santo para que podamos ser también signo de tu amor en el mundo. Junto con María, madre de los creyentes, reúnenos en la unidad visible a todos los testigos de Cristo, a fin de que nos alegremos en ti, nuestro Salvador, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

### CONTEMPLATIO

Sí, ella es la madre de la Vida [= Cristo] de la que todos viven. Al darle nacimiento, ella, en cierto modo, dio un nuevo nacimiento a todos los que debían vivir de esta vida. Nacía uno solo, pero todos nosotros renacíamos, porque, teniendo en cuenta la semilla que propaga el nuevo nacimiento, nosotros estábamos desde entonces todos en él... Por consiguiente, esta bienaventurada madre de Cristo, sabiendo que era madre de todos los cristianos como consecuencia de este misterio, se muestra madre de ellos también con su atención y su tierno afecto. No es, en efecto, insensible con los hijos como si no fueran suyos, y su seno, aunque dio a luz una vez, no se secó ni acaba nunca de dar a luz el fruto de la misericordia. En efecto, el «*fruto bendito de tu vientre*» (Lc 1,42), oh tierna madre, te dejó grávida de una inagotable misericordia; nació de ti una sola vez, pero permanece siempre en ti y crece dentro de ti... (Guerrico de Igny, *Sermón I sobre la Asunción*, 416-420, en PL 185, 188s).

**ACTIO**

«Ella será perpetuamente la Madre de los creyentes y éstos por siempre, confiados, se refugiarán en ella» (del prefacio). Estas palabras del prefacio sugieren confiar la renovación del compromiso y de la fidelidad a la propia vocación definitiva actual.

**PARA LA LECTURA ESPIRITUAL**

María es la madre de la alianza, la voz con la que Dios aprendió el lenguaje de los hombres y los hombres aprendieron el lenguaje de las personas divinas. En ella, Virgen del encuentro, se nos ha revelado nuestra vocación a la comunión con el Padre y entre nosotros en Cristo y en su Espíritu de amor. En ella descubrimos con fuerza nueva que los hombres no están hechos para la soledad, sino para la compañía de la vida y de la fe, y que la paz de un universo reconciliado es el bien que debemos buscar con la pasión de toda nuestra existencia y de todo nuestro corazón. Confiar a María el mundo y la vida significa, a esta luz, recordar la vocación de los hombres y de los pueblos a la alianza, a la reconciliación de cada uno con Dios, consigo mismo y con los otros, que en Jesucristo –la alianza en persona– ha sido hecha posible para nosotros (B. Forte, «Il mistero di Maria e l'esistenza redenta», en *Maria e la Riconciliazione*, Frattamaggiore [Na] 1987, 136).

**10****La bienaventurada Virgen María,  
en la resurrección del Señor**

El formulario número 15 retoma el esquema del común de la bienaventurada Virgen María en el tiempo pascual (excepto la antifona de entrada y el prefacio). La liturgia eucarística celebra la resurrección del Señor y la inmensa alegría que de ella se difunde, irradiándose por todo el mundo, en la Iglesia naciente, en la misma María. La Virgen pascual es ejemplo de fe para los discípulos que confiesan a Cristo resucitado.

**LECTIO****Primera lectura: 1 Corintios 15,54-57 (apéndice n. 13)**

Hermanos: <sup>54</sup> Cuando este ser corruptible se vista de incorruptibilidad y este ser mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que dice la Escritura: *La muerte ha sido vencida.* <sup>55</sup> ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? <sup>56</sup> El aguijón de la muerte es el pecado, y el pecado ha desplegado su fuerza con ocasión de la ley.

<sup>57</sup> Pero nosotros hemos de dar gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.

El apóstol Pablo está comprometido en la sólida catequesis concerniente a la resurrección de los muertos, que le había parecido necesaria a raíz de unas preguntas

intrigantes planteadas por los discípulos de la comunidad de Corinto, cuyo fundamento él mismo puso como sabio arquitecto según la gracia recibida (1 Cor 3,10). Así pues, el suyo es un magisterio dotado de autoridad. La solidez de su anuncio está garantizada asimismo por su misma fe, que también él recibió y transmitió, así como por su propia experiencia: Cristo murió por nuestros pecados, fue sepultado, resucitó al tercer día y, aunque en último lugar, también se apareció a él (15,3-8). En consecuencia, la resurrección de Cristo se convierte en prueba y garantía de la resurrección de los muertos: «Cristo ha resucitado de entre los muertos como anticipo de quienes duermen el sueño de la muerte» (15,20). Pablo se prodiga, con la pasión de su fe y la exuberancia de la pedagogía que le caracterizaban, en la explicación de las modalidades con las que resucitan los muertos: la resurrección trae consigo la transformación del cuerpo de corruptible en incorruptible, de innoble en glorioso, de débil en pleno de fuerza, de animal en espiritual (15,42). La muerte es el cese de la imagen del hombre terreno; la resurrección es la adquisición de la imagen del hombre celeste (15,49).

La ardua catequesis sobre la resurrección conduce al alféizar de nuestro propio futuro y del futuro de todos, liberado de la pesadez que resquebraja a la persona y la arrastra a la muerte: el aguijón venenoso en manos de la muerte es el pecado. El itinerario de la existencia en el cuerpo mortal no está indemne de las heridas del pecado, pero está medicado por la gracia del Señor. El cuerpo corruptible conseguirá la victoria sobre el pecado y sobre la muerte cuando se revista de inmortalidad en la transformación de la resurrección.

### Evangelio: Mateo 28,1-10

<sup>1</sup> En la madrugada del sábado, al alborear el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el

sepulcro. <sup>2</sup> De pronto hubo un gran temblor. El ángel del Señor bajó del cielo, se acercó, rodó la piedra del sepulcro y se sentó en ella. <sup>3</sup> Su aspecto era como el del relámpago y su vestido blanco como la nieve. <sup>4</sup> Al verlo, los guardias se pusieron a temblar y se quedaron como muertos. <sup>5</sup> Pero el ángel se dirigió a las mujeres y les dijo:

–Vosotras no temáis; sé que buscáis a Jesús, el Crucificado.

<sup>6</sup> No está aquí; ha resucitado, como dijo. Venid a ver el sitio donde yacía. <sup>7</sup> Id en seguida a decir a sus discípulos: Ha resucitado de entre los muertos y va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis. Eso es todo.

<sup>8</sup> Ellas salieron a toda prisa del sepulcro y, con temor pero con mucha alegría, corrieron a llevar la noticia a los discípulos. <sup>9</sup> Jesús salió a su encuentro y las saludó.

Ellas se acercaron, se echaron a sus pies y lo adoraron. <sup>10</sup> Entonces Jesús les dijo:

–No temáis; id a decir a mis hermanos que vayan a Galilea, y allí me verán.

Ninguno de los cuatro evangelistas –incluido Mateo– cuenta que María, madre de Jesús, el Crucificado, subiera al sepulcro de su hijo al alba del día de su resurrección. La memoria indeleble en la historia de la Pascua fijó el recuerdo de la visita a la tumba por parte de María Magdalena y de la otra María (que no es su madre), quienes, junto con la madre de Jesús, asistieron a la crucifixión y a la sepultura del Señor. Entre las razones de la omisión se puede presumir la veracidad: su madre se quedó aquella madrugada en la casa en la que el apóstol que Jesús amaba la había acogido. Ninguna fuente canónica enumera tampoco a María, la madre de Jesús, entre las personas que se encontraron con el Crucificado. Sin embargo, María estuvo presente, a buen seguro, en la resurrección de Jesús. No pocos acontecimientos de la historia y de la fe son verdad aunque no aparezcan en las crónicas.

La colocación de la perícopa de Mateo en el formulario «La bienaventurada Virgen María en la resurrección del Señor» recuerda la trama lucana del anuncio angé-

lico y del encuentro con Isabel. María recibe en Nazaret el anuncio de que ha llegado la plenitud de los tiempos en la que Dios envía a su propio Hijo nacido de mujer; María, solícita, lleva el mensaje a casa de Zacarías. María Magdalena y la otra María reciben en las inmediaciones del sepulcro de Jesús el anuncio angélico de que ha llegado la plenitud de los tiempos, porque la humanidad de Jesús, el Señor y Mesías, ha renacido a una vida nueva en la resurrección, y este acontecimiento lo anuncian ellas a los apóstoles. El anuncio es tan sorprendente que no deja indiferente a nadie e, incluso, atemoriza. Sin embargo, sobreviene la dulce seguridad: «*No temáis*». María sale del temor en Nazaret porque ha encontrado la gracia junto a Dios; las mujeres dejan de temer en el sepulcro porque la palabra de Jesús, familiar y reconfortante, produce una gran alegría.

### MEDITATIO

«*Si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo ha resucitado. [...] Y si Cristo no ha resucitado, vuestra fe carece de sentido y seguís aún hundidos en vuestros pecados*» (1 Cor 15,13.17). El grito del apóstol Pablo desafía al creyente, impulsándole a mirar el abismo de desesperación en el que se precipitaría si no hubiera tenido lugar el acontecimiento-resurrección: la inutilidad de la fe sería un accidente, es cierto, pero un tanto inofensivo; sin embargo, sería dramático el envenenamiento del pecado, incurable durante el tiempo que dura nuestra existencia en la tierra e inesperable en la dimensión de la incorruptibilidad a la que nadie llegaría, porque no habría modo de llegar allá. La dramática argumentación de Pablo resuena como un despertador en nuestras culturas agazapadas únicamente en la dimensión horizontal y ofrece una perspectiva de liberación a nuestras mentalidades envilecidas, pesimistas, derrotis-

tas, enemigas del hombre vivo y del futuro. La victoria sobre esto –y sobre otras cosas– se vuelve cierta para nosotros por medio de nuestro Señor Jesucristo.

El Señor ha resucitado verdaderamente. A diferencia del antes de la muerte, cuando la miriada de gente veía y oía a Jesús, en su nueva identidad de resucitado sólo le ven y le escuchan los discípulos durante la «cuaresma pascual». No basta con escuchar y admirar al maestro Jesús: a cada uno de nosotros nos es indispensable hacer la experiencia del Jesús resucitado, acumulando en nosotros semillas de resurrección.

### ORATIO

«Cuando viste a tu Hijo resucitado de la tumba, el tercer día, Esposa de Dios, Virgen santísima, cesó todo el dolor que como madre habías padecido al verle sufrir. Te llenaste de alegría, junto con los discípulos que, contigo, le cantaban himnos. Resplandece, resplandece, nueva Jerusalén, porque la gloria del Señor ha surgido sobre ti, y tú alégrate, oh pura madre de Dios» (*de la liturgia bizantina*).

Intercede por nosotros, oh Virgen santa, para que se nos conceda tu fe, que sabe obedecer sin pedir signos o razones y, cuando todo parece acabado, sabe esperar el renacer de la vida.

### CONTEMPLATIO

Considera cuál sería la alegría experimentada por la bienaventurada Virgen María al ver que su dulcísimo Hijo, tras la dolorosa pasión y la muerte ignominiosa, había vencido al autor de la muerte con su gloriosa resurrección y había abierto las puertas del Reino de los



Cielos al hombre perdido. Y también al oír que Jesús había entrado con las puertas cerradas en el lugar donde estaban reunidos los apóstoles, a fin de mostrarles las manos y el costado, para que, tocándole, comprobaran que se trataba de la verdadera carne de Jesús, la misma carne, ahora glorificada, que él había recibido en el seno de la virgen madre María. Y de este modo, el Resucitado les demostró que se le había dado todo poder en el cielo y en la tierra y, para consolidar su fe, se apareció en diversas ocasiones a lo largo de cuarenta días, dirigiéndoles palabras persuasivas y presentándoles pruebas irrefutables (Esteban de Salley, *Meditaciones sobre las glorias de María*, 12).

### ACTIO

«Dios te salve, Santa María, que, sufriendo junto a la cruz, compartiste los dolores del Hijo; ahora gozas de una serena alegría» (*antífona del evangelio*). Al atardecer –la hora de la muerte de Jesús en la cruz– o bien la noche anterior, a la conclusión de la jornada, celebra y vive el saludo pascual de la Iglesia a María:

«Reina del cielo, alégrate, aleluya,  
 porque el que mereciste engendrar, aleluya,  
 resucitó como lo había dicho, aleluya.  
 Ruega por nosotros a Dios, aleluya».

### PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El carácter único y especial de la presencia de la Virgen en el Calvario y su perfecta unión con su Hijo en el sufrimiento de la cruz parecen postular su particularísima participación en el misterio de la Resurrección [...] Por ser imagen y modelo de la Iglesia, que espera al Resucitado y que en el grupo de los discípulos se encuentra con él durante las apariciones pascuales, pa-

rece razonable pensar que María mantuvo un contacto personal con su Hijo resucitado, para gozar también ella de la plenitud de la alegría pascual.

La Virgen santísima, presente en el Calvario durante el viernes santo (cf. Jn 19,25) y en el cenáculo en Pentecostés (cf. Hch 1,14), fue probablemente testigo privilegiada también de la resurrección de Cristo, completando así su participación en todos los momentos esenciales del misterio pascual. María, al acoger a Cristo resucitado, es también signo y anticipación de la humanidad, que espera lograr su plena realización mediante la resurrección de los muertos.

En el tiempo pascual, la comunidad cristiana, dirigiéndose a la Madre del Señor, la invita a alegrarse: «*Regina caeli, laetare. Alleluia*». «¡Reina del cielo, alégrate. Aleluya!». Así recuerda el gozo de María por la resurrección de Jesús, prolongando en el tiempo el «¡alégrate!» que le dirigió el ángel en la anunciación, para que se convirtiera en «causa de alegría» para toda la humanidad (María y la resurrección de Cristo, *Catequesis de Juan Pablo II* [21-V-1997]).



## La bienaventurada Virgen María del cenáculo

Los discípulos se llenan en el cenáculo pentecostal del Espíritu Santo prometido por Jesús en ese mismo lugar durante la cena pascual. En este formulario, el número 17, se celebra a María como virgen llena del Espíritu, modelo de la Iglesia orante y modelo de concordia, comunión y paz, docilidad a la voz del Espíritu y vigilancia en la espera del retorno del Señor.

### LECTIO

#### Primera lectura: Hechos 1,6-14

Después de la resurrección de Jesús, <sup>6</sup> los apóstoles lo rodearon, preguntándole:

–Señor, ¿vas a restablecer ahora el Reino de Israel?

<sup>7</sup> Él les dijo:

–No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado con su poder. <sup>8</sup> Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra.

<sup>9</sup> Después de decir esto, lo vieron elevarse, hasta que una nube lo ocultó de su vista. <sup>10</sup> Mientras estaban mirando atentamente al cielo viendo cómo se marchaba, se acercaron dos hombres con vestidos blancos <sup>11</sup> y les dijeron:

–Galileos, ¿por qué seguís mirando al cielo? Este Jesús que acaba de subir de vuestro lado al cielo, vendrá como lo habéis visto marcharse.

<sup>12</sup> Entonces regresaron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista tan sólo de Jerusalén lo que se permite caminar en sábado. <sup>13</sup> Cuando llegaron, subieron al piso superior donde se alojaban; eran Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el hijo de Alfeo, Simón el Zelota y Judas el hijo de Santiago. <sup>14</sup> Todos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María la madre de Jesús y con los hermanos de éste.

El familiarísimo sustantivo «cenáculo» no aparece en ningún texto bíblico. El término se refiere al acontecimiento básico de la cena pascual de Jesús con sus discípulos, a la cena que tuvo lugar en la sala grande situada en el piso superior de la casa de un amigo (Mc 14,15; Lc 22,12). Desde entonces aquella sala espaciosa se convirtió, primero, en refugio apartado de los discípulos, donde Jesús resucitado los encuentra reunidos (Mc 16,14; Jn 20,19.26); después, en la casa común de la Iglesia primitiva, donde iban madurando la identidad y la organización (Hch 1,3); por último, en mirador abierto de par en par sobre el mundo, desde el que irradian el Evangelio (Hch 2,14).

En la sala del «*piso superior*» se vuelven a encontrar todos los que habían estado con Jesús desde el principio: los apóstoles, citados uno a uno por su nombre (falta el desgraciado Judas); algún discípulo fidelísimo como José, apellidado Barsabás, por sobrenombre Justo, y Matías (Hch 1,23); un pelotón de parientes; algunas mujeres y, personalmente, María, la madre de Jesús. Son los que compartieron con el Señor en este mismo venerable lugar la última cena, horas de vida durante la «cuaresma pascual» (los cuarenta días de encuentros con el Resucitado) y el desconcertante acontecimiento de su elevación a lo alto hasta el cielo, donde está sentada a la diestra de Dios (Mc 16,19; Lc 24,51; Hch 1,9).

En esta especie de referencia a la «Iglesia naciente», el hagiógrafo señala a las mujeres y a los hermanos de Jesús, junto con los apóstoles, como presencias eclesiales indispensables. Los hermanos habían articulado respecto a Jesús una consideración diferenciada: unos lo consideraban un aventurero con el que había que tener cuidado o al que había que mantener a distancia, y otros lo apreciaban como maestro al que había que seguir (sólo éstos le habían seguido hasta el «cenáculo»). Las mujeres aparecían como las más constantes y fieles: jamás hubo entre ellas ni un abandono ni una deserción, y siempre se mostraron serviciales y caritativas con él. Ésta era la «Iglesia del cenáculo».

### Evangelio: Lucas 8,19-21

En aquel tiempo, <sup>19</sup> se presentaron su madre y sus hermanos, pero no pudieron llegar hasta Jesús a causa del gentío.

<sup>20</sup> Entonces le pasaron aviso:

–Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte.

<sup>21</sup> Él les respondió:

–Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica.

María dejó libre a su hijo y nunca intervino en sus decisiones durante el breve deambular rabínico de Jesús. Rara vez tuvo la oportunidad de encontrarse con él, a diferencia de los largos años de vida que habían pasado juntos en Nazaret, lugar de intensa comunión entre la madre y el hijo. En este día recordado por los evangelios sinópticos, María había decidido acercarse a Jesús y se le habían asociado algunos parientes (Lc 8,19; cf. también Mt 12,46; Mc 3,31). El texto griego de Lucas insinúa una «voluntad» resuelta y un «acercamiento para mirarse a los ojos» más allá del simple «verte». Se trata, por consiguiente, de un intento serio, motivado por la conciencia de una proximidad de parentesco privilegiada.

Ese encomiable intento, obligado además tratándose de una madre y de parientes próximos, no podía quedarse insatisfecho. El pequeño grupo se debate con el obstáculo del gentío, que, más que como una reunión de personas particulares, se presenta como un grupo de gente indistinta, como un montón de experiencias y expectativas indescifrables. Jesús no se niega al gentío, pero prefiere unas relaciones conscientes con individuos particulares o con núcleos de personas. El gentío impide, en efecto, el acercamiento a Jesús. Sin embargo, Jesús posa su mirada sobre la muchedumbre para buscar en ella una alternativa o complementar el parentesco consigo mismo. La respuesta de Jesús a los que le informan del deseo de verle, más que dúctil, es abierta. La identidad de la familiaridad con él se define por la calidad y por la cantidad de la relación con la Palabra de Dios: la calidad es la escucha, la cantidad es la puesta en práctica.

### MEDITATIO

El cenáculo es el espacio histórico de la Iglesia primitiva y un símbolo de todo el futuro eclesial. El cenáculo había reunido a todos los que siguieron a Jesús. Sólo María estuvo siempre con él, desde su concepción en Nazaret hasta la crucifixión en el Calvario. Era una presencia inducida por un amor materno espontáneo y natural, pero también por una creciente conciencia de fe y confianza.

Jesús dilata en beneficio nuestro los espacios de presencia junto a él, unos espacios habitables por todos los que conocen y viven la Palabra de Dios. En el espacio de esta vecindad sobresale precisamente María: ella es la madre que acoge la Palabra que se hace carne en su seno, ella es la sierva del Espíritu Santo, disponible para llevar su palabra a la práctica. María es el modelo de la Iglesia en el cenáculo (cf. el prefacio).

María participa en el cenáculo en la reconstitución de la comunidad de Jesús: comunidad concorde en la fe y asidua en la oración, en la que se constituye el Reino nuevo. En el cenáculo Jesús ya no está *con* los discípulos: está *en* ellos para que sean perfectos en la unidad (Jn 17,20s), está *entre* ellos porque donde están reunidos dos o tres en su nombre él está en medio de ellos (Mt 18,20), está *ante* ellos para enseñarles a esperar su retorno (Hch 1,11). Nadie es protagonista aislado en el cenáculo; tampoco María: todos comparten la fraternidad discipular, poniendo cada uno al servicio del Reino nuevo su propia fe, esperanza y caridad: su propia identidad evangélica y pentecostal. Todo lo que sucedió entonces, continúa realizándose para nosotros en el hoy.

### ORATIO

*Madre, revélanos el gran principio  
puesto que desde entonces ya se te evocaba  
cuando creaba las cosas en el Verbo.*

Madre, disponnos también a nosotros para acogerle,  
para revestirle de carne espléndida,  
hechos fecundos contigo por el Espíritu.

Oh Madre, haz que la Iglesia continúe  
su oración concorde, unánime,  
para que siga bajando el Espíritu.

Madre, asístenos en el nuevo principio,  
que el mundo entero oiga las voces,  
y la alegría vuelva a llenar la tierra.

Oh Madre, sé un Pentecostés perenne,  
que el santo fuego consuma todo mal,  
que sea una Iglesia libre como el viento  
(David M. Turoldo).

## CONTEMPLATIO

Toda la Iglesia naciente se encuentra recogida en el cenáculo, desde donde los apóstoles, una vez recibida la efusión del Espíritu Santo, parten a la conquista del mundo. Esa casa constituye un lugar memorable de oración unánime y de fraternidad, y podemos imaginar la gran medida en la que la presencia de María le añadió respeto y calor. Convenía que María estuviera en esta casa, en el centro de los apóstoles, en el corazón de esta asamblea que el Espíritu iba a transformar. Ella, a quien le había dicho el ángel: «*El Espíritu Santo descenderá sobre ti*», espera esta vez el mismo milagro para sus hijos.

¿Debe sorprendernos volver a encontrar a María en estos instantes decisivos? Dado que había estado asociada al misterio de la natividad y de la redención, convenía que lo estuviera también a la epifanía de la Iglesia en la mañana de Pentecostés. El pesebre, el Calvario, el cenáculo: los tres momentos más importantes de la historia de la salvación constituyen las cimas de su existencia (L. J. Suenens, *Chi è costei?*, Roma <sup>3</sup>1980).

## ACTIO

«Los discípulos se dedicaban a la oración en común, junto con María, la Madre de Jesús» (*antífona de entrada*). Que la experiencia de los discípulos –apóstoles, discípulos, parientes de Jesús y María, su madre– orantes y concordes en el cenáculo esperando al Espíritu te estimule a tomar una iniciativa en pro de una oración en común.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

María fue presa del fuego del Espíritu Santo en Pentecostés. No es ya la sombra lo que la envuelve como en la anunciación,

sino el fuego quien la toma. Ni que decir tiene que los apóstoles y María vivían desde hacía mucho tiempo en el Espíritu Santo. Fue por inspiración del Espíritu Santo por lo que Pedro confesó su fe en Jesús, Mesías y Señor (Mt 16,16; Mc 8,29). María vivió siempre en el Espíritu Santo, desde el primer momento de su concepción. Pero la efusión del Espíritu en Pentecostés hizo presa en ellos todos juntos, reunidos en la misma casa. Y esto es capital. La Iglesia de los comienzos no está formada por «antiguos combatientes» de la aventura de Jesús, ni es la reunión de personas que han recibido cada uno la efusión del Espíritu Santo y han decidido «formar Iglesia» juntos. El Espíritu llenó «toda la casa» y cada uno tiene su parte de esta plenitud (Hch 2,2-4). María fue tomada en el fuego de Pentecostés, en el fuego del amor de Dios, que quiere quemar por todas partes, según el deseo del corazón de Cristo: «*He venido a traer fuego sobre la tierra, y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!*» (Lc 12,49).

En nuestra vida recibimos varias efusiones del Espíritu, varias manifestaciones del don de Dios, no idénticas, pero sí frecuentemente complementarias. No somos nosotros los que elegimos la modalidad en las que Dios va a venir a visitarnos. A veces recibiremos la efusión del Espíritu a través de una unción de paz: experimentamos una oscura y refrescante presencia en la sombra. ¿Por qué tener celos de aquel cuyo corazón está ardiente y cuyos carismas irradian? Dios da a cada uno según su sabiduría y en el momento oportuno. En este dominio, más que en cualquier otro, tenemos que renunciar a toda comparación y dejarnos llevar. Dios sabe lo que él espera de nosotros y en qué momento tenemos necesidad de sombra, de agua, de viento o de fuego. En consecuencia, entreguémonos al Espíritu según el modo que él quiera. Pero sepamos de antemano que todo nos viene, visible o invisiblemente, de la «casa Iglesia» y que todo lo que se nos da es para el bien común (G. Blaquièrre, *María, peregrina de la fe*, Edicep, Valencia 1991, 155-156).

## Santa María, madre del Señor

El formulario número 19 pertenece al *corpus* de las misas del común de la bienaventurada Virgen María, según el misal romano para el tiempo ordinario, cuyos textos –de los que sólo es original el prefacio– se caracterizan por la «sobriedad romana».

El formulario concentra mensaje, meditación y oración en el título de «madre del Señor». Precisamente ésta es la denominación más frecuente, obvia y realista –y, por tanto, habitual– para referirse a María por parte los evangelistas.

### LECTIO

#### **Primera lectura: 1 Crónicas 15,3-4.15-16; 16,1s**

En aquellos días, <sup>3</sup> David convocó en Jerusalén a todo Israel para trasladar el arca del Señor al lugar que le había preparado. <sup>4</sup> Convocó a los hijos de Aarón y a los levitas. <sup>15</sup> Los levitas la transportaron apoyando los varales sobre sus hombros, como había dispuesto Moisés por orden del Señor. <sup>16</sup> David mandó a los jefes de los levitas que dispusieran ordenadamente a sus hermanos los cantores con todos los instrumentos musicales de acompañamiento –arpas, cítaras y címbalos– para tocar bellas y alegres melodías. <sup>16.1</sup> Introdujeron el arca de Dios y la colocaron en medio de la tienda que David había hecho levantar para ella. Ofrecieron holocaustos y sacrificios de comunión delante

de Dios. <sup>2</sup> Al acabar de ofrecerlos, David bendijo al pueblo en nombre del Señor.

La antología del libro veterotestamentario de las Crónicas selecciona algunos gestos dotados de una ritualidad solemne y única organizada por el rey David una decena de años después de haber sucedido a Saúl como monarca de Israel y de la conquista de Jerusalén (donde estableció su sede), o sea, en torno al año 1000 a. C. Se trata del traslado del arca, manifestación visible de la alianza del Señor Dios de Israel con su pueblo, a un pabellón algo más de acuerdo con la sacralidad del signo del arca respecto al habitáculo, muy modesto y provisional, que tenía en la casa del campesino Abinadab en Kiriat-Iearín, territorio de Judá, de la que tampoco se había preocupado David desde tiempos de Saúl (cf. 1 Cro 13,3).

El acontecimiento, transmitido primero de viva voz, pasó después a los escritos históricos, y entre ellos también a 2 Sam 6,1-23. El rey David proyectaba regalar al Señor una morada digna, un templo no menos fastuoso que los templos levantados por los otros pueblos a sus divinidades; un santuario exhaustivamente pedagógico, una arquitectura que instruyera sobre la majestad del Señor y que guiara a su presencia. Pero no será él, sino su hijo Salomón, el que construya el templo diseñado como única morada del único Dios de Israel: el arca esperará cerca de treinta y cinco años junto al palacio que David hizo construir para él, para su familia y para la corte. El rey, devoto y obsequioso con el Señor, era también un hábil estratega: la colocación del arca sobre la colina de Sión, en el centro de Jerusalén, capital del reino, confería un carácter sagrado a la ciudad, un carácter intangible al lugar de Dios, así como autoridad al mismo rey y a su política tenazmente unitaria.

El rito de entronización sigue la normativa mosaica concerniente a la conducta respecto al arca. Su carácter

sagrado no permitía proximidades profanas y, en consecuencia, sólo los sacerdotes y los levitas podían acercarse y tocarla en calidad de siervos de ella. Al pueblo y al propio rey sólo se les permitía una alejada devoción y una veneración ansiosa. Pese a ello, el arca davídica estaba rodeada por la alegría de todo un pueblo.

### Evangelio: Lucas 1,39-47

<sup>39</sup> En aquellos días, María se puso en camino y se fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. <sup>40</sup> Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. <sup>41</sup> Y cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño empezó a dar saltos en su seno. Entonces Isabel, llena del Espíritu Santo, <sup>42</sup> exclamó a grandes voces:

–Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. <sup>43</sup> Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? <sup>44</sup> Porque en cuanto oí tu saludo, el niño empezó a dar saltos de alegría en mi seno. <sup>45</sup> ¡Dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

<sup>46</sup> Entonces María dijo:

<sup>47</sup> Mi alma glorifica al Señor  
y mi espíritu se regocija  
en Dios mi Salvador.

La exclamación de Isabel dirigida a María –«*la madre de mi Señor*» (v. 43)– resalta entre sus palabras de saludo a la joven pariente que ha venido desde Galilea a su casa. Son palabras inspiradas por el Espíritu Santo. El Espíritu ya estaba presente en la intimidad de María –pues había descendido sobre ella tal como había afirmado el ángel del anuncio–, y a él debemos atribuir también el cántico que brota de la virgen madre como continuación de las palabras de la esposa de Zacarías. Y el Espíritu Santo manifestará su propia identidad neotestamentaria en Pentecostés treinta y tres años después de ese encuentro en Ain Karin entre las dos madres que habían recibido cada una un hijo como don: la madre de Juan, por gracia tras innumerables súplicas; la madre de Jesús, en virtud de su propia disponibilidad como sierva del Señor.



El evangelista Lucas no se propone investigar sobre la conciencia de Isabel respecto al Espíritu Santo: al referir después de Pentecostés el resultado de su cuidadosa investigación sobre todas las circunstancias relacionadas con los acontecimientos conexos a la fe de la comunidad eclesial, reconoce la inspiración del Espíritu pentecostal en las palabras de Isabel. Sólo el Espíritu podía poner en labios de una mujer veterotestamentaria unas palabras que configuran la profesión de fe en el hijo de María, Jesús de Nazaret, constituido por Dios Cristo y Señor (Hch 2,36).

Aunque cubierto por el velo del misterio, el Espíritu anuncia e instruye sobre el señorío de Cristo, al margen de la rigidez de las divisiones cronológicas. Ésa es la convicción de la comunidad lucana con respecto a la manifestación de la identidad de María como madre del Señor y, al mismo tiempo, de la identidad del hijo de ella como Señor. Esas palabras brotadas del Espíritu constituyen una catequesis ulterior para la propia María y confirman su fe en su propio hijo como Señor.

### MEDITATIO

La expresión *mater Domini* empleada por el evangelio de Lucas no es habitual en las fórmulas eucológicas de la piedad popular mariana, tanto en la antigua como en la actual. Es justo lo contrario de lo que ocurre con *mater Dei*.

La piedad popular ha invocado desde hace siglos a la madre del Señor como *foederis arca*, «arca de la alianza». El símbolo es el *arca* veterotestamentaria. María es el templo que acoge al Verbo, que se hace carne y viene a habitar en medio de nosotros (Jn 1,14) en la plenitud de los tiempos, cuando Dios envía a su propio Hijo, nacido de mujer, para dar al hombre la filiación divina

(Gál 4,45s). María acoge al Verbo en su identidad completa de persona. Acoge al Verbo como palabra, es decir, mensaje, y orienta su vida de fe en obediencia a ella, como reconoce la misma Isabel (Lc 1,45).

El arca antigua reverberaba un halo de santidad en el lugar donde estaba colocada y, por su parte, María lleva en ella al santo de los santos, el mismo Hijo de Dios (1,35), y, en consecuencia, ella misma es Santa María. El arca estaba rodeada por la alegría del pueblo; María es *causa nostrae laetitiae*, «causa de nuestra alegría» (formulario número 34). El arca servirá para la unidad de la nación israelita; María es madre de la unidad (formulario número 38).

### ORATIO

Virgen santa, fuiste la predilecta del Padre eterno, que te eligió para ser madre de su Hijo. Ahora bien, en él, eres también madre de la Iglesia y de cada cristiano.

Vienes siempre, solícita, a nosotros, del mismo modo que fuiste a la casa de Isabel, llevando el fruto bendito de tu vientre.

Ven siempre, llena de gracia, a nosotros, para darnos al autor de nuestra salvación. No cesaremos de llamarte con el dulce nombre de «madre».

Y danos tu palabra, que nos lleva por el camino recto; tu ejemplo, que nos atrae al seguimiento de Cristo; tu oración, que nos obtiene el perdón y la paz.

### CONTEMPLATIO

El Espíritu Santo había enseñado a María a esconder sus propias cosas con la humildad y a alegrarse con los otros bienes con la caridad. Se levanta de inmediato y lo

hace con la gracia que desciende sobre ella, de suerte que ve presente en ella lo que había oído y creído de sí misma.

La que corrió dispuesta a anunciar los bienes ajenos, debió oír anunciar los suyos por otros, de modo que también por esto crece su gloria, a saber: por el hecho de que no envidiaba la exaltación de otro. Por eso Isabel, llena del Espíritu Santo, reconoció lo que había sucedido y, considerándose indigna de su visita, dijo: «*Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? Porque en cuanto oí tu saludo, el niño empezó a dar saltos de alegría en mi seno. ¡Dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.*»

Entonces dijo María: «*Proclama mi alma la grandeza del Señor*». No pudo contenerse ya cuando vio que, a través de los labios de una boca extraña, había explotado el Espíritu que ella sentía rebosar con tanta abundancia en los recesos de su corazón. Así, ante la manifestación del Espíritu, abrió la boca y, profiriendo la buena palabra que había concebido para alabanza del Salvador, exclamó: «*Proclama mi alma la grandeza del Señor*» (Hugo de San Víctor, *Explanatio in canticum beatae Mariae*).

## ACTIO

«*Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre*» (Lc 1,42). El rezo del rosario es un recorrido con María hacia la potenciación de la experiencia de Cristo: en memoria de Santa María, madre del Señor, elige y reza alguno de los «misterios» del rosario.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Por su proximidad y configuración con Jesucristo (virginidad, maternidad, santidad), María es el modelo humano y teologal

femenino y cordial que debemos imitar: ella es modelo de fe porque es testigo creíble de Cristo e icono del creyente; ella, que acogió las actitudes de fe y las enseñanzas de Jesús, las desarrolló en su tiempo, mostrando en su propia carne que los valores que vivió y las propuestas que hizo conducen a la autorrealización. Por eso la madre del Señor como testigo-modelo fue colocada en el interior de una comunidad (la Iglesia) y de una larga tradición (*parádoxis Ecclesiae*) que, «con diferentes modalidades, los reviste de valor simbólico, haciéndolos así idóneos para ser estímulos de una nueva creatividad en la vida espiritual. Desde este punto de vista es importante que la elaboración de María de Nazaret como modelo no se realice de una manera abstracta, sino que tenga en cuenta tanto su realidad histórica como la comunidad y la tradición en las que se ha mantenido viva y se ha transmitido concretamente su memoria, y que, en nuestro caso, es la Iglesia católica» [...]. La Virgen, glorificada por el amor trinitario, plenamente realizada en la eternidad de su Hijo y Señor, es para los creyentes –aunque también para muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo que no «esperan en lo trágico» de una manera estéril– la mujer icono del Misterio escatológico y, como el icono, constituye la «visión de las cosas que no se ven». La madre del Señor es el fragmento realizado en el Todo, la mujer realizada (S. Perrella, *María Vergine e Madre. La verginità feconda di Maria tra fe, storia e teologia*, Cinisello Balsamo [Mi] 2003, 265s).

## El santo nombre de la bienaventurada Virgen María

El misal romano contiene una misa votiva del Santísimo Nombre de María, en la que únicamente la oración «colecta» es propia. Sin embargo, la conmemoración del Santísimo Nombre de la Virgen se venera el día 12 de septiembre en muchas iglesias locales y en no pocos institutos religiosos con un formulario casi idéntico en todos. El formulario, que se propone ahora, ha sido tomado, a excepción del prefacio y con ligeros cambios, del propio de las misas de la Sociedad de María (marianistas). El nombre de María se pronuncia con veneración y nos acercamos a él con atención: es glorioso, santo, maternal, providente.

### ·LECTIO

#### **Primera lectura: Eclesiástico 24,23-31**

<sup>23</sup> Como vid hermosa retoñé:  
mis flores y frutos son bellos y abundantes.

<sup>24</sup> Yo soy la madre del amor puro y del temor,  
del conocimiento y de la esperanza santa.

<sup>25</sup> En mí está toda gracia de camino y de verdad;  
en mí, toda esperanza de vida y de virtud.

<sup>26</sup> Venid a mí los que me amáis  
y saciaos de mis frutos,

<sup>27</sup> porque mi nombre es más dulce que la miel y poseerme es mejor que los panales.

<sup>28</sup> Mi recuerdo durará de generación en generación.

<sup>29</sup> El que me come tendrá más hambre, el que me bebe tendrá más sed;

<sup>30</sup> el que me escucha no fracasará;

el que me pone en práctica no pecará;

<sup>31</sup> el que me honra poseerá la vida eterna.

La perícopa selecciona algunos versículos del capítulo 24 del libro del Eclesiástico, que exalta la sabiduría y comienza casi introduciendo su biografía: «*La sabiduría hace su propio elogio, se gloria en medio de su pueblo; en la asamblea del Altísimo abre su boca, se gloria en presencia del Poderoso*» (Eclo 24,1s). El libro fue apreciado muy pronto por la comunidad cristiana, que escuchaba su lectura en la asamblea, como dice también su título latino: *Ecclesiasticus*.

La intención de su autor, Ben Sirá, que escribió en los años 190-180 a. C., es claramente pedagógica: incentivar al discipulado y al seguimiento de la sabiduría, porque «*toda sabiduría viene del Señor y está con él por siempre*» (1,1). Su didáctica es bastante fácil: prevalecen las imágenes y las referencias a la experiencia diaria abordable por cualquier persona.

La perícopa que constituye la primera lectura es el fragmento de un bordado de símbolos vegetales, reconocido cada uno con su propio nombre, embellecido con toques poéticos, interpretado con intenciones pedagógicas. La vid y la miel son los dos elementos que cierran el elenco de los símbolos, descritos con el género literario del paralelismo. Otros contextos bíblicos con las mismas imágenes confirman el significado de estos símbolos. La vida podría llevar el nombre de «abundancia»; la miel podría llevar el de «exquisitez»; los «retoños» de la vid equivalen a la maduración de una personalidad armónica y realizada poco a poco. El sabor insuperable de la miel equivale a la dulzura de la Palabra de Dios,

que sacia pero no agota la expectativa de una ulterior degustación. Rodeada de tales calidades, todo el mundo se sentirá incentivado a acercarse a la sabiduría y a sentarse junto a ella, como un comensal asiduo.

### **Evangelio: Marcos 6,1-6 (del apéndice n. 20)**

En aquel tiempo, Jesús <sup>1</sup> salió de allí y fue a su pueblo acompañado de sus discípulos. <sup>2</sup> Cuando llegó el sábado se puso a enseñar en la sinagoga. La muchedumbre que lo escuchaba estaba admirada y decía:

–¿De dónde le viene a éste todo esto? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros hechos por él? <sup>3</sup> ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿No están sus hermanas aquí entre nosotros?

Y los tenía desconcertados.

<sup>4</sup> Jesús les dijo:

–Un profeta sólo es despreciado en su tierra, entre sus parientes y en su casa.

<sup>5</sup> Y no pudo hacer allí ningún milagro. Tan sólo curó a unos pocos enfermos imponiéndoles las manos. <sup>6</sup> Y estaba sorprendido de su falta de fe.

Jesús recorría las aldeas del contorno enseñando.

Marcos y Mateo (13,53-58) cuentan el retorno de Jesús a Nazaret –por primera y última vez desde el comienzo de su misión itinerante fuera del pueblo de su familia– como un episodio avanzado con suficiente tranquilidad, aunque vetado de guiños dialécticos. Lucas (4,16-30) lo narra de forma distinta y subraya su dramaticidad. En todo caso, los tres sinópticos concuerdan en el hecho de encontrar una actitud oscilante en la gente: admirados y tal vez orgullosos por la sabiduría que descubren en uno de sus paisanos de Nazaret, lugar que llevaba la fama de que nada bueno podía salir de él (Jn 1,46); hostiles y hasta vengativos tras el amargo reproche por su incredulidad. Jesús era muy conocido en el pueblo donde ha-

bía vivido desde su vuelta de Egipto y del que nunca había salido, excepto para la peregrinación a Jerusalén con José y María. La sorpresa de los habitantes de Nazaret, que se transforma en aversión, está justificada por su familiaridad con este carpintero: conocen a su padre y a su madre, su oficio y el de José, el nombre de sus parientes más allegados. En consecuencia, Jesús no tiene derecho a erigirse en maestro suyo, abusando además del privilegio que se le concedió de leer las santas Escrituras en la sinagoga, hasta atreverse a identificarse con los oráculos del profeta Isaías (Lc 4,17-21) y arrogarse una tarea de fustigador que, a lo sumo, competía a los profetas auténticos y, en última instancia, al mesías. Marcos omite la mención de José de la lista de los parientes, a diferencia de Mateo (13,55) y Lucas (4,22).

La familia de Jesús era numerosa, poblada de hermanos/primos –a cuatro de los cuales se les cita aquí por su nombre– y por un número no precisado de hermanas/primas. Vivían todos en el pueblo y la familia era respetada: nadie podía murmurar nada malo de ella, sino todo lo contrario. María aparece aquí como cabeza de familia; por consiguiente, como una mujer dotada de autoridad, como una madre digna de veneración. Sus paisanos se escandalizan de su hijo Jesús. La excesiva familiaridad debilita o anula la capacidad de sorpresa y de acogida de la novedad.

## MEDITATIO

«El Señor me llamó desde el seno materno, desde las entrañas de mi madre pronunció mi nombre» (Is 49,1). Esta convicción abre el segundo canto del siervo del Señor, consciente de la elección que Dios ha hecho de él, que está grabada en su nombre. La cultura bíblica atribuye una importancia esencial al nombre de las personas: el nombre no sólo identifica, sino que equivale a la

persona. El nombre asignado al hijo de María, Jesús, contiene la identidad del que salva a su pueblo de sus pecados (Mt 1,21).

El nombre de María no lleva en la Biblia proyectos personales relevantes, sino que, por el contrario, tiene un significado incierto. Entre los discípulos y la gente cercana a Jesús hay algunas mujeres que llevan este nombre: es su identidad la que va a cualificar su propio nombre como el de personas acogedoras, serviciales, atentas, confiadas, afectuosas, solidarias. El nombre de María de Nazaret se eleva a una altísima significatividad tras su identificación como madre de Jesús.

En nuestros días, el nombre de María, en cualquier lengua que se pronuncie, modula ternura maternal, sublimidad virginal, disponibilidad misericordiosa, generosidad protectora. La traducción española lee en Lc 1,27: «*La virgen se llamaba María*»; el texto griego y el latino escriben: «el nombre de la Virgen María», sin verbo. En consecuencia, hasta una pequeña frase como ésta abre espacios de meditación consoladores y confirma inspiraciones fecundas: *es* María el nombre; *María está* presente constantemente. María no es sólo del pasado, sino que es sobre todo una mujer del presente.

## ORATIO

Recuerda, Virgen María, tu corazón manso y tan humano, que jamás nadie sufrió descortesía al orarte en vano. No, jamás nadie te pidió con confianza la seguridad sin obtener tu asistencia, sin experimentar tu dulzura.

Madre, con verdadero arrepentimiento, me atrevo a invocar tu nombre santo, y, aunque pecador, espero ser protegido por tu manto.

Muestra tu clemencia,  
impetra de tu mismo Hijo  
el arrepentimiento y la indulgencia  
del gran mal que he cometido.

Seme propicia, sálvame de la zona negra,  
que mis pecados y malicia son para ti poca cosa,  
oh Bondadosa

(Luis María Grignon de Monfort).

### CONTEMPLATIO

Oh santísima María, sierva y madre del Verbo, a quien el nacimiento hace aparecer virgen y cuya virginidad demuestra la verdad de su ser madre, acoge en el seno de tu inmensa piedad al pueblo que recurre a ti; con tu profuso sentimiento de amor, apacienta el rebaño que el hijo nacido de ti rescató con su sangre. Tú que alimentaste al Creador, da tu leche a cuantos deben ser regenerados. Y, como recompensa al servicio a ti prestado, glorifica a cuantos ves ofrecerte su obsequio.

Haz que nosotros, oh María, experimentando alegría al llevar el yugo de su servicio, seamos defendidos por tu intercesión, y haz que obtengamos vivir perennemente y alcancemos, eliminadas las manchas de los pecados, a Aquel de quien te veneramos como madre, a fin de que tú, con tu gran amor, nos defiendas de este mundo y el hijo nacido de ti nos tenga junto a él en el otro, destinados a reinar para siempre (del *oracional visigótico*).

### ACTIO

«El Señor Dios te ha bendecido, Virgen María, más que a todas las mujeres de la tierra; ha glorificado tu nombre de tal modo que tu alabanza está siempre en la

boca de todos» (*antifona de entrada*). Reevocando con su propio nombre a algunas personas presentes o pasadas en tu vida, observa hoy lo más posible las «*grandes cosas*» que el Señor ha realizado en ellas.

### PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Tu nombre, María, significa todo... lo inexpresable. Y nosotros, que repetimos este nombre en la oración, lo sabemos mejor que muchos especialistas. Y precisamente porque lo sabemos, y lo experimentamos en el taller de nuestro corazón, no nos preocupamos de explicarlo, de precisarlo, de ponerlo en una fórmula. Nos basta con que ese nombre resuene en las paredes más sensibles de nuestro ser, con que provoque ecos insistentes, despierte nostalgias secretas, recuerdos profundos, llamadas discretas a las que no nos podemos resistir. Lo pronunciamos millones de veces. Y en ciertos momentos tenemos la impresión de descubrirlo, casi de inventarlo, por primera vez.

Es un nombre que nos expresa tu oscuridad luminosa, tu espléndida pobreza, tu pequeñez gloriosa, tu escondimiento que sólo un Dios podía ver y penetrar. Un nombre que nos habla de tu fe, de tu ser mujer fuerte, de tu pureza, de tu feminidad, que se convierte en instrumento de la revelación de Dios y colaboradora con el Espíritu. Un nombre que nos recuerda tu nada hecha capaz de contener al Absoluto, al Infinito.

Sin embargo, el tuyo es un nombre que no nos permite sólo proyectarte en las proximidades vertiginosas de Dios, sino que te hace cercana a nosotros. Si nos lo permites, María, te consideraremos como la vecina de nuestra casa, de nuestro rellano. El tuyo es un nombre que autoriza este enfoque. Precisamente gracias a este nombre familiar, que no somete, que anula las distancias, llamamos a tu puerta, nos asomamos al umbral de tu morada (A. Pronzato, *L'Ave Maria preghiera per tutti*, Milán 1991, 60s).



## Santa María, esclava del Señor

Algunos institutos religiosos dan culto a la bienaventurada Virgen bajo el título de «esclava del Señor», principalmente la Congregación de la Pasión de Jesucristo (pasionistas), de cuyo propio de misas ha sido tomada la mayor parte de los textos de esta misa, correspondiente al formulario número 22. Esta misa celebra el misericordioso designio de redención por el que Dios constituyó a su humilde esclava, madre y compañera de Cristo. El evangelio exalta el servicio como realeza.

### LECTIO

#### **Primera lectura: 1 Samuel 1,24-28; 2,1-2.4-8**

En aquellos días, Ana subió con el niño al templo del Señor en Siló llevando un novillo de tres años, una medida de harina y un odre de vino. <sup>25</sup> Cuando inmolaron el novillo y presentaron el niño a Elí, <sup>26</sup> Ana le dijo:

–Señor mío, te ruego que me escuches. Yo soy la mujer que estuvo aquí, junto a ti, rezando al Señor. <sup>27</sup> Este niño es lo que yo pedía, y el Señor me ha concedido lo que le pedí. <sup>28</sup> Ahora yo se lo cedo al Señor: por todos los días de su vida queda cedido para el Señor.

Y se postraron allí ante el Señor.

<sup>2.1</sup> Entonces Ana oró así:

Mi corazón se alegra en el Señor,  
mi fuerza está en mi Dios,  
mi boca se ríe de mis enemigos,  
porque gozo con tu salvación.

<sup>2</sup> No hay santo como el Señor,  
no existe otro como tú,  
no hay roca como nuestro Dios.

<sup>4</sup> El arco de los fuertes se rompe  
y los débiles se ciñen de valor.

<sup>5</sup> Los hartos se contratan en busca de pan  
y los hambrientos ya no se fatigan.

La mujer estéril da a luz siete hijos  
y la madre de muchos ya no concibe.

<sup>6</sup> El Señor da la muerte y la vida,  
hunde en el abismo y saca de él.

<sup>7</sup> El Señor empobrece y enriquece,  
humilla y exalta,

<sup>8</sup> levanta del polvo al miserable,  
saca al pobre del estiércol  
para sentarlo con los nobles  
y asignarle un puesto de honor.

Porque del Señor  
son los pilares de la tierra  
y sobre ellos asentó el orbe.

La perícopa es una selección de versículos de los dos capítulos que abren el primer libro de Samuel: contiene la historia de un servicio. El hijo de Elcaná y Ana, Samuel, pedido al Señor (1 Sm 1,20) por sus padres, fue llevado al lugar del culto y «*quedó al servicio del Señor junto al sacerdote Elí*» (2,11). Su madre, afligida por la esterilidad, había llorado ante el Señor, más humilde que una esclava: «*Señor todopoderoso, si te dignas mirar la aflicción de tu sierva y te acuerdas de mí, si no olvidas a tu sierva y le das un hijo varón, yo lo consagraré al Señor por todos los días de su vida*» (1,11).

Ana repite también su convicción de «sierva» ante el sacerdote Elí (cf. 1,16.18), que malinterpreta su llanto orante. Ana era consciente de la condición de sumisión

en la que la cultura de la época mantenía a la mujer (como una sierva) y, sin embargo, no rebaja el orgullo de su verdad ante el sacerdote. Y se postra ante el Señor Dios con la conciencia de una esclava (la traducción emplea un vocablo muy fuerte, repetido tres veces), pero también se levanta con la confianza de una mujer dolorida y de la madre negada.

Ana no se siente anulada bajo el peso de sus palabras, que perfilan su propia identidad como «sierva» respecto al hombre y «esclava» en relación con Dios. Experimenta y reconoce que la acción benévola del Señor no queda detenida por esa situación humilde y servil, porque «*levanta del polvo al miserable, saca al pobre del estiércol*» (2,8). Una mujer –primero afligida por ser pobre de vitalidad, y en consecuencia incapaz de dar vida, y, después, exultante por haber sido enriquecida con la esperada maternidad, que le permite ponerse al servicio de la vida– reconoce que «*no hay santo como el Señor... y sus obras son rectas*» (2,2.3). El testimonio a través de un gesto visible y del cántico de gratitud equivale a un elevadísimo servicio al Señor.

### Evangelio: Mateo 1,18-23 (del apéndice n. 17)

<sup>18</sup> El nacimiento de Jesús, el Mesías, fue así: su madre, María, estaba prometida a José y, antes de vivir juntos, resultó que había concebido por la acción del Espíritu Santo. <sup>19</sup> José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió separarse de ella en secreto. <sup>20</sup> Después de tomar esta decisión, el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

–José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María como esposa tuya, pues el hijo que espera viene del Espíritu Santo. <sup>21</sup> Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados.

<sup>22</sup> Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había anunciado el Señor por el profeta:

<sup>23</sup> *La virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel. (que significa Dios con nosotros).*

La perícopa de Mateo explicita la información con la que concluye la lista genealógica de Jesús: «*Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Mesías*» (Mt 1,16). El comienzo del fragmento no prosigue narrando cómo tuvo lugar el nacimiento de Jesucristo, acontecimiento que, por lo demás, ningún hagiógrafo se ha aventurado a narrar –ni siquiera Lucas, el más atento a los hechos concernientes a María, la virgen madre–, un signo, y no ínfimo, de lo inefable que fue aquel nacimiento.

En su primera aparición en la historia de Cristo, José aparece también como siervo, al igual que María según la narración de Lucas. José es un siervo silencioso –los evangelios no recogen ni una palabra suya– y es un siervo activo: «*Hizo lo que el ángel del Señor le había mandado: recibió a su esposa y, sin tener relaciones conyugales, ella dio a luz un hijo, al que José puso por nombre Jesús*» (1,24s: versículos omitidos por el leccionario).

José es también un siervo «justo»: la justicia veterotestamentaria permitía el repudio al hombre, poniendo a la mujer en una condición odiosa y atribulada, y hasta preveía el castigo del adulterio con la lapidación; la justicia neotestamentaria supera el error e incluso el pecado, envolviéndolos de misericordia, perdón, amor. José llega a la justicia del amor. No exige encontrar en sus pensamientos ninguna explicación sobre la evidencia de la maternidad incipiente de la esposa prometida, y tampoco espera ninguna aclaración de otra parte: se limita a retirarse, sin saber que aquella maternidad era obra del Espíritu Santo, manifestación de la identidad de Dios que él desconocía aún.

El Señor no abandona a un siervo suyo confiado y humilde y José recibe la explicación en un sueño –lugar habitual del encuentro con el Invisible–: no debe temer, pues ese hijo viene del Espíritu Santo. La disponibilidad del esposo de María califica también a José como siervo

del Espíritu Santo. Y también como siervo de la vida germinada en María por obra del Espíritu Santo.

## MEDITATIO

María se calificó a sí misma, antes que nadie, como sierva del Señor. En ninguna otra página del Nuevo Testamento es llamada por otros «sierva», sino mujer o madre. Parece una ofensa o una merma considerar a alguien como siervo o sierva; a nadie le gusta considerarse así: todos se deshacen en elogios por los servicios recibidos o constatados, todos se sienten gratificados por los servicios que prestan o proyectan prestar.

Los protagonistas del evangelio, en cambio, no tienen miedo de ser siervos. Algunas parábolas de Jesús presentan al siervo como una instrucción para incentivar o amonestar. Es siervo quien permanece disponible. Y la bienaventuranza del siervo bueno y fiel está garantizada. Jesús mismo, aunque no usa para él la palabra «siervo», se presenta como quien ha venido al mundo para hacer la voluntad del Padre –de la que se nutre como de un alimento indispensable– y, por consiguiente, a servir.

En el nivel elevado del concepto, nadie niega la validez y la fascinación que produce la figura de semejante siervo: la autenticidad de esa convicción y la honestidad de la intención se comprueban en lo visible de su coherencia. Esa visibilidad se puede cuantificar con la medida de la coherencia: según la traducción de la Palabra de Dios en la laboriosidad constante, porque es siervo auténtico el que se comporta de manera disponible para que se haga en él «según tu palabra»; según la carga de la caridad, porque el mismo Señor se hizo siervo por amor; según el discipulado respecto al Espíritu, porque él distribuye sus dones a cada uno para el servicio de la utilidad común.

## ORATIO

Tú que eras asidua a las Escrituras, intuiste algo del misterio escondido en las palabras arcanas que el ángel hizo resonar en tu corazón y, tras la inmediata y humana turbación, les diste tu adhesión de fe, declarándote «sierva» de la divina voluntad.

Fuiste sierva en todos los instantes de tu vida, vivida junto a aquel Hijo... Por eso te sientas ahora como reina junto al trono de Cristo Señor, desde donde intercedes por nosotros para conseguirnos gracia y piedad. Enséñanos, hermana y madre, a comprender que sólo sirviendo a Dios y a los hermanos podemos encontrar, como tú, la plenitud de vida y de alegría.

## CONTEMPLATIO

Dice María: «*He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra*» (Lc 1,38). Ciertamente manifiesta una gran firmeza en la humildad aquella que, habiendo sido elegida para madre de su Creador, se llama a sí misma «sierva».

Las palabras del ángel la declaran «*dichosa entre las mujeres*» y se manifiestan los misterios de nuestra redención, desconocidos hasta ahora por los otros mortales. Sin embargo, María no se exalta por su singular y excelente privilegio, sino que, recordando su condición y la divina condescendencia, se une humildemente a las siervas de Cristo y se pone a su servicio, obediente a lo que se le mande.

«*Hágase en mí según tu palabra*», es decir, hágase que el Espíritu Santo, al bajar sobre mí, me haga digna de los misterios celestes; hágase que el Hijo de Dios se vista con el hábito del ser humano en mi seno y que como esposo salga de la estancia nupcial para la salvación del

mundo (Beda el Venerable, *Homilía para la fiesta de la Anunciación de la bienaventurada Virgen María*, 1).

## ACTIO

«El Señor se ha fijado en la humildad de su esclava» (*antífona del evangelio*). Siguiendo el ejemplo de María, explicita tu conciencia en las acciones de hoy entendidas como servicio en el nombre del Señor.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«*Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices*» (Lc 1,38). Esta respuesta indica perfectamente en qué consiste la humildad de María. La actitud de María en el episodio de la anunciación es una actitud de singular objetividad. No hay aquí ninguna nota de carácter psicológico. El estado de ánimo de María no está centrado en su persona. María se pone entre paréntesis, si puedo hablar así. Lo que le interesa no es su persona, sino la Palabra del Señor. Ella no quiere ser otra cosa que la esclava de esta Palabra. Sólo desea una cosa: que suceda en ella según la Palabra de la que el ángel había sido portavoz. Ésta es la humildad de María. Y en este sentido se puede decir que María se hace pequeña, desaparece detrás de la Palabra de Dios. No tenemos que vérnoslas aquí con una humildad humana, psicológica, subjetiva. Dios ha hablado. Y ante su Palabra, el alma obediente no puede hacer otra cosa que decir: «Así sea, que me suceda según la Palabra que se ha dicho». En cuanto a los medios y a los obstáculos, la gracia se encargará de todo.

La humildad de la esclava es inseparable de la Palabra. Sobre todo en el caso de María, puesto que el niño que María dará a luz será la Palabra misma de Dios hecha carne. Otros pasajes del evangelio sacan a la luz la relación de María y de su humildad con la Palabra. Por ejemplo: «*Una mujer de entre la multitud dijo en voz alta: Dichoso el seno que te llevó y los pe-*

chos que te amamantaron. Pero Jesús dijo: Más bien, dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica» (Lc 11,27s). [...] La humildad de María no consiste en decir: «No soy digna», sino que se expresa más bien con estas simples palabras: «Que me suceda según dices» (Lc 1,38) (L. Gillet, *Maria, luce di compassione*, citado en Comunità di Bose [ed.], *Lettura dei giorni*, Casale Monf. [AI] 2000, 36-38).

## 15

## La bienaventurada Virgen María, templo del Señor

El templo es en la Sagrada Escritura el lugar de la presencia de Dios; en el Nuevo Testamento, el símbolo del templo alcanza su culminación en Jesucristo: en él habita corporalmente la plenitud de la divinidad. Y también a la Iglesia se la llama templo, así como a cada bautizado. La bienaventurada Virgen María es templo santo por una razón absolutamente especial: al llevar en sus propias entrañas inmaculadas al Verbo encarnado, se ha convertido en el verdadero templo del verdadero Dios; al guardar la Palabra en su corazón, al amar ardentemente a Cristo y observar fielmente su palabra, el Padre y el Hijo vinieron a habitar junto a ella. Esto es lo que explicita el formulario número 23.

### LECTIO

#### Primera lectura: 1 Reyes 8,1-7.9-11

En aquellos días, <sup>1</sup> Salomón convocó en Jerusalén a los ancianos de Israel y a todos los jefes de tribu y cabezas de familia de los israelitas, para trasladar el arca de la alianza del Señor desde la ciudad de David (es decir, Sión). <sup>2</sup> Se reunieron en torno al rey Salomón todos los israelitas el mes de Etanín, que es el mes séptimo, con motivo de la fiesta. <sup>3</sup> Cuando llegaron los ancianos de Israel, los sacerdotes tomaron el arca <sup>4</sup> y

la subieron junto con la tienda del encuentro y todos los utensilios sagrados que había en ella. La subieron los sacerdotes y los levitas. <sup>5</sup> El rey Salomón, y toda la asamblea de Israel con él, inmolaron ante el arca ovejas y toros en gran cantidad. <sup>6</sup> Los sacerdotes dejaron el arca de la alianza del Señor en su lugar, en el camarín del templo, es decir, en el lugar santísimo, bajo las alas de los querubines. <sup>7</sup> Los querubines tenían las alas extendidas sobre el lugar en el que se encontraba el arca, cubriendo el arca y sus varales. <sup>9</sup> En el arca no había más que las dos losas de piedra, depositadas en ella por Moisés en el Horeb, cuando el Señor hizo la alianza con los israelitas a su salida de Egipto. <sup>10</sup> Mientras los sacerdotes salían del lugar santo, una nube llenó el templo del Señor, <sup>11</sup> de modo que los sacerdotes no podían officiar, por causa de la nube. La gloria del Señor llenaba el templo.

En torno al año 960 a. C., tras siete años de solícitos y costosos trabajos de construcción, el rey Salomón inaugura en Jerusalén el templo consagrado al Señor Dios de Israel, un proyecto que su padre, David, había esbozado unos treinta y cinco años antes, pero que no había estado en condiciones de ejecutar.

El relato recopilatorio ocupa el capítulo 6 del primer libro de los Reyes. El templo y el palacio real contienden en fama y en fasto: ambos lugares presumen de exaltar los dos únicos señoríos a los que se somete Israel: su propio Dios y su propio rey, aunque también el rey es servidor del Señor Dios.

La perícopa que hemos leído resume el rito de la entronización del arca, conclusión del rito celebrado por el mismo David (formulario número 19: 1 Cro 15). La ritualidad de Salomón resulta más solemne y va acompañada de una auténtica liturgia, en la que destacan la teofanía con la que el Señor entra a habitar en la casa a él dedicada, los numerosos sacrificios, la oración de Salomón en nombre propio y por el pueblo, las reevocaciones de la historia. En estas últimas se hace evidente la intención del rey: *«He dispuesto en él [el templo] un lugar para el arca de la alianza del Señor, la alianza que*

*hizo con nuestros antepasados cuando los sacó de Egipto»* (1 Re 8,21).

El arca configura, por consiguiente, el centro del templo, la memoria visual del pacto firmado por el Dios de Israel sobre tablas de piedra, la estabilidad de la teofanía. El templo arquitectónico era, ciertamente, el palacio de Dios, pero estaba abierto en un grado variable a cada uno; el arca es el centro en torno al cual converge el «santo de los santos» –espacio reservado únicamente a Dios, un perímetro exiguo, pero ilimitado en la simbología evocadora de un Dios que no admite parangón con ninguna otra divinidad ni arriba en los cielos ni abajo en la tierra (8,23)–. La solemnidad del rito convoca a las autoridades y al pueblo en una liturgia verdaderamente nacional y unitaria: signo de la fe de todo Israel en su propio Dios y Señor.

### **Evangelio: Lucas 1,26-38**

En aquel tiempo, <sup>26</sup> envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, <sup>27</sup> a una joven prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la joven era María. <sup>28</sup> El ángel entró donde estaba María y le dijo:

–Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo.

<sup>29</sup> Al oír estas palabras, ella se turbó y se preguntaba qué significaba tal saludo. <sup>30</sup> El ángel le dijo:

–No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. <sup>31</sup> Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. <sup>32</sup> Él será grande, será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, <sup>33</sup> reinará sobre la estirpe de Jacob por siempre y su Reino no tendrá fin.

<sup>34</sup> María dijo al ángel:

–¿Cómo será esto, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?

<sup>35</sup> El ángel le contestó:

–El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios. <sup>36</sup> Mira, tu pariente Isabel tam-



bién ha concebido un hijo en su vejez y ya está de seis meses la que todos tenían por estéril.<sup>37</sup> Porque *para Dios nada hay imposible*.

<sup>38</sup> María dijo:

–Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices.  
Y el ángel la dejó.

La ritualidad descrita en la lectura precedente nos ofrece un módulo de interpretación del anuncio a María: la presencia de Dios en medio de su pueblo, Israel, que le ha dedicado una casa consagrada en la que habita de manera estable. En algunas expresiones empleadas por Lucas resuenan fragmentos de aquel rito. El hijo dado a María por Dios se sentará en el trono de David, que proyectó la construcción de una casa a Dios; como aconteció el día de la consagración del templo, el Altísimo cubre a María con su sombra poderosa; la fuente de la vida del que nacerá santo e Hijo del Altísimo es una energía espiritual. A diferencia de la teología veterotestamentaria, convencida de la unicidad de su propio Dios, decidido a habitar en medio de su pueblo en la única morada estable, el anuncio de María pone en marcha la conciencia y la veracidad de la sustitución del templo de piedras por la persona como habitación de Dios. María es primicia de cuantos serán templo del Señor.

La maternidad tal como le fue anunciada atestigua esa novedad. Las palabras *«concebirás y darás a luz»* (v. 31) explicitan el itinerario de la maternidad. La Biblia recuerda a otras madres: madres humanas de un hijo humano. Isabel es una madre agraciada por Dios, que acaba por atender sus infatigables súplicas de que le conceda un hijo: Juan, lleno del Espíritu Santo, grande ante el Señor, cubierto por la mano del Señor (Lc 1,15-16.66), es un hombre. María es una madre singular: madre humana, mas para una maternidad concebida de manera sobrehumana, madre por obra del Espíritu Santo. Su hijo

es humano, pero, al mismo tiempo, divino. Jesús es el Señor; María es la madre de Jesús, el Señor. La virgen madre es habitación de Dios. Su conciencia de esa identidad irá madurando a través de la verificación de la palabra anunciada y de la experiencia de su cumplimiento. Las palabras *«que me suceda según dices»* (v. 38) expresan una disponibilidad confiada al mensajero divino para seguir siendo morada de Dios.

## MEDITATIO

*«¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?»* (1 Cor 3,16). *«Nosotros somos el templo del Dios vivo»* (2 Cor 6,16b). *«Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular en quien todo el edificio, bien trabado, va creciendo hasta formar un templo consagrado al Señor, y en quien también vosotros vais formando conjuntamente parte de la construcción, hasta llegar a ser, por medio del Espíritu, morada de Dios»* (Ef 2,21s). *«El Espíritu habita en vosotros [...] Cristo está en vosotros»* (Rom 8,9). Pablo, un fariseo celoso tanto como celoso discípulo, conocía la «teología del templo», hacia el que nunca cesó de mostrar veneración y respeto; sin embargo, en la evolución de su fe traslada la habitación de Dios desde el templo arquitectónico de Jerusalén a la persona viva del hombre.

La persona es lugar de Dios: el Padre, Cristo, el Espíritu. María es templo de Dios, porque en su feminidad se encarna el Hijo de Dios, porque su interioridad está animada por el Espíritu Santo. Su maternidad es singular e inimitable, y su discipulado respecto al Espíritu es ejemplar como una inspiración. El Espíritu no aletea en la exterioridad, sino que mora en el interior de la persona. El «problema» no es la «teología de la inhabitación», sino la calidad de la conciencia y de la disponibi-

lidad por parte de cada uno de nosotros los creyentes para que «suceda en nosotros según su palabra». Escuchar o afirmar que la persona es templo del Señor no es imagen, exaltación mística, sublimación, sino algo completamente distinto: es certeza de fe y de experiencia; es asunto de valoración para todas las personas de manera indiscriminada.

### ORATIO

«*El que me ama se mantendrá fiel a mis palabras. Mi Padre lo amará, y mi Padre y yo vendremos a él y viviremos en él*» (Jn 14,23).

¿Quién ha escuchado más que tú, Virgen María, la Palabra del Señor, dejándose fecundar por su Espíritu hasta darle carne humana? Verdaderamente tú eres el templo santo de Dios, el arca de la nueva Ley, la morada del Dios-con-nosotros. Tus hijos miramos hacia ti a fin de que siga viva en nuestro corazón la memoria de la vocación bautismal: ser lugar de la divina presencia.

Haz que nunca contristemos esta presencia, sino que podamos honrarla con una vida recta y reconocerla en las otras personas, ofreciéndoles respeto y servicio.

### CONTEMPLATIO

El Señor, que todo lo llena, encerró su majestad en un seno. ¿Cómo puede un mar de fuego entrar en un simple vaso? Pues sí, es posible y verdad. Así es como el Verbo habitó en un seno. El Señor misericordioso rebajó su majestad, eligió a María, habitó en ella, se manifestó por medio de ella y nos liberó a nosotros de la perdición.

Todas las generaciones conocían el valor de este tesoro y lo proclaman a nuestra generación a la que le fue

concedido. Aquéllas esperaban verlo, pero sólo tocaron su riqueza en sueño. A nosotros, en cambio, se le ha entregado; había pasado a través de las generaciones como un tesoro sellado, llenándolas de estupor. ¿Cuándo, pues, se abrirá el tesoro? Los santos, los profetas, los reyes y los justos habían deseado palparlo.

Las alturas, las profundidades y todo cuanto contienen aplaudan con alegría y eleven cánticos de alegría al Unigénito de Dios, que había dejado el dorso de los serafines y se eligió el seno virginal de la hija de David. Éste lo llevó e hizo pública su gloria. Sin abandonar a su Padre, dio testimonio de su misterio; él, el Ilimitado, se hizo niño por propia voluntad y exalta a su Iglesia a los cuatro extremos de la tierra (de la liturgia de la Iglesia siro-occidental, *Fanquito IV*).

### ACTIO

«Dios te salve, Santa María, templo de justicia, templo de piedad para nosotros, pecadores» (*antífona del evangelio*). El templo representa un lugar sagrado habitado por Dios y respetado por el fiel: que la liturgia te induzca hoy a traducir el mensaje en la consideración de tu persona, que también es templo del Espíritu.

### PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Dios no está ligado a las piedras, sino que se compromete con hombres vivos. El sí de María le abre el espacio donde puede plantar su tienda. Ella se convierte para él mismo en tienda, y así comienza la santa Iglesia, que por su parte señala anticipadamente a la nueva Jerusalén, en la que ya no hay templo alguno, porque Dios mismo habita en ella. La fe en Cristo, que confesamos en el credo de los bautizados, es de ese modo una espiritualización y purificación de todo lo que la historia de las

religiones dijo y esperó sobre la habitación de Dios en el mundo. Pero es también, al mismo tiempo, una materialización y concreción del estar de Dios con los hombres que supera todo cuanto cabía esperar. «Dios está en la carne»: precisamente este vínculo indisoluble de Dios con su criatura constituye el centro de la fe cristiana. Si las cosas son así, resulta comprensible que los cristianos consideraran desde el principio santos también aquellos lugares en los que este acontecimiento se había producido. Éstos se convirtieron en la garantía permanente de la entrada de Dios en el mundo. Nazaret, Belén y Jerusalén se convirtieron así en lugares en los que se podían ver, por así decirlo, las huellas del Redentor, en las que el misterio de la encarnación de Dios nos toca muy de cerca [...].

Pero junto a él está la casa, el lugar de la oración y el recogimiento. «Cuando vayas a orar, entra en tu aposento...» (Mt 6,6). Lo sumamente personal, la anunciación de la humanidad y la respuesta de la Virgen, exige la discreción de la casa, [el lugar donde él] «se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre...» (J. Ratzinger, *María, Iglesia naciente*, Encuentro, Madrid, 1999, 71-73).

## 16

### La bienaventurada Virgen María, trono de la Sabiduría

Bajo este título se celebra y se rinde culto a la bienaventurada Virgen en algunas iglesias locales y en institutos religiosos, entre los que sobresale, la Sociedad de María, fundada por san Luis Grignon de Monfort († 1716).

El formulario de esta misa, el número 24, a excepción del prefacio, proviene del propio de las misas de la Sociedad de María monfortiana. Y con el título «trono de la Sabiduría» se celebra, de forma aunada, el oficio maternal de la bienaventurada Virgen María, su dignidad regia, su eximia sabiduría y su prudencia en las cosas de Dios. María transmite a la Iglesia acontecimientos y palabras de salvación conservadas en su propio corazón.

#### LECTIO

##### Primera lectura: Proverbios 8,22-31

Así dice la sabiduría de Dios:

<sup>22</sup> El Señor me creó al principio de sus tareas,  
antes de sus obras más antiguas.

<sup>23</sup> Fui formada en un pasado lejano,  
antes de los orígenes de la tierra.

<sup>24</sup> Cuando aún no había océanos, fui engendrada;  
cuando aún no existían los profundos manantiales,

<sup>25</sup> antes de que los montes fueran asentados,  
antes que las colinas, fui engendrada.

<sup>26</sup> No había hecho aún la tierra ni los campos,  
ni los primeros terrones del orbe.

<sup>27</sup> Cuando establecía los cielos, allí estaba yo;  
cuando trazaba la bóveda  
sobre la superficie del océano,

<sup>28</sup> cuando condensaba las nubes en lo alto,  
cuando fijaba las fuentes del océano,

<sup>29</sup> cuando señalaba al mar su límite  
para que las aguas no rebasaran sus orillas,  
cuando echaba los cimientos de la tierra,

<sup>30</sup> a su lado estaba yo, como confidente;

día tras día le alegraba  
y jugaba sin cesar en su presencia;

<sup>31</sup> jugaba con el orbe de la tierra  
y mi alegría era estar con los hombres.

El orgullo de la propia identidad es la connotación más relevante en las distintas personificaciones de la sabiduría realizadas por los hagiógrafos bíblicos. Ese orgullo está motivado por la convicción de que la sabiduría tiene un estrecho parentesco con Dios. El género literario del orgullo, que no rara vez se exterioriza en autoelogio, ayuda a inducir aprecio y discipulado respecto a la sabiduría.

La Biblia no se detiene en perfilar, por así decirlo, su definición científica, sino que la contempla y la recibe prestando atención a sus obras y a sus enseñanzas. El denominador común en su identidad es éste: la sabiduría es el estilo de Dios, es la forma del pensamiento divino, es la cualidad de su acción. En efecto, ella misma afirma que «*el Señor me creó al principio de sus tareas*» (v. 22).

La perícopa de la lectura repite como un estribillo esa convicción mostrando las etapas cronológicas de su presencia. La ciencia está en condiciones de contar los

milenios transcurridos desde las formas de las existencias cósmicas y planetarias: la Escritura dirá que la sabiduría presidía el comienzo de esos milenios. Ahora bien, el mensaje bíblico no tiene la intención de articular una cosmología propia explicando el origen y la evolución del universo, sino la de identificar en cada tipo de existencia el proyecto de Dios o bien la función de la sabiduría.

Ese tipo de acercamiento a la creación guía a todo individuo a evaluar con el estilo de Dios y a aprender criterios comportamentales absolutamente de acuerdo con la sabiduría con la que aparecieron en el cosmos los abismos y las fuentes de las aguas, las colinas y montañas, los campos y los océanos, los astros y las nubes en el cielo, el todo cósmico desplazado en una arquitectura firme y armoniosa (cf. vv. 24-29).

La poesía embellece la estaticidad de lo creado. La sabiduría enseña el estupor, la alegría, la atención frente a toda forma visible de la creatividad de Dios; anuncia su presencia entre los hijos de los hombres.

### **Evangelio: Lucas 10,38-42 (tercera posibilidad)**

En aquel tiempo, <sup>38</sup> Jesús entró en una aldea y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. <sup>39</sup> Tenía Marta una hermana llamada María que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. <sup>40</sup> Marta, en cambio, estaba atareada con los muchos quehaceres del servicio. Entonces Marta se acercó a Jesús y le dijo:

–Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en la tarea? Dile que me ayude.

<sup>41</sup> Pero el Señor le contestó:

–Marta, Marta, andas inquieta y preocupada por muchas cosas, <sup>42</sup> cuando en realidad una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte, y nadie se la quitará.

Sólo el evangelista Lucas conserva el recuerdo de la estancia de Jesús en Betania, alojado en casa de Marta.

Ésta tenía una hermana llamada María y un hermano llamado Lázaro, recordado sobre todo por el evangelista Juan. La perícopa de Lucas ayuda a advertir las dos vías del camino cristiano, la acción y la contemplación; unos sostienen la prioridad de ésta sobre aquélla (*contemplata aliis tradere*), otros vislumbran la posibilidad de una interacción entre la una y la otra (*in actione contemplativus*).

Esta perícopa de Lucas queda abierta asimismo a otras sugerencias. Marta representa a la mujer discreta: el don de la discreción como capacidad organizativa y dinamismo operativo. María configura a la mujer sabia: el don de la sabiduría como capacidad de intuir más allá de las apariencias e interpretar las dimensiones escondidas en gestos y palabras. Se trata de dones individuales apreciables, de la activación de dones elogiados. La validez de estas (y otras) dotes y características individuales se mide por la cantidad y la calidad del servicio.

Este último es la finalidad del don individual. La manera como una persona realiza el servicio puede tener necesidad de corrección o de elogio: según Jesús, el servicio de Marta es un servicio afanoso y dispersivo, y el servicio de María es la opción buena (el texto griego utiliza el adjetivo «buena» y, en consecuencia, no es comparativo, como dice la traducción española –«mejor»–, ni superlativo, como dice la traducción latina). Marta sirve a las exigencias conviviales de la hospitalidad con Jesús; María sirve a la función magisterial de Jesús.

Por consiguiente, hay diferentes modos de servir al Señor. En el caso de que se impusiera una opción, la prioritaria sería servir a Jesús escuchando su palabra, pero inmediatamente hay que poner en acción su palabra. Sólo hay una cosa necesaria: estar en presencia del Señor, servir a su Evangelio.

## MEDITATIO

La jaculatoria litánica dirigida a María como *sedes sapientiae* es antigua. No debemos buscar en María una sabiduría personal entendida como cualidad cultural adquirida a través de las oportunidades de aprendizaje disponibles en su pueblo de Nazaret, a las que, por otra parte, según la mentalidad de su tiempo, no tenía acceso normalmente la mujer. La sabiduría de María es un don del Señor, y la maduración de este don se lleva a cabo en una progresión personal de escucha, interpretación, confrontación, servicio.

La presencia del Espíritu Santo en la concepción virginal del Hijo de Dios dejó huellas en su interioridad: es el Espíritu sapiencial el que acompaña al conocimiento de la verdad, y María sigue siendo discípula del Espíritu. Su hijo Jesús es el Hijo de Dios encarnado, el Verbo que existía en el principio y por medio del cual se hizo todo lo que existe (cf. Jn 1,1-3), encarnación de la sabiduría que estaba presente cuando Dios daba la existencia a todas las criaturas; el joven que admiraba por su inteligencia y sus respuestas, el maestro del que brotaban palabras de gracia y admiraba por su sabiduría.

El Dios salvador también de María dirigió su mirada hacia su humilde sierva: fue el Omnipotente el que hizo grandes cosas en ella. María es como el estuche de esos dones, que son la persona misma de Dios y las obras de él en ella.

La singularidad de la relación de Dios con María, la unicidad de la calidad de su relación con Dios, nos impulsan a los creyentes a la admiración y a la alabanza: bienaventurada tú, María, trono de la sabiduría. Pero animan también la disponibilidad de todo discípulo del Evangelio, que además sea devoto de María, a inspirar su propio itinerario evangélico activando los dones de Dios con toda sabiduría e inteligencia.

## ORATIO

Eres tú, María, la virgen sensata que «*eligió la mejor parte*» (Lc 10,42). Tú eres la maestra de la verdad que meditó, comparándolos, los misterios de Dios. Tú eres la que engendró a Cristo, sabiduría del Padre, reconocido y adorado por los sabios de la tierra.

Contigo le pido al Señor: «Concédeme, oh Dios, la sabiduría del corazón; concédeme conocerte y conocerme a mí mismo a tu luz; concédeme hacer madurar la criatura nueva, según el espíritu, que gime y espera ser liberada para tu servicio y tu gloria».

## CONTEMPLATIO

María fue hecha trono viviente de la eterna Sabiduría. En María se abren a nuestra mirada todas las perspectivas de la realización en el tiempo de lo que la Sabiduría divina nos reservaba. Esto es lo que el evangelio nos ha revelado como el gran misterio. La unión de nuestra naturaleza con Dios mismo se realizó en el seno de María, en el nacimiento de este Cristo que nos hace decir de Dios y de su obra lo que se había dicho del hombre y de la mujer en los primeros días: «*Y los dos serán una sola carne*» (L. Bouyer, *Le trône de la Sagesse. Essai sur la signification du culte mariale*, París 1957).

## ACTIO

«¡Oh dichosa Virgen, que diste a luz al Señor; oh dichoso trono de la Sabiduría, que avivas en nosotros el Espíritu de tu Hijo Jesucristo!» (*antífona del evangelio*). Entre los dones del Espíritu figura la sabiduría: resérvate hoy un poco de tiempo para que puedas ahondar en el conocimiento de alguna de las palabras de la liturgia.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Podemos comprender a Jesús como profeta y como sabio, preso del futuro y atento al presente, evangelista de la realeza divina y hombre de este viejo mundo iluminado ya, aunque sea de una manera débil, por la aurora de la nueva creación. Un emparejamiento no casual: unas veces hace de profeta, en otros momentos de sabio. Las dos dimensiones de su figura están estrechamente ligadas: si la realeza divina capta el presente, nada más lógico que el evangelista del Reino se haga, al mismo tiempo, sabio que enseña a vivir ahora en sintonía con esta novedad de la gracia divina. [...] He aquí, pues, sus proverbios, expresión directa, por sí mismos, de la sabiduría popular de este mundo: por ejemplo, son los enfermos los que necesitan al médico; no es posible que los convidados ayunen en un banquete de bodas; a vino nuevo, odres nuevos. Para aplicarlos después a realidades en modo alguno típicas de la *rutina* de cada día. De aquí procede también la bien conocida regla de otro en su ambiente y en todo el mundo de entonces, pero sobre todo sus exhortaciones excesivas. Y a este respecto ha sido fácil señalar, con sorpresa, que él no las motivaba apelando a la realeza divina [...].

Algunos exégetas han entendido sus exigencias como condiciones de entrada en el Reino, apoyándose en pasajes bíblicos caracterizados por la conjunción condicional: «*Si quieres entrar en el Reino, debes...*». Ahora bien, son textos del protocristianismo; para él, se trata más de condiciones para permanecer en el Reino en el que hemos sido admitidos por gracia que de exigencias operativas nuevas, conformes al nuevo estado de las cosas propio del Reino de Dios (G. Barbaglio, *Gesù ebreo di Galilea. Indagine storica*, Bolonia 2003, 457; edición española: *Jesús hebreo de Galilea. Investigación histórica*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2003).



## La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia

El día 21 de noviembre de 1964, en la homilía de la solemne misa con la que se clausuraba la tercera sesión del Concilio Vaticano II, Pablo VI declaró «madre de la Iglesia» a María Santísima. El formulario número 25 traslada de la devoción a la celebración este aspecto de la identidad de la madre de Cristo. Otros dos formularios que llevan un título idéntico a éste se fijan en otras dimensiones de la relación entre María y la Iglesia (por ejemplo, el ser icono-imagen), pero por afán de brevedad no los presentamos aquí por extenso.

### LECTIO

#### Primera lectura: Génesis 3,9-15.20

Después de que Adán comió del árbol, <sup>9</sup> el Señor Dios llamó al hombre diciendo:

—¿Dónde estás?

El hombre respondió:

<sup>10</sup> —Oí tus pasos en el huerto, tuve miedo y me escondí, porque estaba desnudo.

<sup>11</sup> El Señor Dios replicó:

—¿Quién te hizo saber que estabas desnudo? ¿Has comido acaso del árbol del que te prohibí comer?

<sup>12</sup> Respondió el hombre:

–La mujer que me diste por compañera me ofreció el fruto del árbol y comí.

<sup>13</sup> Entonces el Señor Dios dijo a la mujer:

–¿Qué es lo que has hecho?

Y ella respondió:

–La serpiente me engañó y comí.

<sup>14</sup> Entonces el Señor Dios dijo a la serpiente:

Por haber hecho eso,

serás maldita entre todos los animales

y entre todas las bestias del campo.

Te arrastrarás sobre tu vientre

y comerás polvo todos los días de tu vida.

<sup>15</sup> Pondré enemistad entre ti y la mujer;

entre tu linaje y el suyo;

él te herirá en la cabeza,

pero tú sólo herirás su talón.

<sup>20</sup> El hombre puso a su mujer el nombre de Eva, porque ella sería madre de todos los vivientes.

En el relato de la creación leemos, a través de un juego de palabras que sólo es posible en hebreo, que el hombre (en hebreo, *'ish*) llamó a la mujer «mujer» (en hebreo, *'ishshá*) porque pensaba que procedía de él (Gn 2,23). En un segundo momento, el hombre cambió el nombre de la mujer por Eva (en hebreo, *Hawwá*), reconociendo en ella a «*la madre de todos los vivientes*» (en hebreo, *hay*) (3,20). En el Antiguo Testamento hebreo se evita cuidadosamente nombrar a Eva, que aparece únicamente en el libro del Génesis (3,20; 4,1). El papel altamente profético de la mujer como «*madre de todos los vivientes*» se consideró demasiado atrevido en la cultura de la época y fue arrinconado. Prevalció el aspecto negativo y secundario de la narración, que hace culpable a la mujer. «*Por la mujer comenzó el pecado, por culpa de ella morimos todos*», afirma seguro el autor del Eclesiástico (25,24), haciéndose eco de la acusación lanzada contra la mujer de haber cedido a las lisonjas de la serpiente y haber coimplicado al hombre en la

transgresión. Esta fatal interpretación dio nacimiento y justificó en el mundo judío la marginación de la mujer, considerada responsable no sólo del pecado de Adán –y por consiguiente de la muerte–, sino también del nacimiento de los demonios (Libro de los Vigilantes II, VI, 1ss) y del diluvio (Jubileos VII, 21).

El fragmento del Génesis no es, en realidad, la crónica de un acontecimiento relacionado con la historia, sino una visión profética relacionada con la fe. No es la añoranza de un paraíso perdido de manera irremediable, sino la profecía de una realidad por construir. En esta nueva dimensión ya no será marginada la mujer, sino que será considerada un ser fundamental como «*madre de todos los vivientes*». Este aspecto profético del papel de la mujer quedará como congelado a lo largo de los siglos, para volver a emerger con poder en la enseñanza y en las obras de Jesús y en la figura de su madre.

### Evangelio: Juan 19,25-27

En aquel tiempo, <sup>25</sup> junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás, y María Magdalena. <sup>26</sup> Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto amaba, dijo a su madre:

–Mujer, ahí tienes a tu hijo.

<sup>27</sup> Después dijo al discípulo:

–Ahí tienes a tu madre.

Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa.

Juan es el único evangelista que no refiere la invitación de Jesús a sus discípulos para que carguen con su cruz (Mt 10,38; Mc 8,34; Lc 9,23), pero también es el único que presenta a algunas personas junto al Cristo crucificado (en los otros evangelios están presentes «*muchas mujeres, que observaban de lejos*»: Mt 27,55; Mc 15,40; Lc 23,49). Para Juan, los verdaderos discípulos

de Jesús son los que se muestran capaces de seguirle hasta la cruz, aceptando convertirla en su mismo fin.

Los investigadores no se ponen de acuerdo en el número de personas que estuvieron presentes junto a la cruz, dado que la frase de Juan se presta a diferentes interpretaciones según se puntúe. Se va desde un máximo de cuatro personas (la madre de Jesús, su hermana, María de Cleofás y María Magdalena) a un mínimo de dos: la madre de Jesús y su hermana (llamadas respectivamente María de Cleofás y María Magdalena). Por lo general, se acepta el número de tres personas: la madre, su hermana María de Cleofás y la Magdalena. A éstas se añade, obviamente, el discípulo anónimo, al que se califica como aquel al que Jesús amaba. No es un discípulo «predilecto» de Jesús, sino, por así decirlo, el ideal: es el que en el cuarto evangelio, junto con Andrés, fue el primero en seguir a Cristo (Jn 1,40), el que fue su íntimo en la cena (13,23) y el que, por eso, experimentará su resurrección antes que los otros (20,8).

## MEDITATIO

*Stabat mater dolorosa...* La bellísima imagen de Jacopone da Todi, tan cargada de emociones y sentimientos, en la que la madre de Jesús se muestra *dolorosa* y *lacrimosa* bajo la cruz de su hijo, corre el riesgo de desnaturalizar el significado de la presencia de María junto a la cruz. El evangelista no hace ninguna alusión al dolor de María, dado que no pretende presentar a la madre aplastada de dolor por el atroz final de su hijo, sino a la discípula dispuesta a la misma muerte que su maestro. Juan no describe sentimientos, sino motivaciones. María está de pie (en griego *heitekeisan*) junto a la cruz, como los ángeles junto al trono de Dios (Ap 7,11). Está voluntariamente presente, sin que le preocupe el riesgo de declararse discípula del Crucificado (Jn 18,19; 20,19).

El evangelista señala en las palabras de Cristo que Jesús no se dirige a *su* madre, sino a *la* madre. La madre ya no lo es sólo de Jesús, sino de toda la comunidad que nace del Israel que ha permanecido fiel a Dios («*la salvación viene de los judíos*»: Jn 4,22). Tampoco dice Jesús *tu* hijo, sino *el* hijo tuyo. Jesús se identifica con el discípulo amado, que es como él. María, «*madre de todos los vivientes*», queda invitada a acoger al discípulo como hijo suyo. Las palabras de Jesús, dirigidas a la discípula y al discípulo ideales, unen a éstos en una sola realidad, haciendo verdad lo que había prometido: «*Yo en ellos y tú en mí*» (Jn 18,23).

Lo que históricamente aparece como una escena de muerte, se transforma teológicamente en una opción de vida. Lo que describe el evangelista no es una muerte, sino un parto (Jn 16,21). En el Gólgota no muere Jesús, sino que nace la comunidad de los «*hijos de Dios. Éstos son los que no nacen por vía de generación humana, ni porque el hombre lo desee, sino que nacen de Dios*» (Jn 1,12.13).

## ORATIO

Vela sobre nosotros, Madre, y continúa engendrándonos a la vida verdadera, puesto que somos tus hijos. Mira al mundo entero como lo viste desde lo alto del Calvario, perdido en su egoísmo, e indícale a Cristo, vía de la salvación. Permanece en medio de la Iglesia como entre los discípulos en el cenáculo y preside la incesante invocación del Espíritu para que los pueblos se conviertan en la única familia del Padre.

Y que nosotros dirijamos constantemente la mirada a ti, para que la meta de tu camino terrestre –tu ascensión– ilumine también el nuestro hasta el día en el que encontremos, en Dios, la imagen cabal y él sea todo en todos.

## CONTEMPLATIO

La cabeza y el cuerpo de Cristo forman uno solo. No obstante, este uno es Hijo de Dios en el cielo e Hijo de una madre en la tierra. Son muchos hijos y un solo Hijo. Así como la cabeza y el cuerpo son a la vez un hijo y muchos hijos, así María y la Iglesia son una madre y muchas madres, una virgen y muchas vírgenes. Ambas son madres y ambas vírgenes por obra del mismo Espíritu, sin la menor contaminación carnal.

Las dos, inmaculadas, dan hijos a Dios Padre. Aquélla, absolutamente libre de todo pecado, engendró la Cabeza en favor del cuerpo; ésta, por su parte, ofreció el cuerpo a la Cabeza, para remisión de todos los pecados.

Las dos son madres de Cristo, pero ninguna de ellas sin la cooperación de la otra engendra al Cristo total. Por eso, lo que en las Escrituras, que están inspiradas por Dios, se dice universalmente de la Iglesia, madre virginal, se entiende con toda exactitud como dicho particularmente de la Virgen María. Y lo que se afirma de la Virgen María especialmente, se afirma en un plano más general de la virgen madre Iglesia. Y cuando un texto trata de la una y de la otra, se aplica casi sin distinciones e indiferentemente a la una y a la otra (Isaac de Stella, *Homilías* LI, 7s).

## ACTIO

«Eres dichosa, María, llena de gracia, madre y virgen: pues resplandeces, como modelo de caridad, de fe y de esperanza para la Iglesia» (*antífona de la comunión*). Retirándote hoy a una iglesia, ora para que la Iglesia comunidad de los discípulos prefiera en todas partes la humildad de María, sierva del Señor.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La Virgen es icono escatológico de la Iglesia. La maternidad espiritual de María conoce en la ascensión su última realización. Antes de la anunciación, la Virgen tenía, por así decirlo, alma de madre respecto a los hombres. Su gracia materna recibió nuevos fundamentos en la encarnación, después en el Calvario, de modo paralelo a la gracia capital de Cristo y en dependencia de ella. Mientras que Cristo, al encarnarse, se volvía radicalmente cabeza de los hombres, María se volvía radicalmente su madre; mientras él se volvía formalmente cabeza, mereciéndoles la redención, María se volvía formalmente su madre, mereciendo con él: Cristo había elegido esta «hora» para proclamar su misión materna (Jn 19,25-27). Esta maternidad se hizo efectiva en Pentecostés, cuando entró en vigor el régimen de la gracia. Ella se vuelve *consciente* en el cielo. Antes, sumergida en la oscuridad de la fe, no conocía el poder y el efecto de su intercesión, ni conocía, como Cristo (Jn 10,12), cada una de las ovejas del rebaño. Ahora conoce en Dios a cada uno de sus hijos. Antes los amaba en su Hijo con un amor universal, pero indistinto; en la visión beatífica, los conoce de modo individual y personal, con un conocimiento materno más íntimo que el de los otros santos.

Un último rasgo revela el calor y la intimidad de este conocimiento: mediante su cuerpo, resucitado como el de Cristo, María mantiene respecto a nosotros una connaturalidad física y una capacidad afectiva de la que están privados los otros santos, según la opinión común (R. Laurentin, *La Vergine Maria. Mariologia post-conciliar*, Milán 1983, 239 y 242s).

## El corazón inmaculado de la bienaventurada Virgen María

El título del formulario número 28 aparece en la liturgia de algunas iglesias particulares e institutos religiosos. El formulario que se propone ahora procede, en gran parte, del propio de la congregación de los Misioneros Hijos del Corazón Inmaculado de la Bienaventurada Virgen (claretianos). El «corazón» equivale a la «persona». El corazón de María, como su persona, es inmaculado, es decir, libre de la mancha del pecado original, sabio, dócil, nuevo, manso, puro, valeroso, vigilante.

### LECTIO

#### Primera lectura: Judit 13,17-20; 15,9

En aquellos días, <sup>13,17</sup> El pueblo quedó totalmente estupefacto, se postró, adoró a Dios y exclamó unánime:

–Bendito eres, Dios nuestro, que en este día has aniquilado a los enemigos de tu pueblo.

<sup>18</sup> Ozías le dijo:

–Hija, que te bendiga el Dios Altísimo entre todas las mujeres de la tierra. Bendito sea el Señor Dios, que creó el cielo y la tierra y te guió para que golpearas la cabeza del jefe de nuestros enemigos. <sup>19</sup> Cuantos recuerden esta hazaña de Dios jamás perderán la esperanza que tú inspiras. <sup>20</sup> Que Dios te engrandezca eternamente y te colme de bienes, ya que no has

temido poner en peligro tu vida al ver la humillación de tu pueblo; al contrario, has acudido a remediar nuestra ruina, actuando así rectamente ante Dios.

Y todo el pueblo respondió:

–¡Así sea, así sea!

<sup>15,9</sup> Cuando llegaron ante ella, la bendijeron todos a una, diciendo:

Tú eres la gloria de Jerusalén,  
tú el orgullo de Israel,  
tú el honor de nuestra raza.

El libro de Judit narra la liberación, gracias a esta heroína, del asedio al que Holofernes, general de Nabucodonosor, había sometido a Israel. Las numerosas incongruencias del texto –desde Nabucodonosor, rey de Babilonia, presentado como rey de Asiria con residencia en Nínive (ciudad que había sido destruida el año 612 a. C. por su padre, Nabopolasar), a las inverosímiles etapas del ejército de Holofernes (Jdt 2,21-28), la inexistente ciudad de Betulia (4,6) y el propio nombre de la protagonista, Judit, que en hebreo significa «la judía»– hacen que la narración deba ser considerada más una parábola o un *midrás* que la crónica de un acontecimiento histórico.

El objetivo del autor, que no pretende referir hechos históricos, es didáctico: invitar a poner la plena confianza en el Señor incluso en los momentos más difíciles. El autor proyecta en Judit las aspiraciones del pueblo de Israel, frustrado por las continuas invasiones paganas. Y Judit, viuda acomodada, piadosa e implacable, es objeto de exaltación porque, con la fuerza que le dio el Señor, tras haber seducido a Holofernes («*fue mi rostro el que le sedujo para su perdición...*»: 13,16), le asesinó: «*Fortaléceme en este momento, Señor, Dios de Israel. Le dio dos golpes en el cuello con toda su fuerza y le cortó la cabeza*» (13,7s).

## Evangelio: Lucas 11,27s

En aquel tiempo, <sup>27</sup> cuando Jesús estaba diciendo esto, una mujer de entre la multitud dijo en voz alta:

–Dichoso el seno que te llevó y dichosos los pechos que te amamantaron.

<sup>28</sup> Pero Jesús dijo:

–Más bien, dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica.

Sólo una mujer, anónima, percibió la importancia del discurso que Jesús estaba haciendo. En medio de una multitud hostil (Lc 11,14s) y escéptica (11,16), esta mujer es la única que comprendió que, si Jesús restituye la palabra a los mudos (11,14) y expulsa a los demonios (11,17), es que ha llegado el Reino de Dios (11,20).

Al proclamar dichosa a la madre de Jesús, a través de las proverbiales «bendiciones del seno y de los pechos» (cf. Gn 49,25), la mujer pretende exaltar en realidad a su hijo. Jesús extiende en su respuesta la bendición a todos los que acogen y observan la Palabra de Dios, incluyendo así también a la mujer anónima, que ha escuchado su palabra y ahora está invitada a practicarla. La bendición de la mujer tiene su desarrollo negativo en la que Jesús, en el camino de la cruz, dirigirá a las mujeres de Jerusalén: «*Dichosas las estériles, los vientres que no engendraron y los pechos que no amamantaron*» (Lc 23,29). El rechazo de la palabra del Salvador llevará, efectivamente, al pueblo a la ruina.

## MEDITATIO

Resulta embarazoso para la sensibilidad cristiana asociar la figura de Judit a la de María, la mujer que mata a su enemigo con la discípula del que enseñó a amar a los enemigos (Lc 6,27.35), pero entre la figura

(irreal) de Judit y la real de María está el fatigoso camino del pueblo de Israel hacia el descubrimiento del rostro del Dios invisible. Judit fue proclamada bendita «*entre todas las mujeres de la tierra*» (Jdt 13,18) porque Dios le dio la fuerza para cortar la cabeza al jefe de los enemigos del pueblo. A María se la proclama «*bendita entre las mujeres*» (Lc 1,42) por ser portadora de vida, la misma vida de Dios. A María se la bendice no sólo por ser la madre de Jesús, sino sobre todo por haber sido capaz de convertirse en su discípula, reconociendo en las palabras de su hijo las del Dios liberador de su pueblo. En esto María no es un modelo inalcanzable para nosotros, sino el ejemplo de un seguimiento practicable.

Esto no le resultó fácil a María. Para seguir a su hijo tuvo que abandonar poco a poco las imágenes de Dios que su religión le había enseñado. El Dios que se manifestó en Jesús, «*imagen del Dios invisible*» (Col 1,15), está muy lejos del de Judit, Moisés y Elías. No mata a los enemigos, sino que se deja asesinar por éstos; no odia, sino que tiene palabras de perdón y amor incluso para sus perseguidores (Lc 23,34). Es un Dios que no castiga, sino que, por ser únicamente Amor (1 Jn 4,8), desea comunicarse extendiendo su benevolencia a todos los hombres (Lc 6,35). Es un Dios que no vive en las regiones etéreas, sino introducido en la historia, ensuciándose las manos incluso con el fango y el polvo de nuestra vida diaria...

## ORATIO

Bendita tú, María, entre todas las mujeres, porque te convertiste en discípula de la Palabra que escuchaste, porque fuiste madre del Verbo que acogiste en tu seno, porque fuiste custodia y maestra del Hijo nacido de tu carne. Bendita tú, María, entre todas las mujeres, porque fuiste mujer de corazón dócil y sabio, manso y fuerte.

Camina siempre delante de nosotros como ejemplo luminoso y enséñanos a conservar en el corazón la Palabra y los acontecimientos para descubrir, en la historia pequeña o grande de cada día, la presencia salvífica de tu Hijo, y poder repetir contigo: «*Aquí está la sierva del Señor*», declaración de nuestro abandono a su voluntad.

## CONTEMPLATIO

Nuestro buen Señor no escatima sus gracias con tal de que nos acerquemos al trono de gracia con fe y confianza, con corazones sinceros, abiertos y no hipócritas. Aquel que desea tenernos como coherederos del Reino de su Padre, no desdeñará tenernos como coherederos en el amor de su Madre. Y tampoco nuestra benignísima Madre llevará a mal tener una innumerable multitud de hijos, pues ella tiene un corazón capaz de abrazarnos a todos y desea que no perezca ninguno. Aproximémonos con confianza al trono de la gracia de Cristo y, con lágrimas, roguémosle que le diga a su Madre por cada uno de nosotros: «He ahí a tu hijo», y a nosotros en relación a su Madre: «He ahí a tu Madre». ¡Cuán seguros estaremos bajo la protección de tal Madre! ¿Quién se atreverá a apartarnos de debajo de su manto? ¿Qué tentaciones, qué tribulaciones, podrían vencernos si nos confiamos a la protección de la Madre de Dios y Madre nuestra? (Roberto Belarmino, *Sobre las siete palabras*, I, 12).

## ACTIO

«Concediste a la bienaventurada Virgen María un corazón sabio y dócil con el que cumpliese a perfección tus mandatos; un corazón nuevo y humilde en el que grabases la ley de la nueva alianza; un corazón sencillo y puro con el que mereciese concebir virginalmente a tu



Hijo y contemplarte alborozada para siempre; un corazón valeroso y vigilante» (*del prefacio*). Éstas son algunas actitudes ejemplares de la personalidad de María: reflexiona hoy y compárate con alguna de ella que te impacte de inmediato.

### PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

No *una* inmaculada, sino *la* Inmaculada: en efecto, no hay más que una, y es María, madre de Jesús y madre nuestra.

«Sin mancha», ha sido el lema de la caballería más generosa y de la nobleza, aunque con un significado muy distinto. En el caso de María significa una cualidad que, si no la hubiera tenido ella, no la habría tenido nadie y ni siquiera sabríamos lo que era. Su mismo hijo, Hijo del Padre, no podría ser considerado inmaculado: él, esencialmente, no tolera manchas, pues por esencia es inmaculable, no maculable. Nuestra Señora, en cambio, criatura completamente humana, podía muy bien estar manchada como nosotros; sin embargo, carece de mancha, de toda mancha.

Por nuestra parte, ni siquiera podemos imaginar una criatura humana «inmaculada». El pecado está tan presente en el ser humano que no conseguimos concebir cómo se puede hacer un hombre o una mujer sin pecado. Toda nuestra más neta pureza es siempre un poco impura, y la pureza plena sobrepasa los límites de nuestra imaginación. No surge en nosotros un pensamiento, ni una fantasía, ni un afecto que puedan estar libres de sospecha. El pecado nos sigue como la sombra, y la sombra nunca está tan marcada como cuando estamos al sol. Los más santos son los que se muestran más preocupados por el pecado.

María no tiene mancha, y su enorme belleza nos vence y nos sobrepasa. También por esto se asemeja más a Dios que a nosotros. La ternura que alimentamos por nuestra Señora no debe hacernos olvidar que su luz es tremenda y ciega a quien no es capaz de bajar la mirada (G. de Luca, *Scritti sulla Madonna*, Roma 1972, 186s).

## 19

### La bienaventurada Virgen María, reina del universo

En 1954, Pío XII instituyó la fiesta de la bienaventurada María Reina y fijó su celebración el día 31 de mayo. Cuando Pablo VI promulgó el nuevo calendario general romano, trasladó esta fiesta al 22 de agosto, octava de la Asunción. El formulario 29 subraya la dignidad real de María en su humildad, su función materna, las súplicas de intercesión y el signo de la gloria futura de la Iglesia.

### LECTIO

#### Primera lectura: Zacarías 9,9s (del apéndice n. 8)

Así dice el Señor:

<sup>9</sup> Salta de alegría, Sión;  
lanza gritos de júbilo, Jerusalén,  
porque se acerca tu rey,  
justo y victorioso,  
humilde y montado en un asno,  
en un joven borriquillo.

<sup>10</sup> Destruirá los carros de guerra de Efraín  
y los caballos de Jerusalén.  
Quebrará el arco de guerra  
y proclamará la paz a las naciones.  
Dominará de mar a mar,  
desde el Éufrates  
hasta los extremos de la tierra.

Sólo los ocho primeros capítulos del libro de Zacarías se pueden atribuir al profeta. El resto del libro es obra de uno o más autores, llamados Deutero-Zacarías y Trito-Zacarías, que son diferentes del primer Zacarías por el estilo y por el lenguaje. Sin embargo, son precisamente los capítulos atribuidos a los dos últimos autores los que más han influido en los evangelistas y en el autor del Apocalipsis. Mateo y Juan citan explícitamente Zac 9,9 (Mt 21,5; Jn 12,15) para la entrada de Jesús en Jerusalén.

La imagen de Dios como rey victorioso que entra en Jerusalén es completamente inesperada: no entra sentado en una mula, la cabalgadura del rey (2 Sam 13,29; 1 Re 1,33.38.44), sino en un pollino de asna. El rey no entra de manera triunfante, guerrera, sino de modo pacífico, amistoso, mostrando así a toda la ciudad que su forma de reinar será diferente a las hasta ahora conocidas (Is 63,1-3). El rey no usa carros, símbolo del poderío militar (Miq 5,9), sino que los destruye, junto con las armas clásicas de la guerra (arcos y caballos), para instaurar definitivamente una paz universal (Is 2,4).

### **Evangelio: Lucas 24,44-53 (del apéndice n. 21)**

En aquel tiempo, <sup>44</sup> dijo Jesús a sus discípulos:

–Cuando aún estaba entre vosotros ya os dije que era necesario que se cumpliera todo lo escrito sobre mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos.

<sup>45</sup> Entonces les abrió la inteligencia para que comprendieran las Escrituras, <sup>46</sup> y les dijo:

–Estaba escrito que el Mesías tenía que morir y resucitar de entre los muertos al tercer día, <sup>47</sup> y que en su nombre se anunciará a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén, la conversión y el perdón de los pecados. <sup>48</sup> Vosotros sois testigos de estas cosas. <sup>49</sup> Por mi parte, os voy a enviar el don prometido por mi Padre. Vosotros quedaos en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza que viene de lo alto.

<sup>50</sup> Después los llevó fuera de la ciudad hasta un lugar cercano a Betania y, alzando las manos, los bendijo. <sup>51</sup> Y mientras

los bendecía se separó de ellos y fue llevado al cielo. <sup>52</sup> Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén rebosantes de alegría. <sup>53</sup> Y estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios.

En las últimas palabras dirigidas a los «Once», el Cristo resucitado, tras haber recordado a sus discípulos que en su muerte y resurrección se han cumplido las Escrituras (Lc 18,31; 21,22; 22,37; 24,6), anuncia *«que en su nombre se anunciará a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén, la conversión y el perdón de los pecados»* (24,47). Jesús se refiere a la actividad de Juan el Bautista, que apareció en la región del Jordán *«predicando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados»* (3,3). En el anuncio de Jesús resalta la ausencia del bautismo en el agua de Juan (1,16), sustituido por el bautismo *«en el Espíritu Santo»* (3,16) propio de Cristo, que será derramado de manera abundante sobre sus discípulos (24,49). Después, Jesús «lleva» fuera de Jerusalén a sus discípulos. El verbo «llevar» (en griego, *exago*) es el mismo que se emplea en el libro del Éxodo para la liberación del pueblo de la esclavitud por parte del Señor: *«Precisamente aquel día el Señor hizo salir [exegaghen] a los israelitas de la tierra de Egipto»* (Éx 12,51 LXX). Consumado el éxodo de Cristo a Jerusalén (Lc 9,31), ahora comienza el de los discípulos, que deben alejarse de la institución religiosa judía, transformada en la nueva tierra de opresión.

### **MEDITATIO**

Jesús había dicho en el evangelio de Lucas que el templo de Jerusalén era una *«cueva de ladrones»* (19,44) y había anunciado su destrucción total (21,5s). Lucas presentó el templo como el lugar de la incredulidad (1,5-22) y de la tentación (4,9), como el teatro en el que

los fariseos exhiben su propia devoción (18,10s) y como el espacio en el que se explota a los pobres (21,1-4).

Este lugar, considerado como el más sagrado, es también el más peligroso para el Hijo de Dios, aquel en el que «*los sumos sacerdotes y los maestros de la ley intentaban hacerle morir*» (19,47; 20,19). Sin embargo, los discípulos, tras la ascensión de Cristo al cielo, «*se volvieron a Jerusalén rebosantes de alegría. Y estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios*» (24,52).

El templo, imagen de la fascinación que produce la religión, continúa ejerciendo su atracción sobre los discípulos de Jesús, que parecen no haberse dado cuenta de que a la muerte de Cristo «*el velo del templo se desgarró por la mitad*» (Lc 23,45), revelando el verdadero rostro de Dios en el Crucificado. Con Jesús ha terminado la época de los templos (Jn 4,21; Ap 21,22), porque Dios no acepta dones de los hombres, sino que es él quien se ofrece a ellos (Hch 17,24s).

La nueva relación con el Padre propuesta por Jesús no necesita espacios considerados como sagrados por su propia virtud, sino que, como Cristo (Jn 2,21), cada creyente será el verdadero santuario desde el que irradia el amor de Dios (1 Cor 6,19).

### ORATIO

El Señor te ha exaltado como reina por tu humildad.  
 La humildad con la que dijiste:  
 «*Aquí está la esclava del Señor*»;  
 la humildad con la que engendraste y custodiaste a tu hijo divino;  
 la humildad con la que le acompañaste en los días de su misión;  
 la humildad con la que compartiste la ignominia de la cruz.

Desde donde ahora te sientas como reina, junto al Rey, intercede por todos nosotros:  
 haz que quien le siga por el camino del servicio, en el amor y en la humildad, pueda alcanzar, como tú, la gloria del Reino eterno prometido por tu hijo, Jesús.

### CONTEMPLATIO

Dios la creó cual cielo nuevo, bella, pura, toda santa y adornada con todas las virtudes, a fin de que se convirtiera en la madre de su Hijo. El talento que ella recibió desde el principio de manos del Creador supera en riqueza al de todos los elegidos que lleguen al más alto grado de perfección, al de todos los ángeles del cielo, al de los principados y las jerarquías celestes. Ésta fue, efectivamente, la voluntad del Creador: que ella se convirtiera en reina de todas las criaturas.

Al constituir la Señora de los seres de la tierra y reina de las legiones celestiales, la colmó de dones inalcanzables por cualquier inteligencia. Sobre ella cayeron los rayos del divino sol y la hicieron resplandecer de manera maravillosa; ella apareció así en la cabeza de la Iglesia, adornada espléndidamente (de la liturgia siro-oriental, *Breviario caldeo I*).

### ACTIO

«Haré recordar tu nombre por todas las generaciones». María reconoció que el Señor derribó a los poderosos de sus tronos y elevó a los humildes (Lc 1,52): compara el concepto de humildad que tú tienes con el que tuvo María.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Cuando las dos mujeres [María e Isabel] se encuentran, María es reina en el saludar por primera vez, es reina en el saber honrar a los otros, porque su realeza se compone de atención solícita y preveniente. Y su atención obtiene un efecto extraordinario: «*En cuanto Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su seno*».

Isabel se siente comprendida hasta el fondo, y lo que antes era para ella motivo de temor se convierte en alegría. Se comprende a sí misma como alegría, como exultación en su hijo, y, sin embargo, al mismo tiempo comprende también el misterio que María no le ha dicho: «*Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre*». Lógicamente, hubiera debido decir: «Estoy llena de alegría».

Sin embargo, más que hablar de sí misma, mejor aún, con la fuerza con la que está hablando de sí misma, le dice a María quién es ella: la bendita entre todas las mujeres. Podemos imaginar con facilidad la exultación y el estupor de María, que, sin haber dicho una palabra, se siente comprendida, acogida, reconocida, amada y exaltada: «¿*Cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme?* [...]».

María se siente alabada por lo que era más específicamente suyo: ella se había fiado de la Palabra. Su fe, inexplicable a otros, se le reconoce ahora. El misterio de la visitación nos habla, por consiguiente, de una compenetración de almas, de una acogida mutua y discretísima que no se estropea con la multitud de las palabras, que no requiere un lenguaje fluvial, sino que con simples alusiones de luces, de antorchas en la noche, permite una comunicación y un reconocimiento perfectos. Éstas son las actitudes reales que María inserta en la historia y en la humanidad (C. M. Martini, *Sulle strade del Signore. Meditazioni per ogni giorno*, Casale Monf. [AI] 1985, 230s; edición española: *Por los caminos del Señor. Meditaciones para cada día del año*, Sal Terrae, Maliaño 1998).

## 20

### La bienaventurada Virgen María, madre y medianera de la gracia

El Concilio Vaticano II expuso ampliamente, en el año 1964, la misión de la bienaventurada María en el misterio de Cristo y de la Iglesia, y aclaró con precisión el sentido y la fuerza de la «mediación» de la bienaventurada Virgen: «La misión maternal de María con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno la mediación única de Cristo; antes bien, sirve para demostrar su poder». El formulario número 30 lleva a la celebración las adquisiciones conciliares, y el prefacio subraya que la mediación es providencia de amor, de intercesión y de perdón, de protección y de gracia, de reconciliación y de paz.

## LECTIO

### Primera lectura: Ester 8,3-8.16-17a

En aquellos días, Ester se dirigió de nuevo al rey. Cayó a sus pies, llorando y suplicándole que anulase los malvados planes que Amán, de Agag, había maquinado contra los judíos.

<sup>4</sup> Cuando el rey tendió el cetro de oro hacia Ester, ésta se levantó y se quedó en pie delante del rey. <sup>5</sup> Luego dijo:

–Si le parece bien al rey, si quiere hacerme un favor, si la propuesta le agrada y está contento de mí, anule por escrito las cartas que Amán, hijo de Hamdatá, de Agag, escribió para

exterminar a los judíos en todas las provincias del imperio.

<sup>6</sup> Yo no podría resistir contemplando las desgracias que esperan a mi pueblo y el exterminio de mi raza.

<sup>7</sup> Entonces, el rey Asuero dijo a la reina Ester y al judío Mardoqueo:

–Ya veis que he dado a Ester la casa de Amán y que a él le han ahorcado por haber querido exterminar a los judíos.

<sup>8</sup> Escribid vosotros a los judíos en nombre del rey lo que os parezca y selladlo con el sello real; un documento escrito en nombre del rey y sellado con su sello es irrevocable.

<sup>16</sup> Entre los judíos todo era luz, alegría, regocijo y triunfo.

<sup>17</sup> En cada provincia y ciudad adonde llegaba el decreto real, los judíos tenían alegría y júbilo, y celebraban banquetes y fiestas. Y muchos gentiles se convirtieron.

El acontecimiento transmitido por el libro de Ester es uno de los episodios más dramáticos de la historia del pueblo judío. En él se entrelaza la historia con el símbolo. La colonia judía (el vocablo «judío» aparece en el libro bíblico como sinónimo de hebreo e israelita) asentada en la ciudad de Susa, en territorio elamita, sede invernal del rey persa, gozaba de prosperidad y prestigio hasta que un alto dignatario, Amán, hijo de Hamdatá, natural de Agag, convenció a Asuero (Jerjes) para exterminar a toda la etnia judía, escenificando una conjura urdida por Mardoqueo, tío de Ester. Ésta había sido elegida como reina tras el repudio de la reina Vasti. La trama tendía a vengar la autonomía y la fidelidad de Mardoqueo, que no doblaba la rodilla ante aquel funcionario. En el interior de ese marco se perfila la acción de Ester, determinante para hacer fracasar la solapada maquinación y evitar el exterminio de toda la población.

El libro bíblico se complace en subrayar la importancia de la acción de una mujer popular elevada al trono como reina, aunque obligada por algunas reglas que la limitaban, como la de no presentarse ante el rey si no había sido invitada. Ester desafía esa ley echándose a

los pies del soberano y suplicándole con lágrimas en los ojos. El valor de la mujer, sostenido por los ánimos que le venían de parte de Mardoqueo y, sobre todo, por la oración al Señor, defensor y custodio de su pueblo, mereció la retirada del decreto de exterminio, la salvación del futuro de todo un pueblo, y se tradujo en alegría, exultación y honor para todos los judíos, y en feliz solidaridad y proselitismo de los residentes.

### **Evangelio: Juan 2,1-11**

En aquel tiempo, <sup>1</sup> hubo una boda en Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba invitada. <sup>2</sup> También lo estaban Jesús y sus discípulos. <sup>3</sup> Se les acabó el vino y entonces la madre de Jesús le dijo:

–No les queda vino.

<sup>4</sup> Jesús le respondió:

–Mujer, no intervengas en mi vida; mi hora aún no ha llegado.

<sup>5</sup> La madre de Jesús dijo entonces a los que estaban sirviendo:

–Haced lo que él os diga.

<sup>6</sup> Había allí seis tinajas de piedra de las que utilizaban los judíos para sus ritos de purificación, de unos ochenta o cien litros cada una. <sup>7</sup> Jesús dijo a los que servían:

–Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta arriba. <sup>8</sup> Una vez llenas, Jesús les dijo:

–Sacad ahora un poco y llevádselo al maestresala.

Ellos cumplieron sus órdenes.

<sup>9</sup> Cuando el maestresala degustó el vino nuevo sin saber su procedencia (sólo lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al novio <sup>10</sup> y le dijo:

–Todo el mundo sirve al principio el vino de mejor calidad y, cuando los invitados ya han bebido bastante, se saca el más corriente. Tú, en cambio, has reservado el de mejor calidad para última hora.

<sup>11</sup> Esto sucedió en Caná de Galilea. Fue el primer signo realizado por Jesús. Así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él.

El cuarto evangelio ubica las bodas de Caná en el marco de la crónica y de la alegoría acostumbrada en la lectura de los acontecimientos relacionados con Jesús que es propia de Juan. María, Jesús y sus discípulos asistían a la fiesta como invitados. Eran los primeros días de su vida itinerante y los discípulos eran apenas los cinco mencionados en ese contexto: Santiago y Juan, Simón y Pedro, Felipe, quizá Natanael (originario precisamente de Caná). Tal vez a causa de la llegada imprevista a la fiesta de este pequeño grupo, además de por la exuberancia gozosa de las fiestas de boda y la imprevisión por parte de los organizadores, falta el vino. Nadie se da cuenta del incidente, sino sólo una mujer, María, la madre. La sensibilidad y la atención son los elementos que la sitúan en la función de medianera.

El texto griego y el latino condensan en tres palabras la intervención de María como huésped atenta y madre responsable: «*No les queda vino*». El verbo griego *écho* es bastante versátil y permite una variedad de interpretaciones, además de la inmediata del «no tener»; en particular, se presta bien a un «ya no tienen», «no están en condiciones de», «no pueden arreglárselas»: esta lectura subraya la incapacidad de resolver un problema personalmente, la necesidad de la presencia de una capacidad exterior. Y éstas son las capacidades de María: hacerse cargo de las dificultades, y la capacidad de Jesús: resolver completamente el incidente.

La delicada narrativa del evangelista permite otros fines subrayados: el cronista se limita al genitivo absoluto de un conciso «habiéndoseles acabado vino» (incluso sin artículo), fórmula en la que el sujeto y el objeto es una cosa; María se interesa por las personas y confía a Jesús que a estas personas «*no les queda vino*»: estas personas son los esposos, los parientes, los invitados, el mismo Jesús y sus discípulos, así como ella misma. La carencia aflige a todos. María se interesa por todos.

## MEDITATIO

María está alegre por participar en la fiesta de las bodas de Caná: tal vez son parientes, tal vez apenas conocidos, pero indudablemente tienen una familiaridad próxima. Junto con la gente, María llega a conocer también a las personas individualmente. En la mesa del banquete conoce o tiene la oportunidad de ahondar en el conocimiento de los comensales. Conoce a los esposos, pues ella fue esposa, aunque prometida en matrimonio en unas bodas singularísimas y únicas en la maternidad virginal: comparte su alegría y sus esperanzas para el futuro. Conoce a los organizadores de la fiesta y se preocupa de la incomodidad que les afligiría –y que también les desacreditaría–, por falta de previsión y tal vez por haber calculado demasiado justo con una rebaja de la generosidad. Conoce a los criados, cuya disponibilidad al servicio indiferenciado es segura, pero sobre todo para secundar las órdenes perentorias de Jesús de que llenen las tinajas y lleven a la mesa vino bueno. Conoce a Jesús, con el que está de acuerdo, a pesar de la aparente o real diversidad en la valoración de los tiempos y de los modos de intervención. La madre habla a los criados diciéndoles, según la redacción joánica: «*Lo que diga a vosotros, haced*». Son palabras que el mismo Jesús escucha –o sea, percibe por el oído, interpreta en su corazón– y a las que condesciende en su voluntad. La mediación de María, por tanto, tal como se nos exhibe por el episodio evangélico, es personalizada y consciente, gratuita y motivada. Y, sobre todo, es eficaz.

## ORATIO

Oh Señora mía santísima, Madre de Dios, llena de gracia. Después de la Trinidad, Señora universal, después del Paráclito, otro consolador, después del Media-

dor, medianera de todos los hombres. En ti pongo mi esperanza y veré realizado mi deseo; en ti encuentro motivo de gloria; no desvíes tu mirada de mí, indigno siervo tuyo, a causa de mis numerosos errores y pecados.

Tú que engendraste de manera misteriosa a una persona de la Trinidad, al Hijo de Dios, le llevaste en brazos, le alimentaste con tu pecho, recuerda los días de su primera infancia; une tus sufrimientos a los suyos, a la cruz, a la sangre, a las heridas que nos salvaron. No me prives, te lo ruego, de tu protección, sino ayúdame y sal siempre en mi defensa (de la oración a la Madre de Dios de un autor anónimo sirio, siglos VI-VII).

## CONTEMPLATIO

¿Quieres un abogado para acercarte a Dios? Entonces, recurre a María. La humanidad de María es pura no sólo porque está incontaminada, sino por una prerrogativa singular de la naturaleza. Seguramente el Hijo escuchará a su Madre, y el Padre escuchará al Hijo.

Hijitos míos, ésta es la escala de nosotros, pecadores, ésta es mi mayor confianza, ésta es toda la razón de mi esperanza. ¿Por qué no? ¿Acaso puede el hijo no acoger la súplica de su Madre o no ser escuchado por su Padre? Absolutamente, no. «*Has encontrado gracia ante Dios*», dijo el ángel a María. Sí, María encontrará gracia siempre ante Dios, y la gracia es lo único que nosotros necesitamos. Sólo con la gracia podremos salvarnos nosotros.

Busquemos la gracia de Dios, y busquémosla por medio de María, que obtiene siempre lo que pide y nunca deja de ser escuchada. Busquemos también nosotros la gracia, pero la de Dios, no la de los hombres, que es falaz (Bernardo de Claraval, *Sermo de aquaeductu*).

## ACTIO

«Salve, Santa María, fuente de piedad, enriquecida con la abundancia de todas las gracias; que llevas en tus puras entrañas al verdadero Dios y hombre» (*antífona de entrada*). Durante la jornada de hoy, dirige a María, madre y medianera de la gracia, las invocaciones litánicas que la memoria te sugiera, completadas poco a poco con una intención particular.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Cuando en nuestras oraciones, en nuestra veneración y en nuestra confianza, confiemos sinceramente, de buena gana y con alegría a María como nuestra mediadora, este término deberá tener un sentido completamente distinto al que tiene cuando, con la Escritura, lo usamos para reconocer al Señor como nuestro único mediador. El uso de la misma palabra con significados distintos (aunque estos significados tengan una íntima relación entre ellos) no es sorprendente. El lenguaje humano es muy pobre: no tiene a su disposición más que un número muy limitado de palabras [...].

No conviene, por tanto, que nos mostremos ansiosos, avaros y calculadores en nuestro culto a María. Constituye un signo de vida verdaderamente cristiana católica el crecimiento y la maduración en nuestro corazón de una manera lenta, pero eficaz, en humildad y fidelidad, de un amor tierno hacia la Virgen bendita. Ésta es también una gracia que debemos implorar. Si ella es la mediadora que nos ha dado el Señor, si en él y por medio de él ella es mediadora de toda gracia que es él y que él ha adquirido, entonces debemos amar y venerar también a ella en nuestro corazón. Del mismo modo que arden los cirios sobre el altar ante ella en el mes de mayo, así debemos reavivar nosotros incesantemente la llama en nuestro corazón, y del corazón del creyente debe salir sin pausa el saludo evangélico del ángel y de Isabel: «*Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres*



y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús». Y debemos continuar aún repitiendo: Señora nuestra, mediadora nuestra, abogada nuestra, reconcílianos con tu Hijo y muéstranos ahora y después de esta vida el fruto bendito de tu vientre; ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén (K. Rahner, *Maria Madre del Signore. Meditazioni teologiche*, Fossano [Cn] 1962, 94 y 100s; edición española: *María, Madre del Señor*, Herder, Barcelona 1967).

## 21

## La bienaventurada Virgen María, fuente de la salvación

La imagen de la fuente acompaña al culto mariano en la devoción popular tanto en Oriente como en Occidente, y esto se manifiesta de un modo particular en algunos santuarios unidos a fuentes de aguas salutíferas. En el presente formulario se celebran la maternidad divina de María, fuente de vida, y la maternidad de la Iglesia. Además de este formulario, el número 31/I, procedente del *proprium* litúrgico de la diócesis de Cartagena (España), existe otro, análogo (el número 31/II), que no presentamos aquí por razones de brevedad.

### LECTIO

#### Primera lectura: Ezequiel 47,1-2.8-9.12

En aquellos días, el ángel <sup>1</sup> me llevó a la entrada del templo y vi que debajo del umbral, por el lado oriental hacia el que mira la fachada del templo, brotaba una corriente de agua. El agua descendía por el lado derecho del templo hasta la parte sur del altar. <sup>2</sup> Me hizo salir por el pórtico norte y dar la vuelta por fuera hasta el pórtico exterior que mira hacia oriente, y vi que las aguas fluían desde el costado derecho.

<sup>8</sup> Y me dijo: Estas aguas fluyen hacia oriente, bajan al Arabá y desembocan en el mar Muerto, cuyas aguas quedarán saneadas. <sup>9</sup> Por donde pase este torrente, todo ser viviente que en él se mueva vivirá. Habrá abundancia de peces, porque las

aguas del mar Muerto quedarán saneadas cuando llegue este torrente.<sup>12</sup> Junto a los dos márgenes del torrente crecerá toda clase de árboles frutales, y sus hojas no se marchitarán ni sus frutos se acabarán. Cada mes darán frutos nuevos, porque las aguas que los riegan manan del santuario. Sus frutos servirán de alimento y su follaje de medicina.

Ezequiel es portavoz de la Palabra del Señor entre los judíos exiliados en Babilonia entre los años 593 y 571 a. C. La presente perícopa, tomada del capítulo 47, encamina al lector hacia el final del libro y la conclusión de los oráculos. Se despliega también en el género literario de la visión, como otras muchas catequesis dirigidas al pueblo. Se trata de la visión de las aguas salutíferas.

La hidrología conoce bien y explica la función terapéutica y medicinal de las aguas. El profeta emplea sobre todo la experiencia para transferir su función benéfica al plano de la religiosidad. La salubridad y la fertilidad brotan del templo, o sea, de la casa donde habita Dios –y, por consiguiente, del mismo Dios–. Las fuentes de tanta abundancia de agua son los fundamentos del templo.

Esta nota sirve de apoyo a un fuerte simbolismo: desde el punto de vista geológico, es la tierra, la roca, el lugar de donde brota el agua; el acuífero es subterráneo y aflora aquí y allá; el gorgotear de los ríos donde se encuentran la roca y el santuario, sobre todo en las proximidades del altar, no es una coincidencia casual e incluso podría ocasionar en la realidad enojosas infiltraciones y daños. Y aquí se encuentra, por tanto, el paso simbólico, el mensaje que la lectura integral de la perícopa permite percibir en el conjunto de los detalles: sólo de Dios brota abundantemente el caudal vital que restaura, alimenta, vuelve a sanar la vegetación, a los animales y a las personas. Esa generosidad divina es incontenible, progresiva como el agua de un río que nadie puede atravesar vadeando, no porque esté prohibido, sino por

la abundancia y la fuerza. No falta la visión universalista: la generosidad benéfica del Señor se propaga desde Jerusalén a todas partes, sin límites.

### Evangelio: Juan 19,25-37

En aquel tiempo,<sup>25</sup> junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás, y María Magdalena.<sup>26</sup> Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto amaba, dijo a su madre:

–Mujer, ahí tienes a tu hijo.

<sup>27</sup> Después dijo al discípulo:

–Ahí tienes a tu madre.

Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa.

<sup>28</sup> Después, Jesús, sabiendo que todo se había cumplido, para que también se cumpliese la Escritura, exclamó:

–Tengo sed.

<sup>29</sup> Había allí una jarra con vinagre. Los soldados colocaron en la punta de una caña una esponja empapada en el vinagre y se la acercaron a la boca.<sup>30</sup> Jesús gustó el vinagre y dijo:

–Todo está cumplido.

E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

<sup>31</sup> Como era el día de la preparación de la fiesta de Pascua, los judíos no querían que los cuerpos quedaran en la cruz aquel sábado, ya que aquel día se celebraba una fiesta muy solemne. Por eso pidieron a Pilato que ordenara romper las piernas a los crucificados y que los quitaran de la cruz.

<sup>32</sup> Los soldados rompieron las piernas a los dos que habían sido crucificados con Jesús.<sup>33</sup> Cuando se acercaron a Jesús, se dieron cuenta de que ya había muerto; por eso no le rompieron las piernas.<sup>34</sup> Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza y, al punto, brotó de su costado sangre y agua.

<sup>35</sup> El que vio estas cosas da testimonio de ellas, y su testimonio es verdadero. Él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis.<sup>36</sup> Esto sucedió para que se cumpliese la Escritura, que dice: *No le quebrarán ningún hueso.*

<sup>37</sup> La Escritura dice también en otro pasaje: *Mirarán al que traspasaron.*

Los tres cuadros esbozados en la perícopa –con la aureola de la *ternura* el primero, o sea, la entrega de la madre al discípulo y del discípulo a la madre por parte de Jesús desde la cruz (vv. 25-27); del agotamiento el segundo, o sea, los últimos espasmos de la agonía (vv. 28-30); de la *tristeza* el tercero, o sea, la constatación del ineluctable abandono de la vida (vv. 31-34)– son propios del cuarto evangelista. A este doloroso mosaico le pone el autor evangélico una especie de *firma* para garantizar la credibilidad del testigo ocular (vv. 35-37). Ahora bien, él no fue el único testigo, sino que también lo fueron las otras dos o tres mujeres presentes y María, su madre.

El grupo configura una representatividad realista: está presente el discípulo al que Jesús ama, supuestamente Juan (al que, por otra parte, no se nombra); está presente la que mucho ama y recibe mucho perdón a cambio, personificada en María Magdalena; está presente María, la esposa de Cleofás, nombre que evoca (aunque no fuera la misma persona) a uno de los dos discípulos que se encontraron con Jesús la noche de la resurrección y le reconocieron al partir el pan; está presente una anónima hermana de María (que podría no ser María de Cleofás, nombrada inmediatamente después), que lleva bajo la cruz a la familia de Jesús o a los que de algún modo están cerca de él; está presente, en una posición singular, María, su madre.

Todos ellos, no sólo el discípulo, son testigos oculares del testamento de Jesús en la cruz, del don del Espíritu, que empieza su propia presencia activa y magistral en el momento en el que Jesús termina su existencia humana; son testigos del agua y de la sangre que brotan de la fuente abierta por una herida de lanza en el corazón de Jesús. Su propia experiencia les habilita para el servicio de la verdad, porque todos dirigen la mirada hacia el que traspasaron.

## MEDITATIO

La teología mariana, sobre todo la mística y la espiritualidad, han equiparado a María con el canal a través del cual se derraman sobre la humanidad necesitada las aguas benéficas.

La imagen, elemental y comprensible, afirma una función de la madre de Cristo: ella no es la salvación, sino la medianera de la salvación. La Biblia, y sobre todo el Nuevo Testamento, suprimen el carácter abstracto de la palabra «salvación» identificándola con la persona de Dios, el único «Salvador».

María es fuente porque a través de su maternidad virginal actuó el Espíritu Santo y vino a la luz el Hijo de Dios, Cristo Señor, hijo humano de ella misma. La fuente es el lugar donde se saca; el espacio que no retiene, sino que deja fluir.

La palabra «fuente» recuerda, espontáneamente, el agua: el agua brota, efectivamente, de la fuente y ésta última colabora, por así decirlo, al hecho de brotar el agua del seno profundo de la tierra, así como a explicar su propia función restauradora. María es fuente de agua saludable porque es la madre de Cristo, el que da el agua viva, agua que hace que quien bebe de ella no vuelva a tener sed y agua que incluso se convierte en él en fuente que mana para la vida eterna (Jn 4,10.14).

El agua es asimismo símbolo del Espíritu Santo, revelado por las palabras que pronunció Jesús el gran día de la fiesta en Jerusalén: «*Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba. Como dice la Escritura, de lo más profundo de todo aquel que crea en mí brotarán ríos de agua viva. Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en él*» (Jn 7,37-39). María se puso al servicio de estos salvadores: el Espíritu Santo y Cristo, el Señor.

## ORATIO

Tú, Madre, nos diste a Cristo, fuente de la salvación, por tu fe y tu obediencia. En efecto, de su costado tras-pasado brotaron las aguas que vuelven a sanar las profundidades enfermas de la existencia humana. Aguas que la Iglesia, de la que tú eres imagen perfecta, continuamente ofrece a nuestra necesidad insaciable de Dios, por medio de los sacramentos.

Que tu materna intercesión haga crecer nuestro deseo de llegar a esta fuente inagotable, para que maduren en nosotros, abundantes, los frutos del Espíritu. Que, a nuestra vez, mirándote a ti y haciendo nuestros los valores que viviste, podamos ser nosotros fuente de agua viva para la sed de tantos hermanos que, conscientes o no, buscan a Dios, única respuesta dotada de sentido.

## CONTEMPLATIO

Señora mía, dueña y poderosa sobre mí,  
madre de mi Señor,  
sierva de tu Hijo,  
engendrada del que creó el mundo,  
a ti te ruego, te oro y te pido  
que tenga el espíritu de tu Señor,  
que tenga el espíritu de tu Hijo,  
que tenga el espíritu de mi Redentor.

Te suplico, Virgen santa,  
que yo reciba a Jesús de aquel Espíritu  
de quien tú engendraste a Jesús;  
que mi alma reciba a Jesús con aquel Espíritu  
por el cual tu carne recibió al mismo Jesús.

Que me sea posible conocer a Jesús  
por aquel Espíritu por el que te fue posible a ti  
conocer, concebir y dar a luz a Jesús.

Que exprese conceptos humildes y elevados a Jesús  
en aquel Espíritu en quien confiesas  
que tú eres la esclava del Señor, deseando  
que se haga en ti según la palabra del ángel.

Que ame a Jesús en aquel Espíritu  
en quien tú lo adoras como Señor  
y lo contemplas como Hijo.

(San Ildefonso, *Tratado sobre la virginidad perpetua de María*, BAC 320, 147-149).

## ACTIO

«Sacaréis agua con gozo de las fuentes de la salvación»  
(*antífona del salmo responsorial*). Fuentes de salvación  
son los sacramentos: comprueba tu conciencia de alguno  
de los que has recibido (bautismo, confirmación...) o  
participa en alguno de los que puedas recibir (penitencia,  
eucaristía...).

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Desde la imagen de la Virgen grávida –tema tratado por los artistas con una admirable delicadeza y piedad casi siempre– nos parece que llega hasta nosotros la exhortación a considerar con sumo respeto a toda mujer encinta; a ver en cada parto de mujer un reflejo del parto de María, por medio del cual entró en la historia el Hombre-Dios y de la raíz de Jesé brotó el Vástago mesiánico (cf. Is 11,1); a favorecer toda iniciativa dirigida a tutelar la vida incipiente; a acercarnos con comprensión y misericordia a las mujeres que, por diversas circunstancias –injusticia de la sociedad, violencia padecida, falta de fe...–, sienten la tentación de adoptar soluciones de muerte respecto al fruto que llevan en su seno.

Así, el icono de la Virgen que da el pecho al Niño, y los textos litúrgicos, que ponen de relieve con simpatía y estupor cómo

## 22

## La bienaventurada Virgen María, madre y maestra espiritual

María «con un poco de leche alimenta a Aquel que sacia al universo», además del mensaje doctrinal y estético, nos lanzan una llamada apremiante: no es justo que los niños mueran de hambre y, al contrario, es un deber que la piedad mariana se convierta –como ya sucede de manera ejemplar en muchos casos– en atención a los huérfanos, en pan para los pequeños hambrientos, en compromiso educativo para los jóvenes.

Y todavía más: el icono de la Virgen dolorosa nos sirve de estímulo y guía para acercarnos al misterio del dolor y de la muerte con una visión de fe que proyecte sobre él una luz de vida. Por lo que se refiere a ese misterio, no tenemos, en efecto, explicaciones racionales para ofrecer, y sólo disponemos de una experiencia de fe para proponer: la Pascua de Cristo, la muerte engullida por la vida (cf. 1 Cor 15,54), la seguridad de que Dios, en su condescendencia, transforma «la pena del dolor en instrumento de salvación». María vivió esa experiencia junto a su Hijo. Por eso, la piedad mariana nos abre a la esperanza y nos impulsa a adoptar «soluciones de vida», incluso allí donde el dolor arrecia y la muerte abre sus pasos (Capítulo General de los Siervos de María, *Fate quello che vi dirà*, Roma 1983, 89s).

El formulario número 32, con ligeras variantes, ha sido tomado del propio de las misas de los hermanos descalzos de la orden de la Beatísima María Virgen del Monte Carmelo. La tradición ha reconocido siempre a la bienaventurada Virgen María como «madre y maestra de la vida espiritual».

El formulario contempla a María como maestra que enseña con su ejemplo el temor de Dios y como modelo de vida evangélica; la admira como madre que invita a subir al monte del Señor, que es el mismo Cristo.

### LECTIO

#### Primera lectura: Proverbios 8,17-21.34s

Así dice la sabiduría de Dios:

<sup>17</sup> Yo amo a los que me aman,  
y me encuentran los que me ansían.

<sup>18</sup> Riqueza y honor me acompañan,  
bienes duraderos y justicia.

<sup>19</sup> Mi fruto es mejor que el oro puro;  
mis productos, mejores que plata escogida.

<sup>20</sup> Camino por sendas de justicia,  
por senderos de derecho,

<sup>21</sup> para brindar bienes a los que me aman y acrecentar sus tesoros.

<sup>34</sup> Feliz el hombre que me escucha, velando a mis puertas día tras día, vigilando las jambas de mi puerta.

<sup>35</sup> Quien me encuentra, encuentra la vida y alcanza el favor del Señor.

El género literario de la perícopa, así como el de otros muchos cuadritos diseminados por el mismo libro bíblico, es el autorretrato o autobiografía por parte de la sabiduría personificada. Ese estilo supone el aprecio del orgullo de la identidad de la sabiduría y, por consiguiente, se convierte en incentivo para hacer amigos y discípulos de ella. Aunque en la versión española no se utiliza nunca la palabra «maestra» para referirse a la identidad de la sabiduría (sólo aparece en Prov 5,12 en un contexto de autocrítica), su servicio magisterial se subraya de manera incesante: la sabiduría es, en verdad, maestra de vida y de pensamiento.

El libro de los Proverbios nos permite descubrir poco a poco quién es esta sabiduría a través de la variedad de los adjetivos y las funciones que le aplica. El reconocimiento más elevado está en las frases que se encuentran en los versículos que se saltan en la perícopa del leccionario: «*El Señor me creó al principio de sus tareas, antes de sus obras más antiguas. Fui formada en un pasado lejano, antes de los orígenes de la tierra*» (8,22s). Así pues, la sabiduría es una criatura divina, un don de Dios destinado a ayudar al hombre, y el magisterio de la sabiduría forma parte del proyecto de Dios.

El servicio magisterial de la sabiduría se articula mediante diferentes formas de pedagogía. La forma ratificada en la perícopa es el aliciente: llegar a ser y permanecer discípulo de la sabiduría es una fortuna, una gratificación –es algo que atrae–. Esa afortunada situación personal está confirmada mediante el aviso de la desgracia: «*Quien*

*me ofende se destruye a sí mismo, pues los que me odian, aman la muerte*» (8,36). Las ventajas de que puede gozar el discípulo de la sabiduría son múltiples y fascinantes, anhelo de todo proyecto humano; el desinterés y la negligencia son estulticia. El beneficio básico son las convicciones fortalecidas por la sabiduría, la mentalidad positiva en la valoración del mundo, un bagaje de conocimientos a los que puede acceder el espíritu para calificar del mejor modo posible nuestra propia vida.

### **Evangelio: Marcos 3,31-35 (del apéndice n. 19)**

En aquel tiempo, <sup>31</sup> llegaron su madre y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. <sup>32</sup> La gente estaba sentada a su alrededor, y le dijeron:

–¡Oye! Tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan.

<sup>33</sup> Jesús les respondió:

–¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?

<sup>34</sup> Y mirando entonces a los que estaban sentados a su alrededor, añadió:

–Éstos son mi madre y mis hermanos. <sup>35</sup> El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.

Los tres evangelios sinópticos concuerdan sustancialmente en referir las palabras de Jesús que incluyen entre sus propios familiares a cuantos cumplen la voluntad de Dios (junto con Marcos, Mt 12,46-50; Lc 8,19-21). El fraseo sintético podría parecer brusco, como si Jesús quisiera distanciarse de su propia familia, incluida su madre. Jesús sabe bien que María conservaba reflexiva y pensativa en su corazón las palabras y los acontecimientos que a él le concernían, así como a sus relaciones recíprocas; sabe que él mismo había crecido en sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres en su ambiente familiar de Nazaret (cf. Lc 2,19.51s). En consecuencia, la identificación de los que tenía a su al-

rededor escuchándole como hermano y hermana y madre no equivale al repudio del parentesco, sino a la prolongación del mismo, motivado además por su carácter ejemplar. A decir verdad, algunos de sus familiares le son hostiles y se muestran escépticos (Jn 7,5), incluso preocupados por el buen nombre de la familia y por él, porque se le considera como si hubiera perdido la cabeza (Mc 3,20s); otros, sin embargo, aparecen entre sus seguidores (Jn 2,12; Hch 1,14), como Santiago, columna en la comunidad primitiva (Gál 1,19).

María destacaba sobre todo entre los que escuchaban y ponían en práctica la Palabra de Dios. Esa disponibilidad como sierva del Señor (Lc 1,26) fue exaltada en casa de Isabel, puesta al corriente por el Espíritu Santo (1,45) y reconocida por el mismo Jesús, que reúne en la bienaventuranza a cuantos siguen la Palabra de Dios (11,27s). El discipulado respecto a la Palabra de Dios plasma la personalidad y potencia la proximidad a Jesús, que vino a realizar la voluntad del Padre (Jn 4,34). Y habilita para el testimonio (Lc 24,48) mediante la luz del Espíritu y la inteligencia espiritual (Jn 16,13): habilita, en cierto modo, para asumir el servicio de maestro humilde y verdadero, mediador de la misma Palabra divina (Mt 28,19s).

### MEDITATIO

Si la humildad es verdad, la atribución del título de «madre y maestra espiritual» a María no contradice la conciencia de su identidad como humilde sierva del Señor (Lc 1,48). María no se las dio nunca de maestra; entre otras cosas, porque según la cultura de su tiempo era impensable el ejercicio de un magisterio por parte de la mujer, que tenía una presencia insignificante y exenta de relevancia en la vida social. María madre y maestra es un «descubrimiento» de la piedad eclesial, que con-

templa admirada su maternidad y la mira como modelo; se trata de una adquisición de la cultura teológica y mística, así como de una afirmación documentada del magisterio eclesiástico.

La denominación acostumbrada de «madre» aplicada a la espiritualidad es válida en referencia a Cristo como «maestro» de espiritualidad o bien de vida según el Espíritu, así como a Cristo en cuanto Hijo de Dios encarnado por obra del Espíritu Santo.

La denominación de «maestra» en el ámbito de lo «espiritual» es válida en referencia al Espíritu Santo: María se pone a su servicio, es su primera discípula, con disponibilidad para secundar su palabra (Lc 1,38). Su presencia en el misterio de Cristo y de la Iglesia aparece precisamente como disponibilidad: de esa disponibilidad alcanzamos fe, devoción, inspiración, modelo... nosotros, que somos discípulos de su hijo y que nos reconocemos discípulos de ella: si María es madre y maestra, nosotros somos sus hijos y discípulos.

### ORATIO

Tu ejemplo, Santa María, brilla siempre ante mí como estrella luminosa en el camino de la vida. Soy incapaz, pero a tu luz y bajo tu protección lo puedo todo. Admítete en tu escuela y enséñame lo que hay que hacer para estar atento a la voz del Espíritu; enséñame a decir «aquí estoy» sin ningún temor, salvo el de Dios; a tener el corazón despierto «meciendo» a la Palabra del Señor; a seguirle con amor hasta la cruz y a servirle de manera incondicional en los hermanos. Admítete en tu escuela y enséñame sobre todo a orar; tú que eres maestra en este arte, porque eres orante y puedes decir palabras de sabiduría. Los pasos se cruzan orando y sólo de la oración puede brotar la vida verdadera.



## CONTEMPLATIO

Si Cristo sufrió y nos dejó un ejemplo para seguir, también María, su madre, al sufrir los mismos dolores, nos dejó un ejemplo junto con su Hijo, para que hagamos como ella hizo, sin apartar los ojos del modelo divino que se nos mostró en el monte. Convirtámoslo, por consiguiente, en modelo de contemplación, a fin de imitar con todo empeño a Cristo y a su santísima madre. Vayamos de nuevo con el pensamiento a la oposición que padeció por parte de los pecadores, a fin de no desanimarnos y desaparecer del camino de la santidad e incluso de la vía de la salvación. Que María siga siendo para nosotros modelo de paciencia fuerte y victoriosa, de intenso vigor espiritual, de valor sin titubeos, de forma que ninguna tribulación ni nada en el mundo consiga separarnos del amor de Cristo (Lorenzo de Brindisi, *Sermón sobre los dolores de la Virgen Madre de Dios*).

## ACTIO

«Venid, hijos, oídme; voy a enseñar el temor de Dios» (*antífona de entrada*). La vida espiritual es la disponibilidad para escuchar al Espíritu Santo: las acciones que hoy lleves a cabo –al menos algunas– confíalas claramente al Espíritu con una invocación acompañada por la mediación de María.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La «Virgen del testimonio» expresa la máxima misionariedad cultural. La misionariedad de María se sobrepone y funde con su testimonio, que asume tanto una profunda dimensión pascual como una incomparable identificación con Cristo «paciente-oferente» para ser configurada con él también en la

resurrección, prolongándose en una esperanza gozosa hasta su tránsito a la gloria eterna. Con esta actitud de testimonio proclama María que, más allá de cualquier bien creado, sólo Dios es el único bien adecuado a la persona y que sólo en quien cree incondicionalmente se puede alcanzar la plenitud de la bienaventuranza. Su actitud es una vida dedicada de manera habitual a la gloria de Dios y al culto en espíritu y verdad, porque el testimonio que «irradia» de la existencia de María es epifanía trinitaria y comunicación a los otros del primado de Dios, a quien corresponde todo honor y toda gloria. La vida de María procede en una continuidad de servicio de testimonio y de testimonio de servicio en presencia de Cristo, a quien está unida como madre, como creyente, como sierva de la Palabra (A. M. Triacca, «*Maria e la "vita di culto" per la missione e la consacrazione*», en AA. VV., *La Vergine Maria e la vita consacrata*, Roma 1995, 190s, *passim*).

## La bienaventurada Virgen María, madre del buen consejo

El formulario número 33 recoge sustancialmente el *proprium* del misal de la orden de san Agustín. La jaculatoria mariana *mater boni consilii* forma parte de las letanías lauretanas y fue insertada por el papa León XIII en 1903. Este título, atribuido a María, resulta apropiado, porque ella es madre de Cristo, «consejero admirable»; transcurrió su propia existencia bajo la guía del «Espíritu de consejo», colmada de sus dones, entre los que se encuentra «el espíritu de la sabiduría»; se adhirió íntimamente al eterno consejo de recapitular en Cristo todas las cosas.

En el formulario se celebra a María como madre y maestra, mediadora de los dones del Espíritu para sus hijos.

### LECTIO

#### Primera lectura: Isaías 11,1-5.10 (del apéndice n. 6)

Aquel día, <sup>1</sup> saldrá un renuevo del tronco de Jesé,  
un vástago brotará de sus raíces.

<sup>2</sup> Sobre él reposará el espíritu del Señor:  
espíritu de inteligencia y sabiduría,  
espíritu de consejo y valor,  
espíritu de conocimiento y temor del Señor.

<sup>3</sup> (Lo inspirará el temor del Señor).  
No juzgará por apariencias,  
ni sentenciará de oídas.

<sup>4</sup> Juzgará con justicia a los débiles,  
sentenciará a los sencillos con rectitud;  
herirá al violento con la vara de su boca,  
con el soplo de sus labios matará al malvado.

<sup>5</sup> Será la justicia el ceñidor de sus lomos;  
la fidelidad, el cinturón de sus caderas.

<sup>10</sup> Aquel día, la raíz de Jesé  
se alzaré como enseña de los pueblos;  
a ella se volverán las naciones  
y será gloriosa su morada.

El Protoisaías (en torno a los años 740-730 a. C.) entrevé la identidad del mesías, tan esperado que parece inminente, y escribe sobre él en el «libro del Emmanuel». El enviado, «ungido» como el «Dios-con-nosotros», confortará y liberará al «pequeño resto» al que el profeta presenta el oráculo: «*Aquel día tus hombros quedarán libres de su carga, su yugo dejará de pesar sobre tu cuello*» (Is 10,27). La promesa es fascinante; la figura del liberador es tranquilizadora; los resultados de su misión son paradisiacos.

El profeta perfila algunas connotaciones que favorecerían la identificación del esperado y que apoyan la esperanza. La descendencia se repite poéticamente en la metáfora de la raíz de la que florece un vástago. En la historia bíblica, esa raíz es Jesé, y el vástago es David, su hijo, garante a su vez de una fecundidad mesiánica. El esperado entra en la historia sagrada cargado con los dones del Espíritu: sabiduría e inteligencia, consejo y fortaleza, conocimiento y temor del Señor, carismas que perfeccionan su personalidad y que activan una recompuesta pacificación ecológica, la misma que se anuncia en el centro del oráculo: «*Habitará el lobo junto al cordero, la pantera se tumbará con el cabrito, el ternero y el leoncillo pacerán juntos; un muchacho pequeño cuidará de ellos*» (11,6).

El mesías-Emmanuel evangélico es para nosotros Jesús de Nazaret. A su madre se le anunció que recibiría el trono de David (cf. Lc 1,32); Jesús exterioriza la autocomprensión de su propia identidad mesiánica: en Nazaret se aplica a sí mismo palabras básicas del oráculo de Isaías –«*el Espíritu del Señor está sobre mí*» (Lc 4,18)– completado con la otra conciencia dibujada por Is 61,1s que él mismo lee en la sinagoga, como atestigua el evangelista.

### Evangelio: Juan 2,1-11

En aquel tiempo, <sup>1</sup> hubo una boda en Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba invitada. <sup>2</sup> También lo estaban Jesús y sus discípulos. <sup>3</sup> Se les acabó el vino y entonces la madre de Jesús le dijo:

–No les queda vino.

<sup>4</sup> Jesús le respondió:

–Mujer, no intervengas en mi vida; mi hora aún no ha llegado.

<sup>5</sup> La madre de Jesús dijo entonces a los que estaban sirviendo:

–Haced lo que él os diga.

<sup>6</sup> Había allí seis tinajas de piedra de las que utilizaban los judíos para sus ritos de purificación, de unos ochenta o cien litros cada una. <sup>7</sup> Jesús dijo a los que servían:

–Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta arriba. <sup>8</sup> Una vez llenas, Jesús les dijo:

–Sacad ahora un poco y llevádselo al maestresala.

Ellos cumplieron sus órdenes.

<sup>9</sup> Cuando el maestresala degustó el vino nuevo sin saber su procedencia (sólo lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al novio <sup>10</sup> y le dijo:

–Todo el mundo sirve al principio el vino de mejor calidad y, cuando los invitados ya han bebido bastante, se saca el más corriente. Tú, en cambio, has reservado el de mejor calidad para última hora.

<sup>11</sup> Esto sucedió en Caná de Galilea. Fue el primer signo realizado por Jesús. Así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él.

«Mi hora aún no ha llegado», es la frase más arcana de Jesús como respuesta a su madre cuando le informa de que a los convidados de Caná ya no les queda vino. El vocabulario griego asigna al verbo *heko* otra inflexión significativa –por ejemplo, «[esta situación] no concierne todavía a mi hora», «todavía no me pertenece mi hora»– también arcana. La respuesta de su hijo no le resulta enigmática a María. El cronista resume el sentido de un diálogo probablemente más diluido entre los dos. Para otros –y éste es nuestro caso–, las palabras de Jesús siguen siendo un desafío abierto.

Los pasajes bíblicos relacionados con la «hora» proyectan luz. Hay alguien que administra las horas de la vida, por lo que es inane todo esfuerzo para alargarla ni una sola hora (Mt 3,27). Hay horas preparadas como citas importantes (Lc 22,14) y horas litúrgicas de comunión simbólica con lo divino (1,10). Está la hora escatológica, desconocida para todos (Ap 9,15; 14,7; Mt 24,36), y hay una hora importante en nuestra vida, que no conocemos y que, por consiguiente, nos induce a vigilar (Mt 25,13; Ap 3,3). Jesús no oculta horas desconocidas, sino que confía una conciencia que también se subrayará en el futuro: «*Todavía no había llegado su hora*» (Jn 7,30; 8,20). Su propia conciencia se mostrará vigilante cuando llegue su hora (13,1), la del paso de este mundo al Padre a través del itinerario pascual de muerte y resurrección (13,1; cf. 12,16.23) y está preparado para cuando suene esa hora (17,1).

La no hora de Caná se engasta en este fluir del tiempo vocacional de Jesús. El estilo joánico, tan evocativo, no excluye una interpretación mariológica de la frase, completada con las otras palabras arcanas: «¿*Qué tengo yo contigo, mujer?*», o sea, una alusión a las relaciones entre ese hijo y esa madre que se volverán a encontrar dialogando en la fase más desolada de la «hora pascual»: Jesús en la cruz ya no da el vino bueno de las bodas, pero le da a María una nueva maternidad en su nombre.

## MEDITATIO

El formulario desarrolla, litúrgicamente, la invocación litánica «madre del buen consejo» (*mater boni consilii*). Sobre el fondo bíblico se levanta un personaje mesiánico, «*consejero admirable*» (Is 9,8c). El evangelista Mateo enmarca el comienzo de la fase itinerante de Jesús con reverberos del oráculo: «*El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz*». En consecuencia, el «consejero admirable» de Isaías representa a Jesús de Nazaret. María es su madre; por tanto, madre de ese consejero. A decir verdad, el Evangelio de Jesús, más que como buen consejo o sugerencia ventajosa, se afirma como proyecto de vida un tanto comprometedor y plenamente promocional. María entró por completo en ese proyecto evangélico, sobre todo mediante su propia disponibilidad servicial a la Palabra de Dios, testigo de la validez individual y altruista del seguimiento. Por consiguiente, María virgen es madre del buen consejo, o sea, inspiradora de una mentalidad positiva, modelo de comportamientos irreprochables.

La cualificación de «buena consejera» fortalece el alcance del «buen consejo», que sigue siendo exhortación, aliento, aviso y, en suma, una palabra fuerte y amorosa de vida; «buenos consejos» para la persona misma de María, reconocida como «perfecta consejera» porque instruye con el estilo evangélico de su propia vida.

## ORATIO

«*Haced lo que él os diga*»: ésta es tu invitación apremiante en las bodas de Caná. A nosotros nos gustaría escuchar siempre su Palabra orientadora para el camino, pero con frecuencia nos mostramos incapaces, distraídos, apáticos...

Por eso nos dirigimos a ti, madre del buen consejo, para que hagas atento nuestro oído, sensible nuestro corazón, decidida nuestra voluntad. Nos dirigimos a ti todas las veces en las que nos resulta difícil conocer la voluntad del Padre, pidiéndote que obtengas para nosotros la «cosa buena» prometida a quien la pide con insistente confianza, el Espíritu y sus siete dones: la sabiduría, el intelecto, el consejo, la ciencia, la fortaleza, la piedad y el santo temor.

### CONTEMPLATIO

Cristo tiene una esposa, a saber: la Iglesia y todo creyente, así como el Padre tuvo como esposa a la antigua Sinagoga y, en ella, toda alma fiel. La bienaventurada Virgen María fue la mayor elegida de esta antigua Sinagoga: Dios la amó hasta tal punto que la envolvió con su amor, fecundándola con su Verbo. Éste, efundido en ella y concebido en el espíritu antes que en el seno, salió de él «*como esposo de la estancia nupcial*» para amar a la nueva Iglesia y en ella a toda alma fiel, «*como una esposa adornada para su esposo*».

También a la nueva esposa, es decir, a la Iglesia apostólica, de la que la Virgen constituía una parte insigne, en virtud de la falta de vino que alegra los corazones, el Esposo le dijo entonces entre otras cosas: «*La mujer, cuando le llega el parto, se siente afligida porque le ha llegado su hora*», y: «*Vuestra aflicción se cambiará en alegría*». Es como si hubiera dicho: «*Vuestra agua se cambiará en vino*». Ahora se acerca, en efecto, la hora en la que, por su pasión y resurrección, la naturaleza humana y mortal, como agua corruptible, se transformaría en el vino de la inmortalidad: después de haberlo probado, «*los discípulos se alegraron al ver al Señor* (Gerhoh de Reichersberg, *Tratado sobre la gloria y el honor del Hijo del hombre*).

### ACTIO

«Invoqué y vino a mí el espíritu de sabiduría. La aprendí sin malicia, la reparto sin envidia y no me guardo sus riquezas» (*antífona de entrada*). El «consejo» es uno de los dones del Espíritu (Is 11,2): consulta hoy la Biblia para comprobar cuánto influye éste también hoy en tus comportamientos y en los comportamientos colectivos.

### PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En la persona humana real y viva que es la Virgen Madre de Cristo se encuentran toda la pobreza y toda la sabiduría de todos los santos. Todo llegó a ellos a través de ella y está en ella. La santidad de todos los santos es una participación en la santidad de María, porque en el orden que Dios ha establecido quiere que todas las gracias lleguen a los hombres por medio de ella.

Por esta razón, amarla y conocerla es descubrir el verdadero significado de todo y tener acceso a toda sabiduría. Sin ella, el conocimiento de Cristo es mera especulación. Pero en ella se transforma en experiencia, porque Dios le dio toda la humildad y toda la pobreza, sin las cuales no se puede conocer a Cristo. Su santidad es el silencio, el único estado en el que Cristo puede ser oído, y la voz de Dios se convierte en experiencia para nosotros mediante la contemplación de la Virgen.

El vacío, la soledad interior y la paz, sin los cuales no podemos ser llenados de Dios, fueron dados a María por Él para que pudiera recibirlo en el mundo, ofreciéndole la hospitalidad de un ser que era perfectamente puro, perfectamente silencioso, y estaba perfectamente en reposo, perfectamente en paz y centrado en la humildad más completa. Si conseguimos vaciarnos del ruido del mundo y de nuestras pasiones, es porque ella ha sido enviada cerca de nosotros por Dios y nos ha permitido participar en su santidad y su escondimiento.

Entre todos los santos, sólo María es incomparable en todos los aspectos. Tiene la santidad de todos ellos y, no obstante, no se parece a ninguno. Y, con todo, podemos decir que somos

como ella. Esta semejanza a ella no es sólo algo que desear, sino la cualidad humana más digna de nuestro deseo, pero la razón de esto es que María, entre todas las criaturas, fue la que restauró más perfectamente la semejanza con Dios que Dios quería encontrar, en diferentes grados, en todos nosotros (T. Merton, *Semillas de contemplación*, Sal Terrae, Maliaño 2008, 179).

## 24

## La bienaventurada Virgen María, causa de nuestra alegría

El culto a la bienaventurada Virgen María bajo este título se propagó principalmente en Francia y en Canadá. La alegría es un don mesiánico dejado por Jesús a sus discípulos. María, su madre, participa de esta donación. El formulario número 34 enumera cinco acontecimientos fuente de alegría: el nacimiento de María, preanuncio de la alegría al mundo entero; la visita a Isabel, en la que María difunde su propio cántico de alabanza y de júbilo; el nacimiento del Señor, que irradia luz festiva; la resurrección de Jesús; la ascensión de la misma Virgen, «tránsito glorioso».

### LECTIO

#### Primera lectura: Zacarías 2,14-17

<sup>14</sup> Salta de gozo, alégrate, hija de Sión,  
porque yo vengo a habitar  
en medio de ti, oráculo del Señor.

<sup>15</sup> Aquel día numerosas naciones  
se incorporarán al Señor;  
se harán pueblo mío;  
yo habitaré en medio de ti  
y sabrás que el Señor todopoderoso  
es quien me ha enviado a ti.

<sup>16</sup> El Señor hará de Judá su herencia en la tierra santa y elegirá de nuevo a Jerusalén.

<sup>17</sup> Que calle ante el Señor todo ser vivo, porque sale de su santa morada.

Las «visiones» descritas en la primera parte del libro de Zacarías estarían fechadas a partir del mes de febrero del año 519 a. C.: esta precisión no deja de subrayar la importancia de la historicidad de los mensajes, entre los que resalta el mensaje de la alegría.

El antiguo profeta exhorta a la alegría a la hija de Sión. «Hija de Sión» es la metáfora de Israel, simbolizado por la colina que se levanta en el corazón de Jerusalén y se configura como pedestal en el templo del Señor, única morada del único Dios de todo el pueblo, que precisamente en los años de Zacarías estaba resurgiendo después de la demolición que tuvo sesenta y ocho años antes. El regreso del Señor para habitar en el templo de Sión es la razón de la alegría de todo un pueblo. El texto profético no se articula, desde el punto de vista léxico, como una invitación a la alegría, como incentivo para disertar sobre un apreciable concepto suministrado en el carácter genérico de una palabra o para revestir un sentimiento indistinto. El objeto de la invitación es un verbo, o sea, la acción del alegrarse. La distinción subraya un aspecto concreto: *la alegría no es algo exterior, sino que se convierte en estado de ánimo y en estilo de comportamiento.*

El día de alegría entrevisto por el profeta, acaecido en el pasado, puede volver a acontecer en el futuro: el Señor, que mora en el centro de la historia de Israel, es la nostalgia de una nación. La tierra santa será puerto de arribada de su nuevo pueblo; el símbolo se convertirá en realidad en los días del mesías, cuando se alegrará la gente porque sabrá que el Señor mora en medio de ellos.

## Evangelio: Juan 15,9-12

(lectura alternativa)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

<sup>9</sup> Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros. Permaneced en mi amor. <sup>10</sup> Pero sólo permaneceréis en mi amor si obedecéis mis mandamientos, lo mismo que yo he observado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. <sup>11</sup> Os he dicho todo esto para que participéis en mi gozo y vuestro gozo sea completo.

<sup>12</sup> Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros, como yo os he amado.

La alegría es uno de los dones que Jesús entrega a sus discípulos. El don de la alegría entregado a los discípulos lo confirma Jesús precisamente durante la última cena: les asegura que nadie conseguirá arrebatárles su alegría, les confía su intención de que tengan en ellos la plenitud de su alegría (16,33; 17,13). El Espíritu Santo prosigue la generosidad de Jesús: la alegría es uno de los dones que él mismo otorga (cf. Gál 5,22).

La alegría asegurada por Jesús no equivale a un apreciable concepto suministrado en el carácter genérico de una palabra o para revestir un sentimiento indistinto, sino a un capital inagotable al que su discípulo puede llegar para animar sus propias palabras, sus comportamientos, las dimensiones variables y visibles de su existir, es decir, que puede alegrarse, puede madurar su propia identidad alegre. Que Jesús no limita el don de la alegría a la joya del concepto o de la teoría se deduce asimismo del detalle de la frase en el original griego: «la alegría, la mía, en vosotros esté». El artículo repetido y el pronombre posesivo imprimen concreción a la oferta de alegría, que no es genérica ni huidiza, sino que se identifica precisamente con su propia alegría: es la misma alegría que él posee la que introduce en la persona de los discípulos. Es la plenitud de la alegría porque, al mismo tiempo, es raíz y fruto del permanecer en su amor como él permanece



en el amor de su Padre. El don pascual de esa alegría brilla como perla preciosa en el marco del proyecto de Jesús que cualifica a los discípulos: el amor mutuo es igual a su amor por ellos. En consecuencia, el amor de Jesús y el amor de los discípulos son alegres.

### MEDITATIO

La alegría es contagiosa: quien se alegra por la presencia benéfica del Señor envía un mensaje de compromiso; quien se alegra no lo hace nunca solo, porque su rostro es móvil y la noticia de su alegría flota libre, interesante, seductora. La alegría bíblica se diferencia de las exaltaciones emotivas, de los goces torcidos, de los placeres rastreros, de las risas exageradas. La alegría en el espíritu es un indicio de pertenencia al Reino de Dios (Rom 14,17). La alegría renovada atestigua la proximidad del Señor (Flp 4,4).

Jesús, poseedor de la alegría, es causa de la alegría para los discípulos. María, su madre, prolonga la accesibilidad a la alegría exclusiva del Señor. La identidad de María se perfila como sierva del Señor: por consiguiente, también está al servicio en la donación de la alegría que él posee. La madre de Jesús experimentó también la alegría. Ella misma sigue siendo testigo creíble de sus experiencias de alegría. La primera palabra que desciende a ella de lo alto es la invitación a la alegría: el «alégrate» tan concreto se debe a que ha encontrado gracia ante Dios (Lc 1,27). La primera palabra que ella pronuncia fuera de su propia intimidad con el Señor es la confianza de una alegría que rebosa de exultación, por haber experimentado que el Señor misericordioso ha dirigido su mirada hacia su humilde sierva (Lc 1,47). María, a través de este servicio y este testimonio, es causa de alegría e inspiración para que otros se conviertan en sembradores de alegría.

### ORATIO

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». La alegría brotada en tu corazón de virgen ante el anuncio del ángel rebotó sobre las colinas de Judá, hasta la casa de Isabel, incluso en el seno grávido en el que Juan «exultó de alegría», y después la derramó en el canto: «*El Poderoso ha hecho grandes cosas por mí...*».

Engendraste a tu Creador en medio del asombro, y en silencio y con humildad le seguiste hasta sufrir la pasión con él, pero alegrándote después con su resurrección de una manera inexpresable.

Te damos gracias, María, porque al entregarnos a Aquel que nos salva, tu alegría pasa a nosotros, y te pedimos que esta alegría esencial se despierte por la atención orante, capaz de reconocer su presencia salvífica en la «pequeña historia» de cada día.

### CONTEMPLATIO

Toda la creación se colmó de alegría por el saludo del espíritu angélico, y la Virgen se alegró con sus palabras. La concepción maravillosa y el nacimiento llenaron de alegría a las criaturas, puesto que, por su mediación, las celestiales estaban destinadas a ser reconciliadas con las terrestres, y la tierra debía obtener la feliz esperanza de heredar el Reino celestial.

Al anuncio de la concepción de nuestro Salvador, los seres espirituales y los corporales se alegraron, porque vieron la proclamación de la salvación y de la vida verdadera. Cantaron gloria al Señor que, en su bondad, había bajado por misericordia hasta nosotros y había fijado su morada en la Virgen, asumiendo de ella la humanidad y uniéndola a su invisible persona (de la liturgia de la Iglesia siro-oriental, *Breviario caldeo I*).

**ACTIO**

La alegría es un don del Señor destinado a los discípulos que oyen su Palabra (Jn 15,11): con una convicción inspirada en María, de manera individual o en común, canta hoy su mismo cántico de alegría, el *Magnificat* (Lc 1,46-55).

**PARA LA LECTURA ESPIRITUAL**

Es la alegría de María la que prorrumpe antes que nada al comienzo de su cántico, como un inmenso reconocimiento y una acción de gracias al Señor. Todo su ser, su alma, su espíritu, su voz, rinden la gloria exclusivamente a Dios; María no guarda nada para sí y reconoce que todo es gracia de Dios en ella, la llena de gracia. Su alma proclama la grandeza del Señor. La única fuente de su alegría es Dios, su Salvador. La exultación que ella expresa es igual a la de Isabel: es la alegría del fin de los tiempos, el gran suspiro de alegría de Israel, que ve llegada, por fin, para sí y para toda la creación, la liberación definitiva. María, en nombre de toda la creación que desea ardientemente la liberación, se estremece con esta alegría inefable en presencia de Dios, que viene a habitar en la tierra para salvar a los hombres. Prefigura asimismo la alegría escatológica de la Iglesia, que, un día, junto con toda la creación, verá volver al Señor resucitado en gloria.

Esta alegría extática de María viene sólo de Dios, su Salvador. No es la maternidad humana lo que la alegra, sino el privilegio de ser la madre del Mesías, su Salvador. El hijito que ella lleva en su seno es su Dios y su Salvador. Hay en la expresión de esta alegría una objetividad y una intimidad profundas: María se pone aparte ante el misterio de esta salvación (M. Thurian, *Marie, mère du Seigneur, figure de l'Église*, Taizé 1963; edición española: *María, Madre del Señor, figura de la Iglesia*, Hechos y Dichos, Zaragoza 1966).

**25****La bienaventurada Virgen María,  
madre del Amor Hermoso**

En el misal romano que estuvo vigente hasta la promulgación del misal reformado según las normas del Concilio Vaticano II, aparece la misa de la bienaventurada María, Reina de todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, una expresión de ascendencia bíblica.

El presente formulario, el número 36, se concentra en torno a la belleza del amor, expresión que, en referencia a María, se traduce en dos adjetivos: «hermosa» y «amable». En efecto, la Virgen, llena de gracia, está revestida de la gloria del Hijo y adornada de todas las virtudes; ella amó a Dios y al Hijo de Dios del modo más puro, adhiriéndose con la dulzura y la fuerza del amor al designio salvífico de Dios.

**LECTIO****Primera lectura: Eclesiástico 24,23-31**

<sup>23</sup> Como vid hermosa retoñé:  
mis flores y frutos son bellos y abundantes.

<sup>24</sup> Yo soy la madre del amor puro y del temor,  
del conocimiento y de la esperanza santa.

<sup>25</sup> En mí está toda gracia de camino y de verdad;  
en mí, toda esperanza de vida y de virtud.

- <sup>26</sup> Venid a mí los que me amáis  
y saciaos de mis frutos,  
<sup>27</sup> porque mi nombre es más dulce que la miel  
y poseerme es mejor que los panales.  
<sup>28</sup> Mi recuerdo durará de generación en generación.  
<sup>29</sup> El que me come tendrá más hambre,  
el que me bebe tendrá más sed;  
<sup>30</sup> el que me escucha no fracasará;  
el que me pone en práctica no pecará;  
<sup>31</sup> el que me honra poseerá la vida eterna

Quien habla empleando el género literario de la autobiografía alegórica es la sabiduría, que «*hace su propio elogio, se gloria en medio de su pueblo*» (Eclo 24,1). El contexto asegura que ese lenguaje no se desborde en vanagloria desdeñosa, sino que se exteriorice como orgullo de identidad y robustez de servicio.

Es la sabiduría en figura femenina la que se califica enumerando rasgos de su propia identidad y de su obrar. El *curso* literario sigue el ritmo del paralelismo, característico sobre todo en la poesía. El fraseo de los versos repite imágenes bucólicas y cuadrillos de vida, tapices de aromas y colores que querrían encantar, a fin de que la atención se disponga de una manera gradual a asimilar los mensajes.

Las imágenes discurren entre las vides –signo de benéficas exuberancias–, el panal –estuche de incomparables dulzuras– y las seductoras abundancias de alimentos, y reevocan figuras antropológicas como la fuente de los sentimientos: el amor y el conocimiento, el deseo y la nostalgia nunca apagados, porque la experiencia futura se muestra poco a poco más pregnante y satisfactoria. El autor sabe que en la conciencia humana yace la obsesión de cruzar el umbral del futuro, y lo orienta a lo largo de los caminos de la sabiduría, que guía hacia la llegada al punto del que ella misma ha partido, o sea, a la experiencia del Altísimo (Eclo 24,3).

El discipulado respecto a esa sabiduría garantiza la realización de la propia identidad y el éxito del proyecto de la propia humanidad. En efecto, «*toda sabiduría viene del Señor y está siempre con él*» (1,1).

### Evangelio: Juan 3,1-6

(lectura alternativa, del formulario n. 16)

<sup>1</sup> Un hombre llamado Nicodemo, miembro del grupo de los fariseos y principal entre los judíos, <sup>2</sup> se presentó a Jesús de noche y le dijo:

–Maestro, sabemos que Dios te ha enviado para enseñarnos; nadie, en efecto, puede realizar los signos que tú haces si Dios no está con él.

<sup>3</sup> Jesús le respondió:

–Yo te aseguro que el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios.

<sup>4</sup> Nicodemo repuso:

–¿Cómo es posible que un hombre vuelva a nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar de nuevo en el seno materno para nacer?

<sup>5</sup> Jesús le contestó:

–Yo te aseguro que nadie puede entrar en el Reino de Dios si no nace del agua y del Espíritu. <sup>6</sup> Lo que nace del hombre es humano; lo engendrado por el Espíritu es espiritual.

Nicodemo es un nombre griego que, etimológicamente, aproxima a una envidiable y prestigiosa posición alegórica, como podría ser la «victoria popular», la victoria con el pueblo o la victoria sobre el pueblo. El Nicodemo que se presenta de noche a Jesús parece pertenecer a ese estatus. Era una persona notable en el círculo de los judíos, maestro en Israel, fariseo liberal, miembro no integrista del sanedrín, próximo desde sus comienzos al grupo de Jesús (Jn 3,1.10; 7,50; 19,39). Es una personalidad adecuadamente identificada por su nombre. Su mayor «victoria» podría ser su conversación con Jesús. La elección de la noche indica discreción y,

tal vez, algún titubeo a causa de su rango y de la singularidad del joven rabino galileo; podría equivaler a la entrada en el recinto de la interioridad o bien en los recovecos de pensamientos a la sombra que espera iluminar. Y la palabra de Jesús sólo confiada a él es como un candil puesto entre sus manos (Jn 3,19-21): la prosecución de su proximidad al Señor hasta la sepultura atestigüa la custodia de esas luces que, poco a poco, fueron venciendo sus zonas de oscuridad.

El encuentro es la *victoria del amor*: victoria del amor por parte de Jesús, que confía a su pensativo interlocutor que Dios ha amado al mundo hasta el punto de darle a su Hijo unigénito para que todo el que crea en él no muera, sino tenga la vida eterna (Jn 3,16); victoria del amor, presumiblemente, por parte de Nicodemo, que intuye la identidad interior de aquel maestro, un maestro que hace signos imposibles para quien no viene de Dios: ese amor consistiría en aceptar renacer de lo alto, en cultivar la vida según el Espíritu, en configurarse con el mismo Señor obrando la verdad a la luz, a fin de que aparezca que sus obras han sido hechas por Dios (Jn 3,21).

### MEDITATIO

La segunda frase de la perícopa sapiencial (Eclo 24,24) brinda la oportunidad al título del formulario «La bienaventurada Virgen María, madre del Amor Hermoso». En el fragmento evangélico se consigue captar alguna idea mariana en los pasajes correspondientes a la madre, al nacimiento y al renacimiento en el Espíritu: María es madre que acoge la acción vital del Espíritu, madre de aquel a quien el Padre envió para que tengan vida los que creen en él.

Podemos desarrollar una pausa meditativa, una especie de autobiografía mariana, a la sombra de la pe-

ricopa sapiencial, mirando a María al trasluz, con una lectura abierta a paráfrasis como las siguientes. Yo soy la raíz de Jesé: el vástago que florece está cargado de gracia y de verdad. Yo soy madre por obra del Espíritu Santo, el que dispensa dones de caridad y temor, conocimiento y sabiduría. En mí se engendró Aquel que se presenta como camino, verdad y vida. Yo soy la madre con el niño en brazos, que, desde los primeros días de su existencia humana, buscaba la gente de cerca y de lejos y lo encontró. Yo soy la mujer presente en la plenitud del tiempo, cuando Dios mandó a su propio Hijo al mundo para alimentar a cuantos tienen hambre de justificación y para calmar la sed de los que tienen sed de él y del Espíritu Santo. Yo soy la madre de Jesús, la que dijo: Haced lo que él os diga. Yo soy la virgen que escucha y guarda en su corazón las palabras que iluminan la existencia. Yo soy la humilde sierva del Señor a la que todas las generaciones proclamarán bienaventurada.

### ORATIO

¡Eres toda hermosa, María! Hermosa en tu concepción, que no conoció la mancha del pecado; hermosa en tu parto virginal, con el que diste al mundo al Hijo de Dios; hermosa junto a la cruz, como cordera bañada en la púrpura de la sangre del Cordero; hermosa en la resurrección del Señor, en cuyo triunfo participaste gloriosa.

Eres toda hermosa, María, madre del que es «*el más bello de los hijos de los hombres*». Que la luz de tu belleza nos invada y caliente en nosotros el germen bautismal de la santidad haciéndolo crecer. Que la fuerza de tu ejemplo nos atraiga para que, mirándote, progreseemos en la experiencia del Espíritu, que es un camino de belleza.



## CONTEMPLATIO

Aquel que en ella se manifestó, me ha dado aliento para decir todas estas cosas sobre su belleza inenarrable.

Por haber llegado a ser la Madre del Hijo de Dios, vi y creí que ella sola es en el mundo la pura entre las mujeres.

Desde que aprendió a discernir el bien del mal, permaneció en la pureza de corazón y en pensamientos rectos.

Jamás se separó de la justicia de la ley, ni la conmovieron las pasiones carnales.

Desde la niñez, se albergaron en ella santos pensamientos y, con diligencia, los ponderó en su meditación.

Estaba siempre el Señor ante sus ojos, y en él se miraba para resplandecer de él y gozar de él.

Y después de ver Dios cuán pura y bella era su alma, quiso habitar en María, que estaba inmune de pecado.

Porque mujer como ella no fue jamás vista, se cumplieron en ella las obras más admirables (...).

Cuanto la naturaleza es capaz de obrar con la belleza, tanto fue ella hermosa, mas no llegó a tal grado por propia voluntad.

Alcanzó la excelencia humana hasta el límite en el que sólo Dios podía otorgarle lo que de suyo no le pertenecía.

Hasta donde los justos son capaces de acercarse a Dios, la llena de gracia llegó por la excelencia de su alma; que Dios naciese en el cuerpo de ella es gracia del Señor,

y por ello ha de ser glorificado:  
¡cuán misericordioso es!

Hasta tal medida llegó la belleza de María, que ninguna mayor que ella surgió en el mundo entero.

Ahora y siempre, demos gracias al Señor, que difundió su gracia sobre las criaturas sin medida alguna.

(Santiago de Sarug, *Homilía sobre la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios*).

## ACTIO

«Toda eres hermosa, María, y no hay en ti defecto» (*antífona del salmo responsorial*). La belleza y el amor constituyen una nostalgia incesante del corazón humano; el «amor hermoso» unas veces es un sueño y otras una desgracia: como signo del amor hermoso, realiza un gesto de amistad delicado y gratuito.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El mundo es una casa. El arquitecto y dueño de esta casa es el Creador, y el padre de los cristianos que habitan en ella es Dios. La madre de esta casa es la santísima Madre del Señor. Camina siempre en presencia de tu Padre, en el amor y en la obediencia, y también en presencia de la madre común, la Madre del Señor, en un santo amor, en la veneración y en la obediencia. En tus necesidades materiales, espirituales, en las desgracias, en los sufrimientos, en las enfermedades, dirígete a ella con fe, confianza y amor. Sé santo, como el Señor Dios, tu Creador, es santo; como Nuestra Señora, Madre de Dios y también tu madre –según las palabras del Salvador: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», «He ahí a tu madre»–, es santa. A fin de que no dudásemos de nuestro derecho a llamar «madre nuestra» a la Madre

del Dios altísimo, soberana santísima, purísima, infinitamente bienaventurada, su divino hijo eterno, el Señor Jesucristo, permitió explícitamente a todos los que aspiran a la santidad llamarla madre: «Aquí tienes a tu madre». Esta afirmación, en la persona de Juan el teólogo, se dirige también a nosotros los cristianos. Sí, María es verdaderamente la más tierna y la más atenta de las madres, la que nos conduce a nosotros, sus hijos, hacia la santidad [...].

Cuando te sientas pecador, impío, impuro, malo, blasfemo y, en consecuencia, no te atrevas a acercarte a nuestra Señora para rezarle, precisamente entonces es el momento de hacerlo con fervor, precisamente por sentirte tan pecador [...]. La madre, que es toda misericordia, no te despreciará, sino que nuestra purísima protectora te purificará como el Señor purificó a los diez leprosos (I. I. Sergiev, *La mia vita in Cristo*, citado en Comunità di Bose [ed.], *María. Testi teologici e spirituali dal I al XX secolo*, Milán 2001, 1153s).

## 26

## Santa María, madre de la unidad

La expresión «María, madre de la unidad» se repite en el magisterio del papa Pablo VI. La unidad de sus discípulos fue objeto de la oración de Cristo y mandamiento suyo. La diferente concepción y relación con respecto a la madre de Cristo pesa en las divisiones entre los cristianos.

El presente formulario, el número 38, celebra a Dios como fuente de la unidad y origen de la concordia; honra como único mediador a Jesucristo; recuerda a la bienaventurada Virgen María, que participó en algunos acontecimientos salvíficos correspondientes al misterio de la unidad: la encarnación, la maternidad por obra del Espíritu Santo, la pasión de Cristo, la efusión del mismo Espíritu Santo.

## LECTIO

**Primera lectura: Sofonías 3,14-20**

<sup>14</sup> ¡Da gritos de alegría, Sión;  
exulta de júbilo, Israel;  
alégrate de todo corazón, Jerusalén!

<sup>15</sup> El Señor ha anulado la sentencia  
que pesaba sobre ti,  
ha barrido a tus enemigos;

el Señor es rey de Israel en medio de ti,  
no tendrás que temer ya ningún mal.

<sup>16</sup> Aquel día dirán a Jerusalén:

«No tengas miedo, Sión,  
que tus brazos no flaqueen;

<sup>17</sup> el Señor, tu Dios, en medio de ti,  
es un salvador poderoso.

Dará saltos de alegría por ti,  
su amor te renovará,  
por tu causa danzará y se regocijará

<sup>18</sup> como en los días de fiesta».

Yo he apartado de ti  
el día que te trajo el oprobio,  
<sup>19</sup> y esto es lo que voy a hacer  
con todos tus opresores:  
aquel día salvaré a las ovejas cojas  
y reuniré a las dispersas.  
Yo te daré honor y fama  
en todos los países  
donde habías conocido la vergüenza.

<sup>20</sup> En aquel tiempo os traeré,  
en aquel tiempo os reuniré  
y os daré honor y fama  
entre todos los pueblos de la tierra,  
cuando cambie vuestra suerte  
ante vuestros propios ojos,  
dice el Señor.

Los últimos oráculos transmitidos en el pequeño libro del profeta Sofonías se presentan como un díptico: en el lado izquierdo aparecen los «lamentos» y, en el derecho, los motivos de alegría. Las invectivas se dirigen contra la porción de una Jerusalén rebelde, contaminada y prepotente, que no ha escuchado la voz del Señor ni aceptado su corrección (Sof 3,1s). Los motivos de alegría animan a la porción de la hija de Sión y de Israel y de Jerusalén, consciente de que el Señor, su Dios, está en medio de ella (Sof 3,14.17).

Sofonías no esconde ninguna de las palabras que el Señor le dirige (a pesar de que su nombre signifique lo

contrario: «YHWH oculta»). Y son en su inmensa mayoría avisos implacables contra la gente y la ciudad, contra etnias y cultos, contra jefes rapaces, profetas altivos y sacerdotes profanadores en Jerusalén. No oculta la expectativa del Señor, que reúne y recoge a la gente en actitud de conversión; la expectativa de que busquen al Señor todos los humildes de la tierra en unidad. No oculta la indignación del Señor, que ha decretado la reunión de la gente y la convocación de los reinos para derramar su cólera sobre ellos. Tampoco esconde, por último, el proyecto del Señor de reunir a todos los pueblos en la invocación de su nombre y en el servicio bajo su guía.

En esta rapsodia oracular vibra el motivo, aunque sea flébil, de la unidad: la voz del Señor cruza todos los confines y baja directa sobre los pueblos y los individuos; la reunión de los dispersados no fracasará cuando el Señor restablezca sus suertes, pasándolas de vergüenza a fama y alabanza. La condición inderogable para la estabilidad de esa unidad es la conciencia de que la centralidad de su historia y de su futuro la ocupa el Señor, salvador poderoso, que renovará con su amor todo lo que existe.

### Evangelio: Juan 11,45-52

En aquel tiempo, <sup>45</sup> al ver lo que Jesús había hecho, muchos de los judíos que habían ido a visitar a María creyeron en él. <sup>46</sup> Otros, en cambio, fueron a contar a los fariseos lo que había hecho. <sup>47</sup> Entonces, los jefes de los sacerdotes y los fariseos convocaron una reunión del sanedrín. Se decían:

—¿Qué hacemos? Este hombre está realizando muchos signos. <sup>48</sup> Si dejamos que siga actuando así, toda la gente creerá en él. Entonces las autoridades romanas tendrán que intervenir y destruirán nuestro templo y nuestra nación.

<sup>49</sup> Uno de ellos, llamado Caifás, que era el sumo sacerdote aquel año, les dijo:

—Estáis completamente equivocados. <sup>50</sup> ¿No os dais cuenta de que es preferible que muera un solo hombre por el pueblo a que toda la nación sea destruida?

<sup>51</sup> Caifás no hizo esta propuesta por su cuenta, sino que, como desempeñaba el oficio de sumo sacerdote aquel año, anunció bajo la inspiración de Dios que Jesús iba a morir por toda la nación,<sup>52</sup> y no solamente por la nación judía, sino para conseguir la unión de todos los hijos de Dios que estaban dispersos.

Jesús había accedido a la imploración de las hermanas Marta y María de que se apresurara a venir a su casa porque su hermano Lázaro estaba enfermo. Jesús llegó cuando Lázaro ya llevaba muerto cuatro días, pero no se rindió ante la muerte, porque él es la resurrección y la vida, y todo el que cree en él, aunque haya muerto, vivirá (Jn 11,25); no se rindió ante el sepulcro, desde el que le gritó a Lázaro que saliera (11,43).

Muchos de los judíos que fueron a la casa de los hermanos de Betania, a la vista de la resurrección que Jesús había realizado, creyeron en él. Otros llevaron la noticia acompañada de comentarios denigratorios a los ámbitos del poder. En el punto de vista integrista de los fariseos, sumos sacerdotes y sanedrín pesaban razones que no podían dejar de alarmarles: en su opinión, la contagiosa popularidad de Jesús unía a la gente, pero en el centro del Imperio romano podía ser considerada como una coalición sediciosa, que los legionarios no habrían tardado en desintegrar con una hecatombe. A fin de conjurar el holocausto, Caifás emitió la sentencia de muerte sobre Jesús, porque es mejor que muera un hombre y no que perezca toda la nación, y desde aquel día decidieron matar al incómodo profeta de Nazaret (11,53).

Una muerte temida de este modo no era la finalidad para la que Jesús sabía que había sido enviado por el Padre. Jesús sabía que cuando fuera elevado de la tierra atraería a todos hacia él (12,32); sabía que el precio de la reunión de todas sus ovejas en el único rebaño del Reino era la ofrenda de su propia vida (10,16); estaba escrito que Jesús debía morir no únicamente por su na-

ción, sino para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos; otros habían oído y sabían que Jesús, el Mesías, era el salvador del mundo (4,41). Jesús ora confiado para que los suyos formen unidad entre ellos, con él y con el Padre, de suerte que el mundo crea que el Padre le ha enviado (17,21).

## MEDITATIO

La Palabra de Dios anuncia y engendra unidad. Una conciencia meditativa encuentra el mensaje de la unidad no sólo filtrando verosimilitudes y analogías temáticas (como las perícopas del presente formulario), sino también textos explícitos. En la Palabra de Dios se apoyan atribuciones marianas como ésta de María, madre de la unidad. La verdad de esta interpretación de su identidad se basa al menos en dos fundamentos: el Espíritu Santo y Cristo. María es *virgen en vistas al servicio del Espíritu Santo*: el Señor de quien la Virgen se declara sierva es el Espíritu Santo, que descendió sobre ella; y el Espíritu es uno y constructor de unidad, hasta el punto que es pecado contra el Espíritu romper la unidad de la fe y de la comunión.

María es *madre del Hijo de Dios encarnado*: Cristo Señor es el Jesús que ella concibió, que ella dio a luz, que ella acompañó y del que fue su discípula, y él es el enviado del Padre para reunir a los hijos dispersos. La identidad de María también se plasmó en unidad: la inalcanzable unidad de la maternidad virginal (o virginidad maternal); la esencialidad de las decisiones que no dan pie a dispersiones; la audición de la Palabra que anuncia la comunión de Dios en la historia y pone en comunión con el Dios de la fe. La división de los discípulos de Cristo a causa de María es un «caso serio», pero el obstáculo para la unidad no es ni María ni la mariología: es problema de eclesiología.



## ORATIO

Jesús oró la víspera de su pasión para que los discípulos fueran una sola cosa y murió en la cruz para atraer a todos a él y reunir así a los hijos de Dios dispersos. Y junto a la cruz estabas tú, María, para engendrar, con Cristo, a la una e indivisa Iglesia. Y estabas también en el cenáculo para invocar, junto con los apóstoles, al Espíritu Santo, para que mantuviera unida en la concordia y la paz a la primera comunidad cristiana. Sin una madre no hay unidad.

Te pedimos que veles aún sobre la Iglesia y apresures la escucha de la oración sacerdotal de Jesús. Te pedimos también que veles sobre toda la humanidad y le obtengas que forme el único pueblo de la nueva alianza.

## CONTEMPLATIO

En el contexto de división de las Iglesias y de búsqueda de la unidad, la devoción a María tiene un espacio propio notable y diferente en función de las situaciones. Los católicos podemos aprender mucho de nuestros hermanos orientales, en particular de su piedad mariana esencialmente litúrgica, del elevado lirismo y de la profunda doctrina de sus oraciones; por otra parte, su liturgia puede ayudarnos a superar cierta dicotomía entre piedad litúrgica y piedad popular que ha existido y sigue existiendo todavía en las Iglesias occidentales.

Nuestras reflexiones se cargan de mayor sufrimiento si miramos a las Iglesias que hunden sus raíces en la Reforma. Ahora bien, entre lo que nos une está también el hecho de recitar con fe y admiración las mismas palabras de María para alabar al Omnipotente. Un día, no divididos ya por nuestros errores, podremos cantar

juntos y con María: «*Proclama mi alma la grandeza del Señor*» (A. M. Baccarani, *María cammina con noi*, Bologna 1988).

## ACTIO

«Aun siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo» (*antifona de la comunión*). Una de las preocupaciones que más nos hacen sufrir sigue siendo la recomposición de la unidad de los cristianos: secunda el anhelo de Jesús haciendo tuya, hoy, su oración por la unidad (Jn 17,1-26).

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La concepción protestante sobre la Virgen sigue estando todavía sensiblemente influenciada, aunque en grados diferentes, por algunas opciones teológicas radicales sobre la Iglesia y el mismo Cristo. Sin embargo, más allá de esto, el sector estrictamente mariológico se resiente de las consecuencias de una polémica provocada por ciertos excesos innegables de la devoción mariana en la baja Edad Media y en el período de la Contrarreforma en la Iglesia católica. Hoy, una vez superada la polémica y eliminados los abusos, tal vez se pueda tomar también la doctrina mariana como base de un diálogo ecuménico cualificado y provechoso. Todo lo que los protestantes han llamado hasta ahora, sin entrar en excesivas distinciones, «excesos» de la mariología católica ya no provoca una reacción violenta, sino que ha empezado a convertirse en estímulo para una nueva reflexión. En consecuencia, se está creando un consenso inicial en torno al principio de que el problema mariano no puede ser eludido, porque es esencial para la predicación evangélica.

El primer síntoma de un cambio de clima es, sin duda, el amor a la Palabra de Dios: los protestantes están descubriendo a María por medio de la Biblia, los católicos en la Biblia. Con

todo, unos y otros deberán revisar sus propios criterios de interpretación. En efecto, los mismos textos evangélicos se entienden a menudo en sentidos divergentes por las Iglesias: por ejemplo, las palabras pronunciadas sobre ella por Cristo durante su vida pública, que también el Vaticano II ha asumido por primera vez, de una manera perspicaz, en el magisterio católico solemne (constitución *Lumen gentium*, n. 58). Esta exigencia metodológica se ha manifestado ya de una manera positiva en el IV Congreso Mariológico Internacional, celebrado en 1965 en Santo Domingo, aunque –por la limitada presencia de teólogos de la Reforma– los resultados fueron necesariamente provisionales (A. Franquesa, «Fede e pietà mariane nel protestantesimo», en AA. VV., *La Madonna nel culto della Chiesa*, Brescia 1966, 201s).

## 27

## Santa María, reina y madre de misericordia

La *Collectio missarum* propone, con este título unitario, al frente de un único formulario para el misal, una serie doble y autónoma de lecturas en el leccionario, aunque nosotros nos limitaremos a considerar sólo la primera de las dos: 39/I. El formulario es nuevo como celebración litúrgica de la Virgen María invocada y contemplada como reina y madre de misericordia. En el formulario se la celebra como profetisa que exalta la misericordia de Dios, como mujer que conoce por propia experiencia la misericordia de Dios.

### LECTIO

#### Primera lectura: Ester 4,17<sup>n.pr.-aa.bb.kh-kk</sup>

En aquellos días, la reina Ester, temiendo el peligro inminente, acudió al Señor y rezó así al Señor, Dios de Israel:

–Señor mío, único rey nuestro.

Protégeme, que estoy sola  
y no tengo otro defensor fuera de ti,  
pues yo misma me he expuesto al peligro.

Desde mi infancia oí,  
en el seno de mi familia,  
cómo tú, Señor,  
escogiste a Israel entre las naciones,  
a nuestros padres entre todos sus antepasados,

para ser tu heredad perpetua,  
y les cumpliste lo que habías prometido.

Atiende, Señor; muéstrate a nosotros en la tribulación  
y dame valor, Señor,  
rey de los dioses y señor de poderosos.

Pon en mi boca un discurso acertado  
cuando tenga que hablar al león;  
haz que cambie y aborrezca a nuestro enemigo  
para que perezca con todos sus cómplices.

A nosotros, líbranos con tu mano,  
y a mí, que no tengo otro auxilio fuera de ti,  
protégeme tú, Señor, que lo sabes todo».

El libro de Ester, como el de Judit, cuenta una liberación de la nación por medio de una mujer. La historia está ambientada en los suntuosos palacios de Asuero, rey de Persia. Hedsá, «arrayán», verdadero nombre hebreo de esta mujer, constituye, en efecto, todo un programa: la bella huérfana, criada por su primo Mardoqueo, que lleva inscrita en su historia la sufrida realidad del pueblo judío en el exilio (Est 2,5s), recibirá la corona que es signo de victoria. En realidad, tras ser llevada a la corte junto con otras muchachas, fue elegida por el rey como reina en lugar de Vasti, y su nombre persa, Ester, mantiene oculta su identidad judía. Se atrae la simpatía de todos los que se cruzan con ella (2,15), y sus dotes de humildad y de sumisión contrastan con la vanidad y la insubordinación de Vasti, convirtiendo a Ester en una gran protagonista. Su papel no se agota en ser «objeto» de goce del rey, sino que será importante ante otro rey, su Dios, para pedir la salvación de su pueblo del exterminio decretado por obra de Amán, un *visir* plenipotenciario que odiaba a los judíos a causa de Mardoqueo, que no se postraba ante él (3,1-6) y que había salvado la vida del rey. Intrigas de *harén* y asesinatos son los expedientes puestos al servicio de la presentación dramática de una tesis típicamente religiosa. La aventura de Ester comienza con un ayuno, con su ora-

ción y la de su pueblo, en la que repite como un estribillo que no tiene otra ayuda más que la de Dios. Mardoqueo le había dicho que no estaba por casualidad en el puesto en el que se encontraba. El Señor, padre de los huérfanos, no abandona a quien se dirige a él de manera insistente. Ester, tras la oración, pasa a la acción y toma la iniciativa de presentarse ante el rey, y, con ello, el destino de muerte de ella y de su pueblo se transforma en fiesta (cf. 8,13ss).

Ester es la «estrella» elegida para invertir los destinos, y la fiesta judía de los *purim* celebra esta divina inversión (9,20-32). El edicto de exterminio redactado el 13 de nisán, día en el que se inmolaba el cordero pascual al anochecer, casi parece tener una conexión con la Pascua.

### Evangelio: Juan 2,1-11

En aquel tiempo, <sup>1</sup> hubo una boda en Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba invitada. <sup>2</sup> También lo estaban Jesús y sus discípulos. <sup>3</sup> Se les acabó el vino y entonces la madre de Jesús le dijo:

–No les queda vino.

<sup>4</sup> Jesús le respondió:

–Mujer, no intervengas en mi vida; mi hora aún no ha llegado.

<sup>5</sup> La madre de Jesús dijo entonces a los que estaban sirviendo:

–Haced lo que él os diga.

<sup>6</sup> Había allí seis tinajas de piedra de las que utilizaban los judíos para sus ritos de purificación, de unos ochenta o cien litros cada una. <sup>7</sup> Jesús dijo a los que servían:

–Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta arriba. <sup>8</sup> Una vez llenas, Jesús les dijo:

–Sacad ahora un poco y llevádselo al maestresala.

Ellos cumplieron sus órdenes.

<sup>9</sup> Cuando el maestresala degustó el vino nuevo sin saber su procedencia (sólo lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al novio <sup>10</sup> y le dijo:

-Todo el mundo sirve al principio el vino de mejor calidad y, cuando los invitados ya han bebido bastante, se saca el más corriente. Tú, en cambio, has reservado el de mejor calidad para última hora.

<sup>11</sup> Esto sucedió en Caná de Galilea. Fue el primer signo realizado por Jesús. Así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él.

En el evangelio de Juan, las bodas de Caná inauguran la vida pública de Jesús con la presencia de su madre, María, y así se señala el vínculo entre María y la misión de su Hijo, entre María y la Iglesia. El autor y testigo interpreta el acontecimiento como un signo que remite a una realidad más íntima de Jesús, y, para sondear el alcance de esta primera manifestación del Hijo de Dios, inspira su relato en otras dos grandes revelaciones, la del monte Sinaí (Éx 19,11) y la de la Pascua (Jn 2,19s; 20-21), que siempre tienen lugar el tercer día.

En el perenne vivir de Dios con la humanidad subyace una trama nupcial. La ley antigua, representada por las seis tinajas destinadas a la purificación (Jn 2,6), ya no es suficiente para el encuentro de amor entre Dios y el hombre. María dice a Jesús que les falta el vino a los esposos, pero en una fiesta del amor no pueden faltar la plenitud de los bienes, la plenitud del amor que traerá el Mesías en el encuentro definitivo con la nueva ley, el Evangelio, simbolizado por el vino. Jesús es el esposo y nosotros somos la humanidad, su esposa, a quien le da el vino sin cálculo, anticipo del amor que llevará a su culminación en la hora de la pasión-muerte-resurrección. Ahora bien, nosotros somos también, y lo somos siempre, siervos que debemos colaborar con una fidelidad obediente en nuestro puesto, poniendo en práctica *«todo lo que él diga»*.

María está atenta a las necesidades de los esposos y recuerda con las palabras de la profesión de fe, primero del pueblo (Éx 19,8) y después suya (Lc 1,38), que lo único que cuenta es repetir enteramente el Evangelio,

seguir a Jesús, tal como el Padre había dicho el día del bautismo en el Jordán: *«Éste es mi hijo, escuchadle»* (Mc 1,11). El vino mejor, que es el mejor de Dios, llega sólo al final, como don a través de Jesús, porque él nos ama. María nos ayuda a creer, a ser discípulos (2,11), a través de la acogida del amor de Dios en nuestra vida.

## MEDITATIO

Lo acontecido a Ester nos enseña que es Dios quien guía la historia. En él se encuentra la fuerza para superarnos a nosotros mismos y llegar a la luz como personas autónomas y emprendedoras, dispuestas a arriesgar la vida. También Daniel y José, oprimidos primero, serán exaltados después por la salvación de su pueblo. Dios apuesta por aquellos a quienes la historia no considera, porque mucho antes de que suceda entra en ellos un futuro de esperanza, en cuanto que Dios ha prometido la liberación y, apoyándose en su promesa, unos hombres y unas mujeres valientes y libres desafían a la noche.

Ser reyes o reinas significa para nosotros usar la dignidad real del bautismo comprometiéndonos en una realización integral de la persona. María es reina con su papel de estar «junto a», de estar atenta a las personas, y, como la otra reina, Ester, reina con la corona del valor y de la oración. A esto nos invita también a nosotros, sus siervos, como vía de liberación y de alegría destinada a superarnos a nosotros mismos y destinada a hacernos salir a la luz como personas autónomas, emprendedoras y dispuestas a arriesgarnos.

La Virgen continúa desde siempre su misión en las muchas bodas de Caná de la historia, a fin de que ninguna criatura sea humillada, sino que irradie vida, felicidad, amor. María está con nosotros en cada hogar, en cada comunidad, para volver a crear la intimidad de las

bodas, del amor, para recordarnos que Dios ama y mendiga amor. Y nosotros somos para siempre los siervos del amor que dan el vino bueno y son capaces de ver las situaciones en las que falta el vino de la amistad, de la felicidad y de la libertad. En los momentos en los que nos sentimos desproporcionadamente pequeños, repetamos desde el fondo de nuestro corazón esta oración: «Señor mío, único rey nuestro, protégeme, que estoy sola y no tengo otro defensor fuera de ti» (Est 4,17).

### ORATIO

Acuérdate de todos tus hijos; presenta sus preces ante Dios; conserva sólida su fe; fortifica su esperanza; aumenta su caridad.

Acuérdate de los que viven en la tribulación, en las necesidades, en los peligros, especialmente de los que sufren persecución y se encuentran en la cárcel por la fe. Para ellos, Virgen Santísima, solicita la fortaleza y acelera el ansiado día de su justa libertad.

Mira con ojos benignos a nuestros hermanos separados y dignate unirlos, tú, que has engendrado a Cristo, puente de unión entre Dios y los hombres.

Templo de la luz sin sombra y sin mancha, intercede ante tu Hijo unigénito, mediador de nuestra reconciliación con el Padre, para que perdone todas nuestras faltas y aleje de nosotros toda discordia, dando a nuestros ánimos la alegría de amar.

Finalmente, a tu corazón inmaculado encomendamos todo el género humano; condúcelo al conocimiento del único y verdadero Salvador, Cristo Jesús; aleja de él los males del pecado y concédele la paz en la verdad, en la justicia, en la libertad y en el amor.

Y haz que toda la Iglesia, al celebrar esta gran asamblea ecuménica, pueda elevar al Dios de las misericor-

dias el majestuoso himno de alabanza y agradecimiento, el himno de gozo y alegría, puesto que grandes cosas ha obrado el Señor por medio de ti, oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María (Pablo VI).

### CONTEMPLATIO

Aunque ahora reina en el cielo, es ella la que obtiene siempre a todos los fieles la misericordia. Ya leemos en el evangelio que intercedió a su Hijo en favor de los hombres: «Hijo, no tienen vino» (Jn 2,2). Como si hubiera querido decir: Hijo, los hombres, hambrientos y sedientos, necesitan tu misericordia y tu amor, para que de ahora en adelante el vino de la gracia lleve alegría a los que hasta ahora había entristecido el sabor insípido de la observancia legal.

Cristo, por las oraciones y los méritos de su madre, sigue cambiando todavía el agua de los pecados en el vino de la gracia, y el agua de las miserias en el vino de los consuelos. Esta madre intercede, en efecto, por nosotros con gemidos inenarrables: ella es la que nos obtiene, por su bondad, llorar nuestras culpas e impetrar con la oración el perdón (Ricardo de San Lorenzo, *Sobre las alabanzas a la Virgen María*).

### ACTIO

«Salve, reina de misericordia, madre gloriosa de Cristo, consuelo de los penitentes y esperanza de los miserables» (*antifona de entrada*). Que hoy suba de tus labios con frecuencia esta súplica: «Salve, reina de misericordia», dirigida a la madre de Cristo, Señor misericordioso, por ti y por cuantos sabes que necesitan misericordia.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El título de «madre de misericordia», el recurso a la actitud misericordiosa de María, está metido en el sentido de los fieles que miran a María como reflejo de la misericordia del Padre. Su cooperación en la historia de la salvación, en el misterio de la compasión misericordiosa del Padre, del Hijo y del Espíritu, hace a María accesible a la piedad confiada del pueblo, porque es capaz de inclinarse hacia nuestra miseria.

La Virgen piadosa [...] es madre misericordiosa. El pueblo ha sentido esta prerrogativa materna suya en el mismo acontecer humano de María, en la sencillez con que exalta, canta, interpreta y asegura en el *Magnificat* la misericordia de Dios, con la expresividad que tiene este título en la Escritura, de generación en generación. [El pueblo] intuye su compasión como capacidad vigilante de advertir las necesidades humanas, expresada en Caná de Galilea. Por último, a partir de la profunda impresión que suscita en el pueblo, especialmente a partir de la alta Edad Media, presta una atención más consciente y profunda a la presencia de María, con corazón misericordioso, junto a la cruz del Señor. La Dolorosa glorificada no puede dejar de ser misericordiosa, como lo fue a los pies de la cruz, en comunión con su Hijo, por la salvación del mundo. Y el dolor y el amor hundiéndose en su corazón a través de la muerte de su Hijo por todos sus hijos dispersos no puede dejar de ser como un río de amor de misericordia que nace de la misma fuente del amor de Dios (J. Castellano Cervera, «La pietà popolare alla madre della misericordia», en AA. VV., *Maria madre di misericordia*, Padua 2003, 283s).

## 28

### La bienaventurada Virgen María, madre de la divina providencia

El formulario número 40 ha tomado la mayor parte de los textos de esta misa del volumen de las misas propias de la Curia Generalicia de los Clérigos Regulares de San Pablo (barnabitas), aunque otros institutos religiosos celebran también la misma memoria. El formulario aclama la intención de Dios, que confió a María la función de benignísima madre de Cristo, pródiga madre de los hombres, dispensadora de gracia.

### LECTIO

#### Primera lectura: Isaías 66,10-14

<sup>10</sup> Alegraos con Jerusalén  
y regocijaos por ella  
todos los que la amáis;  
saltad de gozo con ella  
los que por ella llevasteis luto.

<sup>11</sup> Pues mamaréis hasta saciaros  
de sus pechos consoladores  
y saborearéis el deleite  
de sus ubres generosas.

<sup>12</sup> Porque así dice el Señor:  
Yo haré correr hacia ella,  
como un río, la paz;  
como un torrente desbordado,  
la riqueza de las naciones.



Amamantarán en brazos a sus criaturas y las acariciarán sobre las rodillas.

<sup>13</sup> Como un hijo al que su madre consuela, así os consolaré yo a vosotros, y en Jerusalén seréis consolados.

<sup>14</sup> Al verlo, os alegraréis y vuestros huesos florecerán como prado. El Señor mostrará a sus siervos su poder y a sus enemigos su ira.

El espíritu del Tercer Isaías es muy sensible a los grandes horizontes de fe, de luz y de esperanza. El autor describe de una manera realista las difíciles condiciones en las que se encuentra la comunidad de Jerusalén vuelta del exilio entre los años 521 y 510 a. C. Reinaba una gran crisis de fe, porque las promesas no se habían cumplido, y acechaba la tentación de ver en el presente una contraprueba de la fidelidad de YHWH. El problema planteado a los repatriados era el de perseverar en la fe yahvista. Se insistía en la observancia de las prácticas culturales y legales, así como en la importancia del templo.

Existe una preeminencia para Israel, una glorificación para Jerusalén. YHWH es el redentor. Tras el luto vuelve a sanar, «sacia» y «deleita» en abundancia como una madre que debe dar el pecho a sus hijos. En consecuencia, no sólo salva, ayuda, reúne a los pueblos en Jerusalén e instauro la paz, sino que otorga con abundancia y guía con piedad y dulzura.

Hay en la ciudad quienes creen en las promesas de Dios: son los pobres, los humildes y los contritos de corazón (Is 61,1s), aquellos a los que se anuncia la Buena Noticia. Dios cuida de ellos y pone sobre ellos su mirada (66,2) por su humildad y su temor religioso. Sus hermanos los excluyen, los odian (66,5), por tener esta actitud, pero ellos son bendecidos por Dios (65,23).

La invitación a la alegría se dirige en primer lugar a los que mantienen una relación de amor con la ciudad; a

continuación, a todos los que han participado en su luto. Jerusalén es como una madre que ofrece a todos leche en abundancia para indicar la difusión de afecto, alegría y consuelo (66,11). Las otras imágenes que sostienen la idea de abundancia son las del río y el torrente desbordado (66,12). La alegría y el afecto se ven reforzados por las imágenes de niños llevados en brazos y acariciados, y a Dios se le presenta como una madre. La visión de Dios hará gozar ulteriormente el corazón, dará nuevo vigor a las fuerzas y rejuvenecerá las energías, guiando a los siervos que le son fieles por caminos de justicia y paz.

### **Evangelio: Juan 2,1-11**

En aquel tiempo, <sup>1</sup> hubo una boda en Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba invitada. <sup>2</sup> También lo estaban Jesús y sus discípulos. <sup>3</sup> Se les acabó el vino y entonces la madre de Jesús le dijo:

–No les queda vino.

<sup>4</sup> Jesús le respondió:

–Mujer, no intervengas en mi vida; mi hora aún no ha llegado.

<sup>5</sup> La madre de Jesús dijo entonces a los que estaban sirviendo:

–Haced lo que él os diga.

<sup>6</sup> Había allí seis tinajas de piedra de las que utilizaban los judíos para sus ritos de purificación, de unos ochenta o cien litros cada una. <sup>7</sup> Jesús dijo a los que servían:

–Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta arriba. <sup>8</sup> Una vez llenas, Jesús les dijo:

–Sacad ahora un poco y llevádselo al maestresala.

Ellos cumplieron sus órdenes.

<sup>9</sup> Cuando el maestresala degustó el vino nuevo sin saber su procedencia (sólo lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al novio <sup>10</sup> y le dijo:

–Todo el mundo sirve al principio el vino de mejor calidad y, cuando los invitados ya han bebido bastante, se saca el más corriente. Tú, en cambio, has reservado el de mejor calidad para última hora.

" Esto sucedió en Caná de Galilea. Fue el primer signo realizado por Jesús. Así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él.

Jesús desciende en Caná al nudo germinal de la vida, donde se desarrolla el perenne acontecer de Dios con la humanidad: Dios es el buscador que nunca se cansa de renovar la alianza de amor con su pueblo. Y lo hace precisamente en una fiesta de bodas donde las seis tinajas de piedra ya no sirven para la purificación.

María, la madre de Jesús, está presente en la fiesta, porque donde hay alegría ella la comparte. Ya la habían invitado a alegrarse en la anunciación, porque el Señor estaba con ella (Lc 1,28). María, sierva por amor, contribuye a difundir el amor, la alegría. Por eso se da cuenta en Caná de que los esposos y los invitados ya no tienen vino (Jn 2,3). El vino hacía falta para la fiesta. El vino era símbolo, en Israel, en el Antiguo Testamento, de los bienes que el Mesías habría de traer a su venida. El vino de los tiempos de la restauración habría de ser copioso (Jr 31,12), de solera (Is 25,6) y gratuito (Is 55,1).

María implica en Caná a Jesús, a los criados, a los esposos, a los comensales y a los discípulos. María intercede ante Jesús y pide el vino, la alegría y el amor para la fiesta. Y los criados llenan las tinajas hasta arriba (Jn 2,7) a fin de indicar plenitud, perfección. Con Cristo ha llegado la palabra última de Dios a la humanidad, a la plenitud (1,16s), y precisamente el tercer día, justo el día de la Pascua. El vino bueno conservado «*para última hora*» (2,10) por Jesús, verdadero esposo de las bodas con la humanidad, ha sido preparado a lo largo de todas las etapas de la historia de la salvación (cf. 5,17; 16,24). María, presente como «mujer» al comienzo de la Iglesia, que tiene ya los primeros discípulos en este banquete, es, sobre todo, la madre que provee y que hace de mediadora entre el Hijo y los criados, como sierva por amor, como sierva del amor.

## MEDITATIO

El amor de Dios por su pueblo, al que protege, consuela y colma en abundancia, es motivo de alegría, de fiesta y de exultación. Dios fue el primero en amarnos (1 Jn 4,19). Y su amor se manifestó en la historia, igual que en Caná, en las situaciones de debilidad, de tristeza, de luto (Is 66,10), de carencia, de necesidad (Jn 2,3). No de cualquier cosa, sino de lo esencial: la paz, la fidelidad a los mandamientos, el consuelo. Y también el sentido, la fraternidad, la comunión, la amistad, la alegría. Nuestras tinajas están vacías y necesitamos a nuestra Madre para que nos ayude a pedir, a fin de que nos lleve hacia el Hijo en la dirección adecuada.

María es madre precisamente porque nos ayuda a obtener el verdadero milagro: creer que Dios nos ama sin medida, creer que da gratuitamente, que desea la felicidad de los hombres, que ofrece la salvación únicamente por amor y va allí donde todo parece acabado. Ahora bien, debemos abrirle la puerta, acogerle, para darnos cuenta de su infinita providencia, gratitud y entrega. Dios no usa la lógica del mérito, sino la del corazón, y su don no se detiene en el río de la prosperidad o en la gloria de los pueblos (cf. Is 66,12), sino que nos toma en brazos y nos da su leche como una madre. Más aún: nos da su misma vida, a su Hijo, hasta la entrega total en la cruz. Y María, la madre, está al lado, dando valor a la presencia de Dios, allí donde el hombre encuentra el vacío, la debilidad... porque sabe que el hombre tiene infinitas posibilidades, sabe que nada es imposible para Dios. La historia de la fidelidad de Dios con su pueblo se lo ha enseñado, por lo que pide para cada hombre y cada mujer que se manifieste la «hora», la «hora» anticipada de la abundancia de gracia y de dones de Dios que ella ya ha conocido y pregustado, porque es la «*llena de gracia*» (Lc 1,28). Ella sabe que Dios se muestra pródigo con sus criaturas e intervendrá si nuestro cora-



zón se entrega a su voluntad, una voluntad que es de vida y no de muerte, de bien, de mirada pródiga... precisamente como una madre con su hijo.

## ORATIO

Por un admirable designio de la providencia divina, tú, Virgen María, engendraste al autor de nuestra salvación. En él, tu intercesión siempre nos acompaña y nos procura los bienes del cielo, del mismo modo que en Caná procuró el vino de la alegría a los esposos. Cuidas en particular a los que luchan, sufren y esperan, como una madre atenta asiste a cada uno de sus hijos.

Por tanto, nos dirigimos una vez más a ti con estas palabras: «Bajo tu amparo nos acogemos, Santa María, Madre de Dios; no desoigas la oración de tus hijos, necesitados, y líbranos de todo peligro, oh siempre Virgen gloriosa y bendita» (*antigua antifona mariana*).

## CONTEMPLATIO

Si en las bodas de Caná, sin que nadie intercediera ante ella en favor de los esposos, hizo que su divino Hijo cambiara el agua en vino, ¿cuánto más no intercederá en nuestro favor si se lo pedimos con humildad? Si María pudo e hizo tanto mientras estaba en la tierra, ¿cuánto más podrá hacer y hará ahora que triunfa en el cielo, sentada a la derecha de su Hijo, constituida en madre de los hombres, reina de los ángeles y de los santos y señora del universo? ¿Cuánto más podrá hacer y hará ahora de amable en el cielo, de deseable en la tierra, de terrible en el infierno? Bastará con decir que, allá arriba en el empíreo, María es madre de Dios y al mismo tiempo nuestra madre; que está plenamente compro-

metida con nosotros y que desea vivamente tenernos como compañeros suyos en esta gloria bienaventurada, para estar seguros de que de ella recibiremos todo bien (A. M. Pucci, *Omelia della domenica II dopo l'Epifania*).

## ACTIO

«María, madre atenta y dispensadora de gracia, vela por la Iglesia que lucha, que sufre, que espera». «Divina providencia» es una expresión que equivale a «generosidad de Dios»: del mismo modo que reconocemos a María como testigo generosa de la divina providencia, realiza tú también un signo de generosidad con alguien que te lo pida o que tú sepas que lo necesita.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«La madre de Jesús dijo entonces a los que estaban sirviendo: 'Haced lo que él os diga'». Estas son las últimas palabras que se conocen de María, las primeras y las últimas que nos dirige a nosotros para ponernos en una justa relación con Cristo. No se sabe aún cuánto se quedará en la tierra: ciertamente, todo el período de la vida de Jesús; a buen seguro, hasta el nacimiento de la Iglesia, el descenso del Espíritu Santo sobre la nueva humanidad conquistada entonces. Y después, sin ni siquiera saber con certeza si había muerto o no, pasará de esta vida a la otra, asumida al cielo en cuerpo y alma. Pero los textos sagrados ya no recordarán de ella ni siquiera una palabra, ni en el día de su gloriosa ascensión, cuando –según una leyenda– todos los apóstoles la saludaron mientras, rodeada de luz, desaparecía de sus ojos fulgurados. ¿Qué podía añadir María a lo que ya había dicho? «Haced lo que él os diga».

Sus últimas palabras me hacen pensar, al menos por su brevedad y su sentido, en aquellas otras, igualmente suaves y graves, del Padre cuando compareció en la nube el día del bautismo del Señor: «Éste es mi hijo amado en el que me complazco: escu-

*chadle*». El Padre y la madre remiten a las palabras del Hijo: él es el Verbo que se ha hecho carne, la sabiduría eterna que ha bajado entre nosotros para tomar un cuerpo, a través del cual rezuma luz, como en el día de la transfiguración, y ahora sangre, como en el huerto de los olivos. Y también como entonces, siempre, Moisés y Elías, apóstoles y ángeles, que están a su lado o le rodean o le sirven de testigos. De este modo, el Antiguo y el Nuevo Testamento tienen su plena confirmación en él (D. M. Turolto, *No hanno più vino*, Brescia 1979, 166s).

## 29

## La bienaventurada Virgen María, madre del consuelo

La Madre del Señor es venerada bajo la advocación de «madre de la consolación» o «consuelo de los afligidos» en muchos lugares, especialmente en la ciudad de Turín (Italia), donde se le ha dedicado un célebre santuario. También la veneran muchas familias religiosas. Este título lleva a considerar a María como alguien a través de quien Dios envió al Consolador, Jesucristo, su Hijo, al mundo. Ella, que fue afligida y consolada por la bienaventuranza de los que lloran, espera al Espíritu consolador en el cenáculo y, asumida al cielo, sigue intercediendo por los hombres oprimidos bajo el peso de la tribulación. Todo esto se recoge en el formulario número 41.

### LECTIO

#### única lectura: Isaías 61,1-3.10-11

<sup>1</sup> El Espíritu del Señor está sobre mí,  
porque el Señor me ha ungido.

Me ha enviado  
para dar la Buena Nueva a los pobres,  
para curar los corazones desgarrados  
y anunciar la liberación a los cautivos,  
a los prisioneros la libertad.

<sup>2</sup> Me ha enviado para anunciar  
un año de gracia del Señor  
y un día de venganza para nuestro Dios;  
para consolar a todos los afligidos,  
<sup>3</sup> para alegrar a los afligidos de Sión;  
para cambiar su ceniza por una corona,  
su traje de luto por perfumes de fiesta  
y su abatimiento por cánticos.  
Los llamarán «Robles del Justo»,  
plantados para gloria del Señor.

<sup>10</sup> El Señor me hace desbordar de gozo  
y mi Dios me colma de alegría,  
porque me ha vestido un traje de liberación  
y me ha cubierto con un manto de salvación,  
como novio que se pone la corona  
o novia que se adorna con sus joyas.

<sup>11</sup> Pues como la tierra echa sus brotes  
y un huerto hace germinar la semilla,  
así el Señor hará germinar la salvación  
y la alabanza ante todos los pueblos.

El profeta describe su misión, para la que son necesarios el Espíritu de Dios y la unción sagrada (Is 61,1; 42,1; 1 Re 19,16). La situación que encuentra en Jerusalén es distinta a la descrita en el capítulo 60. El anuncio alegre, el mensaje de consuelo recibido de Dios, está dirigido a la gente piadosa de la comunidad posexilica, que espera la salvación del Señor en medio del dolor y la paciencia.

Jesús hace suyas las afirmaciones de los primeros versículos de Is 61 cuando entra en la sinagoga de Nazaret y empieza su predicación (Lc 4,18). El Espíritu del Señor está también con Jesús, porque es el enviado del Padre. Se insiste en los esclavos, en los que tienen el corazón desgarrado (Is 61,1-3), nombrándoles dos veces con los sinónimos «cautivos» y «afligidos», como para hacer más fuerte la necesidad de redención. La misericordia del Señor trae consuelo, alivio, alegría y alabanza. Dios transforma la ceniza, el luto y el abatimiento, y los habitantes de Sión se volverán «*robles del Justo, plantados para gloria del Señor*» (v. 3).

Son imágenes simbólicas destinadas a señalar que la vida de estas criaturas se convierte en ocasión de gloria para el Señor. Y para reforzar la idea se usa la metáfora de un árbol firme como el roble. En Is 60,21, el pueblo del Señor está constituido por «*justos*», por «*el renuevo que yo planté, la obra que yo realicé, para revelar mi grandeza*». Por parte de la comunidad de Jerusalén no puede haber más que alegría y exultación, porque Dios ha intervenido para salvar, para hacer justos (Is 61,10). La imagen empleada es la de una fiesta nupcial, con el esposo y la esposa colmados de signos de riqueza.

Todo este clima de alegría es certeza y anticipación de lo que se llevará a cabo en el nuevo orden de la justicia de Dios, de la que únicamente ha tenido lugar una manifestación parcial (Is 61,11). Existe un futuro de plenitud y de universalidad, y este futuro lo da el amor de Dios.

### Evangelio: Mateo 5,1-12

En aquel tiempo, <sup>1</sup> al ver a la gente, Jesús subió al monte; se sentó y se le acercaron sus discípulos. <sup>2</sup> Entonces comenzó a enseñarles con estas palabras:

<sup>3</sup> Dichosos los pobres en el espíritu,  
porque suyo es el Reino de los Cielos.

<sup>4</sup> Dichosos los que están tristes,  
porque Dios los consolará.

<sup>5</sup> Dichosos los humildes,  
porque heredarán la tierra.

<sup>6</sup> Dichosos los que tienen hambre y sed  
de hacer la voluntad de Dios,  
porque Dios los saciará.

<sup>7</sup> Dichosos los misericordiosos,  
porque Dios tendrá misericordia de ellos.

<sup>8</sup> Dichosos los que tienen un corazón limpio,  
porque ellos verán a Dios.

<sup>9</sup> Dichosos los que construyen la paz,  
porque serán llamados hijos de Dios.

<sup>10</sup> Dichosos los perseguidos  
por hacer la voluntad de Dios,  
porque de ellos es el Reino de los Cielos.

<sup>11</sup> Dichosos seréis cuando os injurien y os persigan, y digan  
contra vosotros toda clase de calumnias por causa mía. <sup>12</sup> Ale-  
graos y regocijaos, porque es grande vuestra recompensa en  
los cielos, pues así persiguieron a los profetas anteriores a  
vosotros.

Las bienaventuranzas son una descripción de las exi-  
gencias de Dios al hombre. El modelo de construcción de  
las enseñanzas es el mismo: empieza con la expresión «*di-  
chosos*», se indica a continuación la categoría de personas  
y, por último, se dice el motivo de la dicha. La última  
bienaventuranza interpela directamente a los discípulos  
y completa la penúltima sobre los que sufren persecu-  
ciones. Se promete el Reino de los Cielos en la primera  
y en la octava bienaventuranzas, y se recoge el tema de  
la justicia en la cuarta y en la octava (Mt 5,3.6.10). Jesús  
exige a sus discípulos la justicia como *habitus* para en-  
trar en el Reino (cf. 5,6.10.20; 6,1.33). «*No todo el que  
dice: ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los Cielos, sino  
el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos*»  
(7,21), completa el concepto de justicia como cumpli-  
miento de la voluntad divina.

Las bienaventuranzas tratan de las disposiciones in-  
teriores y de las actitudes prácticas que llevan a la cri-  
atura humana a cumplir la voluntad de Dios. Los com-  
portamientos vividos para realizar la justicia serán  
motivo de juicio y de recompensa en el último día. Los  
verbos conjugados en presente en la primera, octava y  
novena bienaventuranzas se emplean para indicar que  
el Reino de los Cielos pertenece ya a los pobres en el es-  
píritu y a los perseguidos por la justicia, aunque deben  
esperar aún para entrar en posesión del mismo. La felici-  
dad que repiten las bienaventuranzas está indicada en  
nueve caminos que constituyen el corazón del Evangelio.  
Esa felicidad está ligada a una promesa, a una esperan-

za garantizada por la palabra de Jesús, y se concede a  
los que recorren los nueve caminos señalados por Jesús  
y realizan lo que se pide en la primera parte de cada una  
de las bienaventuranzas. Los cristianos deben mostrar-  
se, por consiguiente, animosos, según las exigencias del  
sermón de la montaña.

## MEDITATIO

Con el Espíritu del Señor las situaciones de tristeza,  
de límite, de sufrimiento, de esclavitud, se transforman  
en alegría, en liberación, en libertad. Y la clave está en  
el Señor Jesús, que derrama su misericordia sobre la hu-  
manidad, a fin de hacer comprender el futuro glorioso  
que espera a los que practican la justicia, a los que cons-  
truyen ya desde ahora su Reino haciendo su voluntad.  
Entonces la vida resplandece, entonces la gloria de Dios  
es el hombre viviente (cf. Sal 8), que, consolado por él,  
ha optado por la vida, por la alegría, por la fiesta, y es  
consuelo de Dios, revestido del hábito de la salvación y  
del manto de la justicia.

María, Madre de Jesús, es la criatura que exulta en  
Dios, su salvador, porque ha experimentado la grandeza  
de la misericordia de Dios sobre aquellos que le temen  
(cf. Lc 1,46-50). Es la primera criatura a la que se de-  
clara bienaventurada en el evangelio por su fe. Y la bie-  
naventuranza de María se convierte en el camino para  
todos nosotros, discípulos de Jesús. Necesitamos la fe  
para hacer la voluntad de Dios, para vivir la pobreza de  
espíritu, la aflicción, la humildad, el hambre de justicia,  
la misericordia, la pureza de corazón, la paz, la perse-  
cución. Para ser felices debemos buscar en el fondo de  
nuestro corazón la fe, a fin de vivir todas estas situacio-  
nes que se resuelven en la relación con los otros. Felici-  
dad no significa ausencia de dolor: la felicidad convive  
con el hambre, las lágrimas, la persecución, la pobreza.

Las relaciones nos hacen apostar por las personas y no por las cosas, por los encuentros que cambian la vida.

María, primera bienaventurada, la primera en ser amada, que encontró gracia a los ojos de Dios, nos enseña a vivir plenamente con amor el presente, para que haya un futuro de felicidad. Ella, que ya ha experimentado el camino, está con nosotros cuando parecen prevalecer la aflicción, la ceniza, el luto, la tristeza, a fin de ayudarnos a creer que *«Dios, que nos ama, hará que salgamos victoriosos de todas estas pruebas»* (Rom 8,37). Y ella, la primera encaminada de la historia, seguirá guiándonos en la peregrinación hacia la bienaventuranza sin fin.

### ORATIO

Tú, Virgen María, diste a luz en este mundo al que es el consuelo del mundo, prometido por los profetas. Tú, afligida junto a la cruz del Hijo del Altísimo, fuiste confortada con la esperanza de la resurrección. Tú, unida a los apóstoles en el cenáculo, esperaste confiada al Espíritu consolador.

Ahora que estás gloriosa en el cielo, no te olvides de las tristezas de la tierra. Ten piedad de los que sufren por la enfermedad, la soledad, la separación; de los que luchan por sobrevivir y de los que lo tienen todo, precisamente todo, pero no encuentran sentido a su vida. Da consuelo y fuerza a quien se siente incapaz de amar y perdonar. Nosotros, confiados, nos dirigimos a ti.

### CONTEMPLATIO

Todos nos presentamos ante María «gimiendo y llorando en este valle de lágrimas». El motivo nos lo señala Job cuando afirma que así como el pájaro nace para volar, el hombre nace para la tribulación. Pablo va incluso

más lejos y sentencia que sólo nos es posible entrar en el Reino a través de muchas tribulaciones.

Si ésa es la condición de los «desterrados hijos de Eva», ¿quién vendrá a confortarnos? A Jesús, angustiado en el Getsemaní, le envió el Padre un ángel. ¿A quién nos enviará a nosotros? He aquí que del cielo viene María. Como buena Madre, no siempre nos quita la cruz de la espalda, pero sí impetra para nosotros al menos la gracia de soportarla con fruto. Sucede lo que afirmaba de sí mismo san Pablo: *«Así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, así abunda también nuestro consuelo»*.

La santa Virgen, que se mostró tan solícita cuando fue al pueblo de Isabel para ayudarle en las molestias de los últimos meses de gestación, ¿cómo no vendrá igualmente a visitarnos en los momentos de nuestras aflicciones? (I. Schuster, *Pensieri mariani sulle litanie lauretane*, Ares, Milán 1953).

### ACTIO

*«Dichosos los que están tristes, porque Dios los consolará»* (Mt 5,4). El Señor, Padre de misericordia y Dios de todo consuelo, nos consuela en nuestra tribulación para que también nosotros podamos consolar a quien se encuentre en cualquier tipo de aflicción: comprométete hoy en la escucha activa de esta palabra oída en la liturgia.

### PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El anuncio de la gracia contiene una carga de consuelo y de coraje que debemos recoger. María fue invitada por el ángel a alegrarse a causa de la gracia y a no temer a causa de esa gracia. También nosotros estamos invitados a hacer lo mismo. Si María es figura de la Iglesia, entonces se dirige a todas las almas

esta invitación: «¡Alégrate, llena de gracia!», y esta otra: «¡No temas, porque has encontrado gracia!». La gracia es la razón principal de nuestra alegría. En la lengua griega en la que se escribió el Nuevo Testamento, las palabras «gracia» (*charis*) y «alegría» (*charà*) casi se confunden: la gracia es lo que da alegría. Alegrarse por la gracia significa «*buscar la alegría en el Señor*» (cf. Sal 37,4) y en ningún otro fuera de él y sin él. No antepone absolutamente nada al favor y a la amistad de Dios.

La gracia es también la razón principal de nuestro coraje. ¿Qué le respondió Dios a san Pablo cuando se lamentaba del aguijón en la carne? Le respondió: «*Te basta mi gracia*» (2 Cor 12,9). La gracia o el favor de Dios no es, en efecto, como el de los hombres, que con mucha frecuencia desaparece en el momento de la necesidad. Dios es, conjuntamente, «*gracia y fidelidad*» (cf. Éx 34,6); su fidelidad «*está establecida en los cielos*» (Sal 89,3).

Por medio de la gracia podemos mantener, ya desde esta vida, un «contacto espiritual» con Dios mucho más real que el que pueda mantenerse a través de la especulación sobre Dios. Cada uno tiene su medio y su estrategia preferidos para establecer este contacto con la gracia, como una especie de vía secreta, sólo conocida por él: será un pensamiento, un recuerdo, una imagen interior, una palabra de Dios, un ejemplo recibido... Cada vez es como volver a las fuentes y al corazón, y sentir que vuelve a encenderse la gracia. También el apóstol invita a su discípulo Timoteo a «reavivar la gracia» que hay en él (cf. 2 Tim 1,6) (R. Catalamessa, *María, uno specchio per la Chiesa*, Milán 1992, 39s, *passim*; edición española: *María, espejo de la Iglesia*, Edicep, Valencia 1988).

## 30

## La bienaventurada Virgen María, auxilio de los cristianos

Las celebraciones de María como auxilio de los cristianos son propias de la liturgia en muchas iglesias particulares, entre las que figura Roma (por disposición del papa Pío VII tras volver a la urbe después de su apresamiento por Napoleón), así como en diferentes institutos religiosos, y de modo especial en la Sociedad de San Francisco de Sales (salesianos), de cuya liturgia procede (excepto el prefacio) el formulario número 42. Los textos bíblicos del leccionario y los eucológicos del misal convergen en presentar a María como vencedora del Maligno y auxiliadora del pueblo cristiano.

### LECTIO

#### Primera lectura: Apocalipsis 12,1-3.7-12.17

<sup>1</sup> Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza. <sup>2</sup> Estaba encinta y las angustias del parto le arrancaban gemidos de dolor.

<sup>3</sup> Entonces apareció en el cielo otra señal: un enorme dragón de color rojo con siete cabezas y diez cuernos y una diadema en cada una de sus siete cabezas.

<sup>7</sup> Se trabó entonces en el cielo una batalla: Miguel y sus ángeles entablaron combate contra el dragón. Lucharon encarnizadamente el dragón y sus ángeles, <sup>8</sup> pero fueron derrotados



y los arrojaron del cielo para siempre. <sup>9</sup> Y el gran dragón, que es la antigua serpiente, que tiene por nombre Diablo y Satanás y anda seduciendo a todo el mundo, fue precipitado a la tierra junto con sus ángeles. <sup>10</sup> Y en el cielo se oyó una voz potente que decía:

Ya está aquí la salvación y el poder  
y el reinado de nuestro Dios.  
Ya está aquí la potestad de su Cristo.

Ha sido precipitado el acusador  
de nuestros hermanos,  
el que día y noche los acusaba  
delante de nuestro Dios.

<sup>11</sup> Ellos mismos lo han vencido  
por medio de la sangre del Cordero  
y por el testimonio que dieron  
sin que el amor a su vida  
les hiciera temer la muerte.

<sup>12</sup> ¡Alegraos, por tanto, cielos  
y los que habitáis en ellos!  
Temblad, en cambio, tierra y mar,  
porque el diablo ha bajado a vosotros  
rebotando furor,  
al saber que le queda poco tiempo.

<sup>17</sup> Irritado el dragón por su fracaso con la mujer, se fue a hacer la guerra al resto de su linaje, a los que observan los mandamientos de Dios y dan testimonio de Jesús.

El capítulo 12 es central y culminante en el Apocalipsis, porque entran en liza los dos antagonistas –Cristo y Satanás– y los acontecimientos sobresalientes de la lucha. El método empleado es el semítico de los «círculos concéntricos» en tres escenas sucesivas: en el cielo-firmamento (vv. 1-6), en el cielo (vv. 7-12), en la tierra (vv. 13-18). Se transcribe aquí el vaticinio de Gn 3,15 en versión cristológico-elesial.

La «mujer vestida de sol» representa al pueblo de Dios de los dos Testamentos e, indirectamente, también a la Virgen María. Es una mujer encinta, dispuesta a «dar a luz» una vida, presa del dolor que comporta este supremo acto materno.

La otra señal es el dragón, símbolo del mal en continua propagación, de la violencia, tal vez incluso del poder del sanedrín y del tribunal romano. El color del dragón simboliza la guerra, y el v. 9 revela su nombre: antigua serpiente, Diablo o Satanás (cf. Gn 3,15), que tiene poder sobre el mundo (siete cabezas, diez cuernos, siete diademas). El dragón se pone delante de la mujer para devorar al niño, que, sin embargo, es arrebatado inmediatamente hacia Dios (vv. 4s). Estas escenas describen el misterio pascual, la «hora» de la pasión y resurrección de Jesús (cf. Jn 16,21s).

La guerra que estalla en el cielo entre los ángeles de Miguel y los ángeles del dragón concluye con la derrota de estos últimos. El dragón es expulsado del cielo y precipitado a la tierra. Se hunde el enemigo de la gloria de Dios, casi en antítesis a la ascensión de Jesús al cielo. La voz coral celebra la salvación traída por Cristo y el triunfo del Reino de Dios, dado que ha caído el diablo, causa de las persecuciones padecidas por los hermanos acusados por él (cf. Job 1,6-12; Zac 3,1). Éstos han vencido por su fe en Cristo, y esto es motivo de exultación incluso en los cielos.

La serpiente inflige nuevas persecuciones contra la mujer y se enfurece contra la descendencia de ésta, contra los que son de la Iglesia y se distinguen por la observancia de los mandamientos y por su testimonio.

### **Evangelio: Juan 2,1-11**

En aquel tiempo, <sup>1</sup> hubo una boda en Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba invitada. <sup>2</sup> También lo estaban Jesús y sus discípulos. <sup>3</sup> Se les acabó el vino y entonces la madre de Jesús le dijo:

–No les queda vino.

<sup>4</sup> Jesús le respondió:

–Mujer, no intervengas en mi vida; mi hora aún no ha llegado.

<sup>5</sup> La madre de Jesús dijo entonces a los que estaban sirviendo:

–Haced lo que él os diga.

<sup>6</sup> Había allí seis tinajas de piedra de las que utilizaban los judíos para sus ritos de purificación, de unos ochenta o cien litros cada una. <sup>7</sup> Jesús dijo a los que servían:

–Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta arriba. <sup>8</sup> Una vez llenas, Jesús les dijo:

–Sacad ahora un poco y llevádselo al maestresala.

Ellos cumplieron sus órdenes.

<sup>9</sup> Cuando el maestresala degustó el vino nuevo sin saber su procedencia (sólo lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al novio <sup>10</sup> y le dijo:

–Todo el mundo sirve al principio el vino de mejor calidad y, cuando los invitados ya han bebido bastante, se saca el más corriente. Tú, en cambio, has reservado el de mejor calidad para última hora.

<sup>11</sup> Esto sucedió en Caná de Galilea. Fue el primer signo realizado por Jesús. Así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él.

El milagro de Jesús en las bodas de Caná es el primero de los signos que realizó en su ministerio público. Es importante que el evangelista lo señale: «*La madre de Jesús estaba invitada*» (v. 1). María estaba presente en la fiesta de las bodas, en el comienzo de una nueva familia. Está presente en la fiesta que recuerda al hombre y a la mujer en su justa situación en el plan de Dios: una multiplicación de amor y de vida. La madre en Caná es la madre de la Vida verdadera: por eso es la «mujer» no como persona individual, sino como humanidad necesitada del vino del amor.

Y María, la madre de Jesús, que es amor, puede pedir a su hijo algo así como un anticipo de su «hora». Ha llegado la hora de llevar a cabo la obra para la que el Padre le ha enviado. María, la madre, interviene ante su hijo y casi le ayuda a comprender que es necesario que él se introduzca en esa situación. He aquí, en efecto, las

lapidarias palabras maternas: «*No les queda vino*» (v. 3). La ayuda de la mediación materna está destinada a una ayuda más amplia: María piensa en los esposos, y en ellos incluye a todos los esposos de la tierra, a todas las familias que la acogen como madre de Jesús. En el signo de Caná es preciso leer así que María es verdaderamente madre porque inaugura su servicio, el de ser sierva de Dios y de los hombres. María recuerda que la mujer es verdaderamente tal cuando es madre, cuando entra en el interior del problema, cuando va al ser.

«*Haced lo que él os diga*» (v. 5) significa sed coherentes con la palabra que está en el corazón, que está en el centro de la vida. María está dispuesta a mediar, a hacer de vínculo, a coordinar los papeles; no pide para ella, sino para otros, y otros aún –los siervos– se ven implicados en el hecho de llevar a cabo el milagro. La Palabra de Jesús se ha de poner en práctica, como los siervos ponen el agua en las tinajas (v. 7).

Ésta es su ayuda principal: llevar al hombre a ser dócil a la Palabra de la vida. El agua se convierte en vino sólo afuera, cuando se la llevan al maestresala, siguiendo una cadena de obediencia, de comunión, de colaboración. María está presente desde el primer signo y más allá de su vida, en la vida de la Iglesia, como la que lleva a los hombres y a las mujeres a su Hijo (cf. Hch 1,14).

## MEDITATIO

Una imagen de luz en el cielo de Dios contrasta con una imagen de tinieblas. La mujer símbolo de la Iglesia, de la vida que está para difundir otra vida, se encuentra implicada en una lucha contra el mal, contra la muerte, representada por el dragón. Los dragones arrecian todavía en nuestro mundo, y el buen grano crece junto con la cizaña. Lo importante es distinguir los signos y



saber que quien sigue a Dios encuentra lucha, desafíos, pruebas. Pero el mal no prevalecerá, como Jesús se lo dijo un día a sus discípulos: «*Las puertas de los infiernos no prevalecerán contra la Iglesia*» (Mt 16,18).

El Reino de Dios se realiza allí donde hay fe, allí donde la fe alimenta la caridad y la esperanza hasta la entrega de nosotros mismos. Jesús lo demostró con su vida. También él tuvo que luchar, pero permaneció fiel al Padre incluso cuando, desde el punto de vista humano, todo parecía perdido.

Los cristianos que poseen el testimonio de Jesús y observan sus mandamientos deben prepararse para hacer frente al enemigo. Ahora bien, Jesús repite: «*Tened fe; yo he vencido al mundo*» (Jn 16,33). Con nosotros tenemos otro signo en el camino, además del de Jesús resucitado y vencedor. Se trata de su madre, que nos repite que observemos los mandamientos de Dios, todas sus palabras, incluso cuando nuestra vida, nuestra familia, nuestras comunidades, no tienen vino..., incluso cuando falta lo más importante desde el punto de vista humano. Entonces es cuando estallan la fe y la oración.

La oración a nuestra madre es para que vuelva a nosotros sus ojos misericordiosos. María es madre de todos y no puede dejar de socorrer a sus hijos. Y su primera ayuda consiste precisamente en el hecho de ser madre, de conducirnos a todos a tener la experiencia de lo que ella misma ha experimentado: que Dios salva, derriba a los poderosos, ensalza a los humildes. Hay victorias de Dios que escriben las «grandes cosas» que él ha hecho en la vida de las personas. Y esas victorias –lo atestigua la madre del Salvador– se consiguen en virtud de la fe incluso frente al enemigo, incluso frente a situaciones adversas. En efecto, Dios está con nosotros, sus discípulos, como lo estuvo con María. Está con nosotros hasta el fin de los tiempos. Y la madre está con él en la gloria y desde allí nos asiste en estos cambios de época.

## ORATIO

Por ti, María, damos gracias a Dios Padre, porque te ha dado al pueblo cristiano como auxiliadora y madre. Tú conoces todas nuestras luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, y sobre ellas haces brillar tu imagen de «mujer» victoriosa, prefigurada desde los comienzos del género humano. Por eso tenemos confianza en que, bajo tu protección, podremos afrontar el buen combate de la fe y, anclados en la Palabra de Dios y en la enseñanza de la Iglesia, proceder seguros entre las tempestades del mundo.

Que tu ayuda eficaz haga de nosotros, los cristianos, en compañía de los hombres y las mujeres de hoy, lo que alma es para el cuerpo, hasta que, junto con todos nuestros hermanos y hermanas, podamos llegar a la gloria perfecta, en la patria celestial.

## CONTEMPLATIO

Al celebrar con cánticos, alabanzas e himnos al Espíritu Santo, tomemos a la siempre bienaventurada madre de Dios, María, como abogada junto al hijo nacido de su seno, diciendo: «Por la intercesión de tu madre, Señor, aleja de la tierra y de sus habitantes los rasgos y las llagas de la cólera. Haz que desaparezcan las adversidades y las sediciones; aleja de nosotros la guerra, el exilio, la carestía y las epidemias. Compádecete de nuestra debilidad, sostén nuestra fragilidad y socorre nuestra miseria. Sálvanos de las opresiones, da reposo a los fieles difuntos que nos han dejado y concédenos a todos un fin pacífico, para darte gloria y gracias ahora y siempre y por los siglos de los siglos» (del misal maronita).

## ACTIO

«Has constituido a la inmaculada Virgen María, Madre de tu Hijo, madre y auxilio del pueblo cristiano, para que, bajo su protección, luche intrépido el combate de la fe» (*del prefacio*). Reflexiona sobre el testimonio de hermanos en la fe, mártires del tiempo presente, de quienes recuerdes noticias y compara con las de ellos la robustez de tu fe y la calidad de tu testimonio.

### PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La vocación de María se orienta cada vez más hacia la hora de Cristo, hacia la pasión. Cuando Jesús le dice que su hora aún no ha llegado, le indica también, en términos velados, que, una vez llegada esa hora, ella estará de nuevo junto a él. La hora de la pasión del hijo será la hora de la compasión de la madre. De hecho, Juan no nos habla de María más que en el momento del signo de Caná y en el momento de la pasión. El signo de Caná prelude así, en cierto sentido, el signo de la cruz, cuando Jesús será exaltado.

Podemos señalar, por último, que Jesús realiza su milagro a petición de María. Caná nos revela, por consiguiente, no sólo la gloria de Jesús, sino también la intercesión materna de María. La abundancia de vino nos deja entrever el poder de esta intercesión.

El evangelio no explicita todo esto, y la afirmación de la mediación de María, basada en el milagro de Caná, puede parecerse atrevida en el plano estrictamente exegético. Sin embargo, la piedad popular —con la liturgia— tiene a veces esos atrevimientos. Si María se ocupó del tema del vino en un banquete de bodas, con mayor razón se ocupará de los intereses espirituales de quienes se encomiendan a ella e imploran su ayuda (L. Deiss, *Elementi fondamentali di mariologia*, Brescia 1970, 241s).

## 31

### La bienaventurada Virgen María de la Merced

El formulario número 43 lleva en la liturgia el título de la orden de la Bienaventurada María Virgen de la Merced, fundada por san Pedro Nolasco († 1256) en 1218 en Barcelona, para la redención de los cristianos cautivos, tras tomar consejo de san Raimundo de Peñafort († 1275) y del rey Jaime I de Aragón († 1276). A María se la celebra como nueva Judit que libera a su ciudad; como profetisa de la redención de Israel; como compañera de la pasión de Cristo; como piadosísima madre dada por Dios misericordioso; como abogada y celestial patrona.

### LECTIO

#### Primera lectura: Judit 15,8-10; 16,13s

En aquellos días, <sup>15,8</sup> el sumo sacerdote Joaquín y el consejo de ancianos de los israelitas, que residía en Jerusalén, vinieron a comprobar las maravillas que había realizado el Señor en favor de Israel y a ver a Judit para felicitarla. <sup>9</sup> Cuando llegaron ante ella, la bendijeron todos a una diciendo:

Tú eres la gloria de Jerusalén,  
tú el orgullo de Israel,  
tú el honor de nuestra raza.

<sup>10</sup> Tú sola has hecho todo esto.  
Has hecho un gran bien a Israel,  
y Dios se ha complacido en ello.

Que el Señor todopoderoso te bendiga por siempre jamás.

Y todo el pueblo dijo:

–Así sea.

Judit entonó este canto:

<sup>16,13</sup> Cantaré a mi Dios un cántico nuevo:

Señor, ¡qué grande y glorioso eres!

¡Qué admirable y sublime es tu fuerza!

<sup>14</sup> Que todas las criaturas te sirvan,

porque hablaste y comenzaron a existir,

enviaste tu aliento y existieron.

No hay quien resista a tu voz.

Hay una palabra que se repite en el fragmento: la palabra «*bendición*». Bendición a Judit porque Dios ha manifestado su poder a través de ella. Judit está en el centro de una historia simbólica donde la fuerza y el coraje se encuentran en el hecho de conducir al pueblo a la victoria divina a través de la muerte del enemigo. Esta mujer desarrolla una función profética ante los suyos respecto a los jefes y a todo el pueblo: es capaz de ver el sentido profundo de las cosas. Israel siente miedo frente al rey enemigo, que quiere conquistarlo y ser reconocido como un dios, y se olvida de lo que  $\Upsilon\eta\omega\eta$  ha hecho por él. Pero aquí aparece Judit, mujer piadosa y sabia en la fidelidad a Dios, que es capaz de ver a lo lejos y revela a los ancianos lo que está sucediendo. Invita a la fe –que es capaz de aceptar lo que Dios quiere– y colabora en su plan de salvación llevando adelante, con su debilidad, el proyecto divino tras haber rezado al que salva de verdad. Judit, que sabe actuar con inteligencia, lleva a cabo su parte y crea las condiciones para que el pueblo realice la suya y derrote al ejército adversario.

Judit no tiene hijos, sino que vive su maternidad en la soledad por su pueblo; no vive nada para ella, sino que todo es para el pueblo, y usa su feminidad como servicio. Su capacidad de penetrar en el corazón humano es profunda y audaz para asumir posiciones y papeles por

el bien del pueblo, sin renegar de su especificidad. La victoria de Israel es la victoria de Dios. Y el epílogo es la gran fiesta y la alabanza porque Dios ha salido vencedor. Esto es lo que canta Judit (16,13s), la heroína que merece la visita del sumo sacerdote Joaquín y del consejo de ancianos y que merece asimismo palabras de bendición. Se trata de un honor para Israel, porque ha hecho «*un gran bien*» a su pueblo (15,8-10). La verdadera victoria consiste en que ahora Israel es nuevamente capaz de creer y nuevamente capaz de abrir la boca para cantar las alabanzas de Dios.

### Evangelio: Juan 19,25-27

En aquel tiempo, <sup>25</sup> junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás, y María Magdalena. <sup>26</sup> Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto amaba, dijo a su madre:

–Mujer, ahí tienes a tu hijo.

<sup>27</sup> Después dijo al discípulo:

–Ahí tienes a tu madre.

Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa.

María estuvo al lado de su hijo desde el nacimiento, y al final se quedó bajo la cruz para compartir la dolorosa pasión y muerte de Jesús. Éste pronuncia en aquel momento de supremo dolor sus últimas palabras, que son casi una oración como consumación de la obra redentora (cf. Jn 19,28-30), palabras dirigidas a su madre y al discípulo que amaba: una y otro son testigos íntimos, discípulos fieles, puesto que todos los demás habían huido (cf. Mt 26,56), tal vez por miedo a comprometerse, por miedo a la cruz.

María desafía el juicio de la gente, la posición de la religiosidad oficial, y se pone de parte del condenado, del revolucionario. Y allí, en aquel lugar de mala fama, frecuentado sólo por la muerte, se cumple para María el

coronamiento de su vocación: la maternidad universal. María estaba sola en la anunciación y ahora está también sola a los pies de la cruz. Si en la anunciación había pronunciado pocas palabras, casi un monosílabo, «*fiat*», en el Calvario María asiente en silencio. El camino desde Nazaret a Jerusalén la ha llevado desde la fe obediente a la fe de ofrenda.

La Virgen es la Iglesia naciente que debe acoger a cada hombre que se convierte en hijo de Dios en virtud de la fe en su hijo Jesús. Y María nos lleva a todos en el corazón: no puede olvidarse de los cristianos. Ahora bien, el mandato es más fuerte respecto a cada discípulo de Cristo, a cada creyente: «*Aquí tienes a tu madre*». El cristiano debe mirar a María, aprender de ella, de su escucha, de su silencio, de su fortaleza, de su maternidad. Y debe llevarla en su corazón, en su camino de fe. Jesús vino a la tierra sirviéndose de una madre, de un padre. La deja constituyendo la familia de la Iglesia. Y nosotros debemos ser unos hijos dignos.

## MEDITATIO

Judit liberó al pueblo del asedio de Holofernes. Era viuda, pero no una mujer indefensa. Tiene su propia estabilidad, su seguridad, una decisión que no le pueden venir más que de una relación viva con su Dios. Por eso puede usar con tanta libertad y audacia su ser mujer, porque se sabe custodiada por Dios, con el que vive en una intimidad profunda, esponsal, tal como nos revela su oración (Jdt 9,1-14).

Judit no tiene hijos; sin embargo, habla de su pueblo y de su gente con palabras y acentos típicos de una madre (cf. 16,4.11). Implica a los otros en la alegría de su victoria (15,12s) no sólo en la oración, sino también en la fiesta. Pone en juego todas las posibilidades de su

propio ser femenino y, aun estando privada de la esponsalidad y de la maternidad, va más allá de la carne en una apertura que la abre tanto en dirección al misterio de Dios como en dirección al misterio de su pueblo.

María es la nueva Judit que con su «sí» liberó a la humanidad del antiguo adversario, la serpiente, y procuró la salvación a toda la Iglesia. También supo orar a Dios y proclamar su grandeza por las obras realizadas en favor de Israel. Tras haber dedicado todo su ser a la obra de su hijo, está unida a él y a su misión de salvación de una manera indisoluble: Cristo es el redentor del mundo, y su madre es corredentora. Desde el día en que tuvo lugar el drama del Calvario, María no cesa de vivir su materna solicitud hacia nosotros ni de interceder incesantemente. Su hijo la entregó al morir a todos nosotros, y no existe relación más fuerte que la que se da entre una madre y su hijo. Ahora bien, esto lleva consigo una reciprocidad inevitable: somos hijos y debemos tenerla entre los seres más queridos, como hizo el apóstol Juan. Nosotros estamos llamados también a ser padres y madres, a generar la vida, a acogerla, a protegerla, a defenderla. Sobre todo, mirando a María y dejándonos educar por ella, que nos repite que estemos allí donde Cristo sigue siendo crucificado en los hermanos, y que nos recomienda enjugar las lágrimas y llevar energías de amor allí donde el odio siembra la desesperación, la muerte, la soledad, la indiferencia. Entonces volveremos a perfilar las relaciones madre-hijo en un mundo que las ha alterado, que las ha desenfocado, traicionando así el proyecto del Creador.

## ORATIO

«*Tú eres la gloria de Jerusalén, tú el orgullo de Israel, tú el honor de nuestra raza*» (Jdt 15,9). En efecto, tú, María, te adheriste con todo tu ser al designio de Dios, que te

quiso unir de manera indisoluble a la misión redentora del Hijo. Desde el árbol de la cruz junto al que estuviste presente y del que participaste ha madurado el fruto de nuestra libertad.

Que tu ejemplo y tu intercesión nos hagan también a nosotros, como a ti, generosos y solícitos en el obrar en favor del rescate de toda esclavitud. Te presentamos en particular a tu corazón de madre a los jóvenes víctimas de la droga, a las prostitutas, a los prisioneros, a los que mueren a causa del sida, a los que explotan a los pequeños. Que a cada uno le pueda llegar pronto el momento de la readquirida libertad del cuerpo y del espíritu.

## CONTEMPLATIO

Su hijo la llama «*mujer*» desde la cruz: con ello quiere indicar la mujer por excelencia, la única mujer elegida para ser la madre de los elegidos.

«Oh mujer –le dice–, nueva Eva, he aquí a tu hijo: él y todos los fieles que él representa son hijos tuyos. Juan es mi discípulo, mi predilecto: recibe en su persona a todos los cristianos, porque Juan ocupa el lugar de todos ellos y todos ellos son, como Juan, mis discípulos y mis predilectos».

Esto es lo que quiere hacer ver el Salvador a su santa madre. Y lo que me parece más digno de señalar es el hecho de que les dirige estas palabras desde la cruz. Desde la cruz nos da la vida y nos regenera a la gracia el Hijo de Dios, en virtud de su sangre derramada por nosotros. Y también desde la cruz nos muestra a María, virgen purísima, que es madre de Juan y de sus fieles.

Y así veo al nuevo Adán, que, al regenerarnos con su muerte, asocia a la nueva Eva, María, su madre, a la misteriosa generación de los hijos del Nuevo Testamento (B. Bossuet, *Oeuvres oratoires*, vol. I).

## ACTIO

«María, tú te interesas siempre con maternal amor por los hermanos de tu Hijo que se encuentran en necesidad, a fin de que, rotas las cadenas de toda esclavitud, gocen de plena libertad de cuerpo y de alma» (*paráfrasis del prefacio*).

La palabra «merced» significa en el título atribuido a María «liberación»: dedica un poco de tu tiempo a orar para que caigan las cadenas actuales de esclavitud que tú mismo puedes enumerar.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Jesús no quiere liberar a un tipo particular de hombre especificado por la clase social o por su nación, sino al hombre como tal, al hombre en su totalidad, en su pleno valor humano. Quiere liberar además lo más profundo que hay en el hombre, lo más decisivo en su destino: *la relación con Dios*. Cuando se niega a comprometerse con las «cosas del César», lo hace porque su misión es dar a Dios «lo que es de Dios». El objetivo de su compromiso concierne, por tanto, a las relaciones del hombre como tal con Dios como tal, o sea, de todo lo que es el hombre con todo lo que hay en Dios, sin ninguna restricción particular.

El nombre «Jesús» pone ya de manifiesto el tipo de liberación al que dedicará su vida: «*Le pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados*» (Mt 1,21): se trata de una salvación espiritual. Esta indicación parece inspirada además por la afirmación del Sal 129,8, según la cual Dios «*rescatará a Israel de todas sus culpas*». El origen divino de la concepción del niño, ligada al nombre Emmanuel, «*Dios con nosotros*» (Mt 1,23), ilumina su misión, que es divina. Podríamos aclarar esta relación con estas palabras: si el niño es de origen divino por su concepción virginal, significa que no debe realizar una tarea accesible a cualquier hombre, como la reconquista política de la independencia de Israel, sino una obra de Dios, el

único que puede liberar a los hombres de sus culpas (J. Galot, *Gesù liberatore. Cristologia 2*, Florencia, 1978, 58s, *passim*; edición española: *Jesús, liberador*, Centro de Estudios de Teología Espiritual, Madrid 1982).

## 32

## La bienaventurada Virgen María, salud de los enfermos

La noción de «salud» coincide, en la visión cristiana, con la de «salvación», porque la salud cuya salvaguarda o recuperación pedimos a Dios es, al mismo tiempo, la salud física, psíquica y espiritual. Por eso afirma Juan Pablo II, con una expresión afortunada, que la solicitud por los enfermos es «parte integrante de la misión de la Iglesia» (*Dolentium hominum*, n. 1). La invocación mariana «salud de los enfermos» se sitúa también en esta línea en la que se puso Jesús, a quien la tradición llama «médico de las almas y de los cuerpos». Éste es el formulario número 44.

### LECTIO

#### Primera lectura: Isaías 53,1-5.7-10

<sup>1</sup> ¿Quién hubiera creído este anuncio?  
¿Quién conocía el poder del Señor?

<sup>2</sup> Creció ante el Señor como un retoño,  
como raíz en tierra árida.  
No había en él belleza ni esplendor,  
su aspecto no era atractivo.

<sup>3</sup> Despreciado,  
rechazado por los hombres,  
abrumado de dolores

y familiarizado con el sufrimiento;  
como alguien a quien no se quiere mirar,  
lo despreciamos y lo estimamos en nada.

<sup>4</sup> Sin embargo, llevaba nuestros dolores,  
soportaba nuestros sufrimientos.

Aunque nosotros lo creíamos castigado,  
herido por Dios y humillado,

<sup>5</sup> eran nuestras rebeliones  
las que lo traspasaban  
y nuestras culpas las que lo trituraban.

Sufrió el castigo para nuestro bien  
y con sus llagas nos curó.

<sup>7</sup> Cuando era maltratado,  
se sometía y no abría la boca;  
como cordero llevado al matadero,  
como oveja ante el esquilador,  
enmudecía y no abría la boca.

<sup>8</sup> Sin defensa ni justicia se lo llevaron  
y nadie se preocupó de su suerte.  
Lo arrancaron de la tierra de los vivos,  
lo hirieron por los pecados de mi pueblo;  
<sup>9</sup> lo enterraron con los malhechores,  
lo sepultaron con los malvados.

Aunque no cometió ningún crimen  
ni hubo engaño en su boca,  
<sup>10</sup> el Señor lo quebrantó con sufrimientos.

Por haberse entregado  
en lugar de los pecadores,  
tendrá descendencia,  
prolongará sus días  
y, por medio de él,  
tendrán éxito los planes del Señor.

Esta perícopa, tomada del libro de Isaías, también es conocida con el nombre de «canto del siervo de YHWH». La descripción del futuro Mesías –en particular, la de su pasión y muerte– se adecua tanto a lo que habría de sucederle al Hijo de Dios en su acontecer terreno que el fragmento de esta lectura puede ser considerado una auténtica profecía. El texto recuerda el concepto global de «salud-salvación». En efecto, el siervo de YHWH «lle-

vaba nuestros dolores, soportaba nuestros sufrimientos» (v. 4) y «con sus llagas nos curó» (v. 5). Jesús, con su inmensa misericordia, curó a muchos enfermos, liberándolos con frecuencia incluso del sufrimiento o enfermedad del pecado (cf. Mt 9,2-8; Jn 5,1-14).

La recuperación de la «salud» física y, sobre todo, de la espiritual en Cristo es definitiva, porque se lleva a cabo a través de la expiación de lo que hay en el origen del sufrimiento, una expiación que se transforma en bendición perenne (v. 10).

### Evangelio: Lucas 1,39-56

<sup>39</sup> En aquellos días, María se puso en camino y se fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. <sup>40</sup> Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. <sup>41</sup> Y cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño empezó a dar saltos en su seno. Entonces Isabel, llena del Espíritu Santo, <sup>42</sup> exclamó a grandes voces:

–Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. <sup>43</sup> Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? <sup>44</sup> Porque en cuanto oí tu saludo, el niño empezó a dar saltos de alegría en mi seno. <sup>45</sup> ¡Dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

<sup>46</sup> Entonces María dijo:

<sup>47</sup> Mi alma glorifica al Señor  
y mi espíritu se regocija  
en Dios, mi Salvador,  
<sup>48</sup> porque ha mirado  
la humildad de su sierva.

Desde ahora me llamarán  
dichosa todas las generaciones,

<sup>49</sup> porque ha hecho en mí  
cosas grandes el Poderoso.

Su nombre es santo,

<sup>50</sup> y es misericordioso siempre  
con aquellos que le honran.

<sup>51</sup> Desplegó la fuerza de su brazo  
y dispersó a los de corazón soberbio.

<sup>52</sup> Derribó de sus tronos a los poderosos  
y ensalzó a los humildes.

<sup>53</sup> Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos despidió sin nada.

<sup>54</sup> Tomó de la mano a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia,

<sup>55</sup> como lo había prometido a nuestros antepasados en favor de Abrahán

y de sus descendientes para siempre.

<sup>56</sup> María estuvo con Isabel unos tres meses; después, volvió a su casa.

La visita de María a su prima Isabel le brinda también a ésta la ocasión de emitir una doble profecía. Isabel, al encontrarse con María, llena del Espíritu Santo, exclama: «*Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. [...] ¡Dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá*» (vv. 42.45). Se trata de la profecía relativa a la futura misión de María, tanto junto a su hijo a lo largo de toda su vida en la tierra como para la vida de la Iglesia, que, al acoger las palabras de Jesús bajo la cruz (Jn 19,26s), sentirá que tiene en María a la madre de todos los creyentes.

La segunda profecía está contenida en la respuesta de María a las palabras de Isabel. El *Magnificat* anticipa el futuro programa del mesías: en él se adelanta proféticamente el núcleo de la predicación de Jesús. Con el *Magnificat*, la bienaventurada Virgen María va al corazón de lo que más tarde dirá con ocasión del milagro de Caná: «*Haced lo que él os diga*» (Jn 2,5).

## MEDITATIO

La invocación «María, salud de los enfermos» (*Salus infirmorum*) figura entre las más antiguas y difundidas en la Iglesia. Los miles de santuarios marianos diseminados por todos los lugares de la tierra constituyen un conmovedor y plurisecular testimonio de la fe de los

cristianos en la mediación e intercesión de María ante su Hijo divino. Algunos padres de la Iglesia hablan de María como de «omnipotencia suplicante», y el poeta Dante Alighieri reconoce en su canto mariano: «Eres tan grande, Señora, y tanto vales, que todo el que desea alcanzar alguna gracia y no recurre a ti quiere que su deseo vuelle sin alas» (canto XXXIII). En este sentido, Pablo VI dijo, en el célebre discurso que pronunció en el santuario de Bonaria en 1971: «No es posible ser cristiano sin ser mariano».

La curación pedida a Dios por intercesión de María es, conjuntamente, curación física, psíquica y espiritual. Un conocido autor escribió, a propósito de las muchedumbres que frecuentan el santuario de Lourdes, que el mayor milagro observado en la gruta de Massabielle, y además a diario, es la serenidad que encuentran también en ella los enfermos –y son la mayoría– que no obtienen la curación implorada.

María es «salud de los enfermos» porque es madre y hermana de los enfermos que aceptan su propio sufrimiento para expiar y reparar. Es madre no sólo del dolor que doblega las fuerzas humanas, sino también del «dolor que salva».

## ORATIO

*¡Ave, salus infirmorum!* Te rogamos que mires a todos los enfermos que esperan tu ayuda, a todos los que, en tus santuarios, te piden gracia, a todos los enfermos que no te conocen pero de los que eres igualmente madre. Tú llevaste con fortaleza el dolor en comunión con Cristo, tu hijo, siervo de YHWH. En él pasaste victoriosa a través del sufrimiento y de la muerte.

Te pedimos que intercedas por la curación de todas las enfermedades que afligen a la humanidad y que ha-



gas brillar tu ejemplo de adhesión total a la voluntad divina. Tu proximidad materna puede entreabrir el sentido del dolor y, así, nosotros, como tú, podremos mostrarnos solícitos y atentos con los que se encuentran en la necesidad y en la prueba.

## CONTEMPLATIO

En el Antiguo Testamento, una serpiente de bronce levantada por Moisés confería la salvación a los israelitas mordidos por las serpientes en el desierto. En la Iglesia, el Señor se ha complacido en elevar a su madre, prenda de salvación para los enfermos de alma y de cuerpo.

Nuestra Señora no es salvación simplemente espiritual de las almas. Muchas veces, especialmente en los grandes santuarios, se vuelve también fuente de gracias temporales. Sin embargo, la Iglesia católica, sobre todo en estos días, presenta a María, salud de los enfermos, a un gran inválido y desesperadamente enfermo. Se trata de toda la humanidad, que está consumando ahora su suicidio y va a la deriva. La liturgia suplica: «Socorre, oh María, al pueblo, que está a punto de sucumbir y caer, pero que, sin embargo, quiere aún volver a levantarse con tu válido patrocinio» (I. Schuster, *Pensieri mariani sulle litanie lauretane*, Milán 1953).

## ACTIO

«Bendice, alma mía, al Señor; él cura todas tus enfermedades» (*antífona del salmo responsorial*). Además de la súplica litánica a María como «salud de los enfermos», permanece hoy, en el nombre de María y en obediencia a la palabra de Jesús, junto a alguien de quien sepas que sufre.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

María está atenta también a la salud y a la calidad de vida. El hecho de que esta atención suya solidaria permanezca no sólo invariada, sino incluso potenciada en la bienaventuranza que la contempla como partícipe –corporalmente partícipe– de la gloria del hijo, atañe al misterio de la *communio sanctorum*. La muerte no la perjudica, si acaso la perfecciona, en el horizonte definitivo y pleno del estar «*junto al Señor*» (2 Cor 5,8; cf. 1 Tes 4,17; Flp 1,23; etc.). La vida bienaventurada no hace desaparecer su solicitud con los miembros que peregrinan. La Virgen María no abandona su solidaridad con los miembros del cuerpo de su hijo. Su hacerse cargo de la calidad de vida permanece, por tanto –ya lo anclamos en su experiencia «femenina», ya lo situemos en la funcionalidad eclesial de María–, en la reciprocidad que discurre entre los miembros del único cuerpo del Señor.

En relación con la enfermedad como ofensa a la calidad de vida, María, como mujer, aparece en el centro de este poder de sanación. Está asociada inmediatamente a su hijo. Y aunque no haya nada en la tradición católica que avale su poder de curación, es preciso entenderla a ella misma como «sanadora». María, como toda mujer, está inscrita en la parábola de la vida. Está allí donde comienza la *kenosis* del Verbo y allí donde la *kenosis*, por así decirlo, se realiza. María está presente en la derrota, en la humillación extrema del Hijo de Dios. Está a los pies de su patíbulo infamante. Acoge sus últimas palabras y probablemente acogió entre sus brazos el cuerpo descolgado de la cruz. Su poder de curación, ese poder que la comunidad le atribuye a lo largo del tiempo, y que atestiguan los infinitos lugares de culto, es ahora todo uno con la participación en la potencia del cuerpo glorioso del que como todo cristiano, todo ungido de Espíritu Santo, ella forma parte desde el principio. El poder de curación de María es un poder participado que le deriva de su hijo. Él anunció que los «suyos» habrían de realizar sus obras e incluso mayores (C. Militello, *Maria con occhi di donna*, Casale Monf. [Al] 1999, 172-175, *passim*).

## La bienaventurada Virgen María, reina de la paz

La paz verdadera, saludo habitual de los cristianos desde los tiempos de la Iglesia naciente, por no ser –como dice Jesús– «*de este mundo*» y «*como la da el mundo*» (Jn 14,27), se sitúa en una perspectiva y una dimensión escatológicas. La paz verdadera ha sido traída a la tierra por Cristo, que –como recita el prefacio de este formulario número 45– «*pacificó todo con su sangre*». No se tiene paz *contra* algo o *contra* alguien, porque la paz en Cristo es «*por*», «*a favor de*».

### LECTIO

#### Primera lectura: Isaías 9,1-3.5s

<sup>1</sup> El pueblo que caminaba en tinieblas  
ha visto una gran luz;  
a los que habitaban en tierra de sombras  
una luz les ha brillado.

<sup>2</sup> Has multiplicado su alborozo,  
has acrecentado su alegría:  
se alegran ante ti  
con la alegría de la siega,  
como se regocijan al repartirse un botín.

<sup>3</sup> Porque, como hiciste el día de Madián,  
has roto el yugo que pesaba sobre ellos,

la vara que castigaba sus espaldas,  
el bastón opresor que los hería.

<sup>5</sup> Porque un niño nos ha nacido,  
un hijo se nos ha dado.  
Sobre sus hombros descansa el poder,  
y es su nombre «Consejero Prudente,  
Dios fuerte, Padre eterno,  
Príncipe de la paz».

<sup>6</sup> Dilatará su soberanía  
en medio de una paz sin límites,  
asentará y afianzará el trono  
y el reino de David  
sobre el derecho y la justicia,  
desde ahora y para siempre.

El amor ardiente del Señor todopoderoso lo realizará.

La paz no puede venir de los hombres, que, por sí solos, caminan en las tinieblas (cf. v. 1). La paz es «*una luz*», multiplica la «*alegría*», es «*botón*» y liberación de un yugo (vv. 2s). Por eso, sólo puede venir de un «*Dios fuerte*», de un «*Padre eterno*», de un «*Príncipe de la paz*» (vv. 5s).

Los grandes progresos de la ciencia y de la técnica, aplicados de manera perversa, han elevado los conflictos entre los pueblos a dimensiones inauditas de destrucción y muerte. La paz como auspicio se ha transformado en imploración asustada. Esto explica la necesidad que tienen los creyentes de asociar a la bienaventurada Virgen María con la imploración para obtener la paz.

En medio del primer conflicto mundial –en 1917–, el papa Benedicto XV añadió a las letanías lauretanas la invocación *Reina de la paz*. María, por ser madre del Príncipe de la paz, no sólo es reina, sino que es también, con todo derecho, *Reina de la paz*. Con este título se han levantado y se siguen levantando templos a la Madre de Dios, mientras que los mensajes de apariciones marianas proclamadas más recientemente nos invitan a orar y a comprometernos sin miedo en favor de la paz.

## Evangelio: Lucas 1,26-38

<sup>26</sup> Al sexto mes, envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, <sup>27</sup> a una joven prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la joven era María. <sup>28</sup> El ángel entró donde estaba María y le dijo:

–Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo.

<sup>29</sup> Al oír estas palabras, ella se turbó y se preguntaba qué significaba tal saludo. <sup>30</sup> El ángel le dijo:

–No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. <sup>31</sup> Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. <sup>32</sup> El será grande, será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, <sup>33</sup> reinará sobre la estirpe de Jacob por siempre y su Reino no tendrá fin.

<sup>34</sup> María dijo al ángel:

–¿Cómo será esto, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?

<sup>35</sup> El ángel le contestó:

–El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios. <sup>36</sup> Mira, tu pariente Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que todos tenían por estéril; <sup>37</sup> porque *para Dios nada hay imposible*.

<sup>38</sup> María dijo:

–Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices.  
Y el ángel la dejó.

Si la paz sólo puede venir de Dios, la Virgen, que engendró, según la naturaleza humana, al Hijo de Dios, es también fuente de paz. Dice el prefacio de esta misa: «Recibiendo el anuncio de labios de Gabriel, concibió en su seno virginal al Príncipe de la paz, Jesucristo, su Hijo, Señor nuestro». Con el acontecimiento de la anunciación y de la concepción virginal de María, Dios, Príncipe de la paz, irrumpe en la historia de la humanidad para guiarla hacia la salvación, que tiene como condición irrenunciable la paz. Ésta no puede venir del Maligno, que es Príncipe de la mentira y del odio (Jn 8,44).

En sus mensajes anuales para la Jornada Mundial de la Paz, Juan Pablo II concluía siempre sus reflexiones con el recuerdo y la invocación a nuestra Señora, reina de la paz.

Tal vez no valoramos de manera suficiente el concepto de que la imagen de la paz representada en María es también celebración de las virtudes femeninas de la protección, de la vigilancia materna, de la delicadeza y disponibilidad, del servicio a los débiles y a los que sufren, aspectos todos ellos que configuran la paz.

### MEDITATIO

Se habla mucho de paz y cada vez se tiene más miedo de lo que no es paz, pero se hace muy poco para promover la paz. La imagen del arco iris que se pretende que sea la manifestación visual del encuentro de las diversidades es, ciertamente, propedéutica para el concepto de paz verdadera, pero nada más, porque celebra la paz como compromiso, como pacto social de no agresión. La verdadera paz está más allá. También se la define como «tranquilidad del orden», pero se entiende el orden como «disposición de las cosas en razón de su fin último». El concepto más profundo y verdadero de paz es un concepto finalista, escatológico. Nuestro tiempo, que, al dejar la paz sin alternativas, debería aproximar los tiempos de la paz, en realidad parece alejarlos, porque poco o nada se hace, en el plano de las relaciones entre los individuos y las comunidades de los pueblos, para cancelar las causas de la ausencia de paz. Éstas son las de siempre, pero están exasperadas hoy por la incrementada posibilidad de exagerar las divisiones debidas a la injusta distribución de los recursos y al creciente número de infelices que son tales para asegurar el bienestar de la otra parte de la humanidad. No habrá paz sin destruir este mecanismo perverso, com-

partido, lamentablemente, también por los individuos, las comunidades y los pueblos, que, de palabra, afirman defender los valores humanos y cristianos. Y todo ello sin hablar de los «pecados de omisión», que no sólo ralentizan cualquier proceso de pacificación y de paz, sino que lo hacen de hecho imposible.

### ORATIO

El corazón de los hombres anhela la paz... Las familias tienen necesidad de paz... Urge entre los pueblos la suspirada reconciliación y la paz...

Tú, María, diste a luz al Príncipe de la paz; estuviste junto a la cruz donde Cristo, con su sangre, pacificó todo; invocaste en el cenáculo, junto con los apóstoles, al Espíritu de la unidad y de la paz, de la alegría y del amor.

Mira esta humanidad nuestra atormentada y obténle, te rogamos, el don precioso y esperado de la paz. Y que el saludo de la paz vuelva a florecer en nuestras bocas, para reavivar la memoria de la presencia divina en medio de nosotros.

### CONTEMPLATIO

La oración con la que pedimos el don de la paz es una contribución insustituible a la instauración de la paz. Por medio de Cristo, en quien se nos concede toda gracia, podemos disponernos a acoger el don de la paz. ¿Y cómo no habríamos de desear buscar apoyo a lo largo de nuestro camino en la intercesión de María, su madre, de quien nos dice el Evangelio que encontró gracia ante Dios?

Es la humilde Virgen de Nazaret, que se ha convertido en la madre del Príncipe de la paz, del que nació bajo

el signo de la paz y que proclamó: «*Dichosos los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios*» (Mt 5,9). Ahora bien, el Evangelio nos enseña que María es sensible a las necesidades de los hombres. No vacila en intervenir en Caná para alegría de los habitantes de un pueblo invitados a unas bodas. ¿Cómo podría no intervenir en favor de la paz, en favor de este bien tan precioso, si somos capaces de invocarla con un corazón sincero? Cristo respondió generosamente a la que dijo: «*No les queda vino*». ¿Cómo podría dejar de responder con la misma generosidad a esta otra petición: «No tienen la paz»? (Pablo VI, *Alocución del 1 de octubre de 1969*).

## ACTIO

«Dios nos devolvió la paz, reconciliando en sí el abismo y las alturas» (*antífona de la comunión*). «*Dichosos los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios*» (Mt 5,9): secunda la Palabra del Señor orando hoy por la paz y saludando a la gente con estas otras palabras de Jesús: «La paz sea con vosotros».

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

María, en cuanto madre de Cristo, está en relación con la paz, porque su hijo es rey de paz y nuestra paz. La profecía de Miqueas prefiguraba ya al mesías como alguien que aporta seguridad: «*Y tal será la paz*» (Miq 5,14). Y María no sólo oyó del ángel que Jesús reinará para siempre sobre la casa de Jacob, sino que oyó el relato de los pastores de que había resonado en los campos de Belén este anuncio angélico: «*Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor*» (Lc 2,14). María, a quien el evangelio de Lucas presenta como mujer judía practicante y devota según la ley de Moisés, vivió el paso doloroso desde una actitud de separación del mundo pagano, mediante los distintos deberes y ritos de purificación, al universalista que

deriva de la caída de los muros entre judíos y paganos, entre amos y esclavos, entre hombre y mujer. Ella pasa, según la enseñanza de los apóstoles, del Dios de Israel al Dios padre de todos, de la ley de Moisés a la nueva alianza evangélica, del régimen legal a la vida según el Espíritu.

En María se realiza sin más la promesa de Pablo a los que oran con confianza: «*La paz de Dios, que sobrepasa toda inteligencia, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. Y el Dios de la paz estará con vosotros*» (Flp 4,7.9). La paz constituye la condición del creyente, como derivación directa de la presencia del Dios de la paz en él.

María, tipo ideal de la Iglesia, es imagen del ser humano pacificado, porque se siente amada por Dios (Lc 1,26). Más aún, experimenta en su propia vida la acción misteriosa y salvífica del Dios poderoso, santo, misericordioso y fiel (Lc 1,46-55). Ella inaugura el camino de la paz como criatura nueva sobre la que se derrama el Espíritu del proto-Pentecostés (Lc 1,35) para confirmarla en el corazón nuevo, o sea, en la conciencia renovada, que actúa únicamente por amor (S. de Fiores, «*María nell'itinerario del cristiano operatore di pace*», en W. Dal'Aglio - E. Vidau [eds.], *La Madre di Dio per una cultura di pace*, Roma 2001, 199-202, *passim*).

## La bienaventurada Virgen María, puerta del cielo

En este formulario número 46, la antífona de entrada desarrolla el concepto de «puerta» cuando dice: «Salve, Virgen fecunda por el Verbo, puerta del paraíso; al devolver a Dios al mundo, nos abres a nosotros el cielo». Se llama a María «puerta del paraíso» porque nos ha vuelto a abrir, y sigue haciéndolo, la puerta del cielo. Lo confirma la colecta: «Oh Dios, que estableciste benigno a tu Hijo como puerta de la salvación y de la vida...». Dios es, en Cristo, antes que nada la puerta del cielo: puerta de vida y de salvación.

### LECTIO

#### Primera lectura: Apocalipsis 21,1-5

<sup>1</sup> Yo, Juan, vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Habían desaparecido el primer cielo y la primera tierra, y el mar ya no existía. <sup>2</sup> Vi también bajar del cielo, de junto a Dios, a la ciudad santa, la nueva Jerusalén, ataviada como una novia que se adorna para su esposo. <sup>3</sup> Y oí una voz potente, salida del trono, que decía:

—Ésta es la tienda de campaña que Dios ha montado entre los hombres. Habitará con ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. <sup>4</sup> Enjugará las lágrimas de sus ojos y no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo viejo se ha desvanecido.

<sup>5</sup> Y dijo el que estaba sentado en el trono:

–He aquí que hago nuevas todas las cosas.

Y añadió:

–Escribe que estas palabras son verdaderas y dignas de crédito.

El autor del Apocalipsis entrevé en este fragmento la realización de la nueva alianza, que, prometida a Abraham y confirmada en su tiempo al pueblo de Israel, llegó a su perfección en Cristo o, mejor aún, que será sancionada definitivamente cuando Cristo sea todo en todos. A esta realización de la antigua alianza se la llama «*cielos nuevos y tierra nueva*», para indicar la recomposición del universo, devastado por el pecado y por la corrupción, en su armonía originaria.

Nos lo recuerda san Pablo: «*Porque la creación misma espera anhelante que se manifieste lo que serán los hijos de Dios. Condenada al fracaso no por propia voluntad, sino por aquel que así lo dispuso, la creación vive en la esperanza de ser también ella liberada de la servidumbre de la corrupción y participar así en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos, en efecto, que la creación entera está gimiendo con dolores de parto hasta el presente. Pero no sólo ella; también nosotros*» (Rom 8,19-23). La superación de todo esto depende de la afirmación del Reino de Dios, que, en Cristo, hará «*nuevas todas las cosas*» (v. 5).

### Evangelio: Mateo 25,1-13

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola:

<sup>1</sup> Sucede con el Reino de los Cielos lo que con aquellas diez jóvenes que salieron con sus lámparas al encuentro del esposo. <sup>2</sup> Cinco de ellas eran necias y cinco sensatas. <sup>3</sup> Las necias, al tomar las lámparas, no se proveyeron de aceite, <sup>4</sup> mientras que las sensatas llevaron aceite en las alcuza, junto con las lámparas. <sup>5</sup> Como el esposo tardaba, les entró sueño y se durmieron. <sup>6</sup> A medianoche se oyó un grito: «Ya está ahí el esposo, salid a su encuentro». <sup>7</sup> Todas las jóvenes se despertaron y prepararon sus lámparas. <sup>8</sup> Las necias dijeron a las sensatas:

«Dadnos de vuestro aceite, que nuestras lámparas se apagan».

<sup>9</sup> Las sensatas respondieron: «Como no vamos a tener bastante para nosotras y vosotras, será mejor que vayáis a los vendedores y os lo compréis». <sup>10</sup> Mientras iban a comprarlo, vino el esposo. Las que estaban preparadas entraron con él a la boda y se cerró la puerta. <sup>11</sup> Más tarde llegaron también las otras jóvenes diciendo: «Señor, señor, ábrenos». <sup>12</sup> Pero él respondió: «Os aseguro que no os conozco». <sup>13</sup> Así pues, vigilad, porque no sabéis el día ni la hora.

Si referimos a María la parábola evangélica, se deriva que ella es la Virgen prudente a la que, cuando llama a la puerta, el señor de la casa no le dice: «*No os conozco*» (v. 12), sino que la invita a entrar. Una vez más aflora el concepto de puerta para subrayar el papel mediador de María. En efecto, según los Padres de la Iglesia, María es la nueva Eva que abre de nuevo la puerta del paraíso cerrada por Eva, tal como canta el prefacio: «Ella es la Virgen humilde que nos abrió con su fe la puerta de la vida eterna que Eva, incrédula, había cerrado».

La imagen de la «puerta» no es la única que indica el papel de intercesión de María. También se le llama «canal», «cuello», «vía», «Virgen suplicante que ruega por los pecadores» (prefacio). Sin embargo, la perícopa evangélica se muestra también elocuente porque supone que, de manera idónea o no, nosotros nos preparamos para entrar por la puerta que da acceso a los cielos nuevos y a la tierra nueva. La presencia y la asistencia de la madre celestial no sustituye nuestra presencia ni nuestro compromiso. Ella se encuentra allí para abrirnos la puerta, pero a nosotros nos toca llamar.

### MEDITATIO

En el estípite de la puerta a través de la cual se accede a la imagen de la Virgen venerada en el célebre santuario benedictino de Montserrat, situado a 50 kilómetros



de Barcelona, se lee esta inscripción: «*Ostende nobis Christum et sufficit*» (muéstranos a Cristo y nos basta). Conocemos las vigiliadas pasadas en la soledad y en la amargura inducidas por las pruebas de la vida y la esperanza con que hemos repetido ante la puerta de la casa del Señor: «¡Ábrenos!». María es un sólido motivo de nuestra esperanza de que se nos abra, pues ella es «*ianua Dei et porta coeli*» (entrada a Dios y puerta del cielo). María no sólo está junto a nosotros, sino que la experiencia de los santos nos asegura que ella previene nuestras peticiones y nos pone en los labios las palabras que las hacen eficaces. Ella conoce a su hijo y conoce el momento en el que «*viene el Esposo*», mientras que nosotros «*no sabemos ni el día ni la hora*».

Nuestro tiempo rehúye y remueve el pensamiento de la muerte, de la llamada de Dios a la casa del Padre. El no saber ni el día ni la hora es una justificación absurda para quitar todo aliciente a esta verdad, la más cierta y universal después de la de estar vivo. La muerte se asocia más bien a la idea de una puerta que se cierra para no volverse a abrir, pero María es garantía de que, al final de nuestra existencia terrena, esta puerta se abrirá.

## ORATIO

¡Salve, única puerta por la que sólo el Verbo ha pasado! Oh mística puerta de la vida, inmaculada madre de Dios, libra de los peligros a los que con fe recurren a ti, a fin de que podamos glorificar a tu santísimo Hijo, salvación de nuestras almas.

Ezequiel te previó como puerta insuperable, oh Purísima, que abres a todos los afligidos las puertas de la penitencia, y por eso te suplico: ábreme el paso que hace entrar en el reposo. Oh Virgen santa, tú eres puerta

de salvación, paraíso de las delicias y nube de la luz eterna; nosotros te cantamos himnos y te repetimos: Ave, María (*de la liturgia bizantina*).

## CONTEMPLATIO

Dulzura auténtica que, al obtenernos el perdón, alejaste de nosotros la dulzura del pecado; que nos procuras el dulce sabor de la gracia; que nos haces pregonar la suavidad de la patria celestial y, por último, nos introduces en su posesión.

Oh Dulcísima Soberana, cuyo solo recuerdo afina los afectos del corazón y cuyas grandezas ennoblecen la mente cuando las medita; cuya belleza alegra la mirada interior y cuya inmensa gracia embriaga el corazón de quien la convierte en objeto de su meditación.

Oh Soberana, que arrebatas los corazones con tu dulzura, dado que mi corazón está completamente aturdido por tu dulzura, piensa tú en gobernarlo junto con el tuyo: consérvalo en la sangre del Cordero y colócalo junto a tu Hijo. Entonces conseguiré lo que anhelo, entonces poseeré lo que espero, porque tú eres nuestra esperanza.

(Giacomo de Milán, *Meditazione sull'antifona Salve Regina*).

## ACTIO

«Salve, Virgen fecunda por el Verbo, puerta del paraíso; al devolver a Dios al mundo nos abres a nosotros el cielo» (*antífona de entrada*). La «puerta del cielo» es el umbral más allá del cual viven la Trinidad, Santa María y los santos, y es el lugar hacia el que se encamina todo viviente: consciente de que Jesús y María han atravesado este umbral para entrar en la gloria, represéntate tu muerte, paso hacia la vida eterna.

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La Virgen, madre de Cristo, permitió a la naturaleza humana del Señor desarrollarse desde la concepción al nacimiento y, después, tras el nacimiento, con los cuidados de la educación, hasta la edad perfecta. La Virgen, madre de las almas que le han sido confiadas por Cristo, les ayuda a prepararse para la vida divina, a llegar a ser lo que son: hijas de Dios. María las atrae a sí, las envuelve, las rejuvenece; las lleva en cierto modo en su seno hasta el momento de la muerte, que será el de su verdadero y definitivo nacimiento. Y como la Virgen, bajo la acción del Espíritu Santo, por una misteriosa «evolución», ha sacado, por así decirlo, al Verbo de la eternidad para ponerlo en el tiempo, así, por una mística «involución», nos recoge a nosotros, dispersados, nos purifica de la corrupción y nos da un rejuvenecimiento, una «infancia», una «pobreza de espíritu»; en el fondo, nos pone en armonía, nos hace idénticos con nosotros mismos, sacándonos lentamente fuera del tiempo para engendrarnos en la eternidad. En este sentido preciso hablamos aquí de su poder de *involución*, o de *envolvimiento*, en relación con nosotros.

Y esto nos hace atribuir un nuevo valor a esta expresión de la oración común: «Ahora y en la hora de nuestra muerte». Porque el paso del tiempo a la eternidad implica dos puntos privilegiados: el *nunc*, que es el lugar de la libertad, y la *hora mortis*, que es el último instante en el que es posible el acto de la libertad. Si la Virgen tiene una relación con la hora de la muerte no es sólo porque esta hora es la más angustiada de todas, sino también porque la muerte es la hora del nacimiento eterno (J. Guittou, *La Vergine Maria*, Roma 1964, 253s; edición española: *La Virgen María*, Rialp, Madrid 1964).

## Índice

<i>Presentación</i> .....	5
1. La bienaventurada Virgen María, linaje escogido de Israel .....	9
2. La bienaventurada Virgen María, en la anunciación del Señor .....	17
3. La visitación de la bienaventurada Virgen María .....	25
4. Santa María, Madre de Dios .....	33
5. Santa María, en la presentación del Señor ....	41
6. Santa María de Nazaret .....	49
7. La bienaventurada María, la Virgen de Caná ...	57
8. La bienaventurada Virgen María, junto a la cruz del Señor .....	65
9. La Virgen María, confiada como madre a los discípulos .....	71
10. La bienaventurada Virgen María, en la resurrección del Señor .....	77
11. La bienaventurada Virgen María del cenáculo .....	85
12. Santa María, madre del Señor .....	93

13. El santo nombre de la bienaventurada Virgen María . . . . .	101
14. Santa María, esclava del Señor . . . . .	109
15. La bienaventurada Virgen María, templo del Señor . . . . .	117
16. La bienaventurada Virgen María, trono de la Sabiduría . . . . .	125
17. La bienaventurada Virgen María, imagen y madre de la Iglesia . . . . .	133
18. El corazón inmaculado de la bienaventurada Virgen María . . . . .	141
19. La bienaventurada Virgen María, reina del universo . . . . .	147
20. La bienaventurada Virgen María, madre y medianera de la gracia . . . . .	153
21. La bienaventurada Virgen María, fuente de la salvación . . . . .	161
22. La bienaventurada Virgen María, madre y maestra espiritual . . . . .	169
23. La bienaventurada Virgen María, madre del buen consejo . . . . .	177
24. La bienaventurada Virgen María, causa de nuestra alegría . . . . .	185
25. La bienaventurada Virgen María, madre del Amor Hermoso . . . . .	191
26. Santa María, madre de la unidad . . . . .	199
27. Santa María, reina y madre de misericordia . . . . .	207
28. La bienaventurada Virgen María, madre de la divina providencia . . . . .	215

29. La bienaventurada Virgen María, madre del consuelo . . . . .	223
30. La bienaventurada Virgen María, auxilio de los cristianos . . . . .	231
31. La bienaventurada Virgen María de la Merced . . . . .	239
32. La bienaventurada Virgen María, salud de los enfermos . . . . .	247
33. La bienaventurada Virgen María, reina de la paz . . . . .	255
34. La bienaventurada Virgen María, puerta del cielo . . . . .	263